ROBERTO CHUIT ROGANOVICH

Quiebra el álamo

Al buey dormido del Mayo Alto

Vi a un viajero de tierras muy remotas. Hay
dos piernas –me dijo– en el desierto, son de piedra
y sin tronco. Un rostro yerto sobre la arena yace:
la faz rota,
el frío de esos labios de tirano,
hablan del escultor que ha conseguido reflejar
la pasión, y ha trascendido
al que pudo tallarla con su mano. Hay
algo escrito en ese pedestal:
«Soy Ozymandias, el gran rey. ¡Mirad Mi
obra, hombres de poder! ¡Desesperad!» La ruina es
de un naufragio colosal.
A su lado, infinita y legendaria sólo
queda la arena solitaria.

"Ozymandias", Percy Bysshe Shelley

Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota
a todo el que recibe por hijo.

Hebreos 12:6

El negro es absoluto. Lo único que queda son algunas estrellas distantes.

La guerra lo arruina todo y ya no queda lugar al que llamarle casa. Entonces los obeliscos escapan en formación circular hasta el sistema ternario de *Alfa Centauri*, donde entienden que hay un planeta, *Próxima*, que saben estrella roja de magnitud aparente, hecha de helio y silicio. *Próxima* es una violencia pura: el silicio forma cadenas y hace nubes, para después caer como relámpagos en los mares de mercurio que se mueven lento al ritmo que les imponen las lunas que tiene cerca.

Las sondas de los obeliscos muestran en *Próxima* vida celular, todavía asustada o muy nueva para la conciencia, de espacio libre en el citoplasma: de ahí, al clinamen, al principio de partición y doblaje perfecto, resta poco, pero no hay nada debajo lo suficientemente fuerte como para penetrar el mercurio y salir a superficie.

Los obeliscos esperan colgados de la atmósfera a que escampe y merme, a que el calor del núcleo propicie el ablande y el planeta se vuelva fértil y franco para los árboles y la sombra y las frutas.

La espera es larga, tanto que el tiempo deja de ser un fundamento y se convierte en un rasgo. Dentro de los obeliscos casi no hablan. Se miran entre ellos, los ojos como almendras, las astas apenas duras de los más jóvenes: quisieran besarse una última vez y suprimirse. Entonces escampa en *Próxima*: pero el suelo ya está roto y los brotes se quiebran antes del tiempo de los cotiledones. El frío ahí abajo es un desgarro.

No hay trigo, se dicen dentro de los obeliscos, no va a haber.

Ya es el día en el que el mundo cambia para siempre.

La balsa se mueve lento. Las ondas que hace en el agua quiebran la línea perfecta del río, marrón y revuelto abajo como pasa siempre cuando las lluvias. Ahí en el remanso todo se siente quieto. Encima de la balsa está acostado Mario. Casi todo lo que ve es celeste. El sol que ya trepa arriba como una bola de fuego y uno o dos pájaros. Tiene la boca abierta y las comisuras llenas de una lámina de baba seca y dura que se va quebrando a medida que la arrastra con la lengua. Piensa que debe haberse quedado dormido porque de lo último que se acuerda es de los ruidos del carnaval, lejos y cruzando el monte, y de la luna en el cielo ganando cada vez más en tamaño hasta volverse gigante; también se acuerda que antes de dormirse le llegó el olor de los nardos, a veces parecido al del semen, que crecen ahí en la orilla, aunque ya no tanto, al menos no desde que empezaron a usarse las avionetas fumigadoras, pero que cuando lo hacían llenaban el pueblo y las casillas de los peones que bordeaban la ruta.

Para cuando los nardos todavía viven, Mario es fuerte y alto. Tiene los brazos y las piernas anchas que se le abren temprano desde la cadera. Ahora está en la puerta de una casa. Le sostiene el hijo a su mamá, hijo de otro varón que no es el varón que es su padre. Su mamá se saca del camisón una teta abultada y con venas oscuras como las que tienen las perras viejas.

Dámelo, le dice. Cómo muerde, le dice.

Desde la casilla se llega a ver la hilera de los álamos, pareja al camino, y que frenan el viento que baja de las montañas. Mario prende un cigarrillo y mira a su mamá: tiene el pelo atado y pegado fuerte a la cabeza y termina en un rodete con tiras de cuero. Entonces su mamá también lo mira y ve que Mario ya es un hombre, o que está por convertirse en uno, sin saber que entre la gente del pueblo a Mario ya se lo tiene por pendenciero, que es otra forma de decir que ya se lo tiene por hombre, porque ya robó y ya se drogó y ya estuvo cerca de la capilla abandonada, ahí donde está el estanque que recibe el deshielo, tirado en el pasto con chicas casi siempre más jóvenes que él.

Vos mordías como si me odiaras, le dice.

Mirá si te voy a odiar, mamá.

El bebé chupa la teta. Las manos se le mueven en el aire. Todavía no tiene nombre y no se lo van a poner hasta el tercer mes porque así lo dijo la curandera. Mario mira a su hermano: si es ese, que entonces crezca rápido, porque en esa tierra donde les tocó nacer los chicos se consumen antes de los veinte, siempre igual como si fuese un gualicho, por el clima a veces húmedo, pero por los capataces sobre todo, que todavía pagan con mezcal y usan los palos.

Ahora en la balsa, acostado boca arriba, Mario vuelve a pensar en su hermano que no es hijo del varón que es su padre. Si no se hubiese ido del pueblo podría estar ahí, cerca suyo, dándole una mano con las cosas que sabía de curaciones y yuyos. Mario se toca la panza, busca con los dedos el hueco de bala que tiene desde la noche anterior. El hueco le tiembla o le late como si estuviese conteniendo algo que se le quiere escapar desde adentro. Los dedos le bajan por el pecho, tocan la remera que ya está dura y parece de cartón y que para entonces debe haberse vuelto roja. Hurga con el índice, primero despacio, como si fueran caricias circulares, y después con dos dedos empujando con fuerza. Mueve las carnes: son capas que se superponen como si quisieran volver a cerrarse. Sobre el borde, Mario siente la piel rota por donde entró la bala y más al fondo un abrazo cálido pero también pegajoso de órganos que se mueven con su respiración.

Antes del disparo que lo deja así todavía es de noche. Mario está sentado sobre la balsa con la caña en la mano. Tira la línea, que entra al agua con ruido de gota mínima. De lejos se sienten los parlantes del carnaval que largan el sonido para el lado de las montañas y rebotan por el valle. De haber tenido ganas podría haber ido, sacarse la modorra, haciéndose el que no se da cuenta de que algunos ya lo miran diferente, como si fuera un recuerdo o una bruma, con los límites desdibujados y volviéndose parte del paisaje; podría haber ido con el sombrero de paja que le taparía la cara hasta bien empezada la nariz, así pasaría desapercibido, dando a todos señal de que está bien sin que nadie le hable; podría haberse sentado hacia los extremos de las tablas, donde están solo los viejos, y tomarse la chicha o el maguey y ver a las chicas que bailan, que parece que crecen el doble durante el verano, que crecen o que están más mostronas, con la parte de abajo del culo escapándosele por debajo de los vestidos.

Mario siente el pique y donde antes estaba la tanza ahora hay un tumulto. Mario traba la caña y hace fuerza esperando que lo que parece ser una trucha se dé rápido por vencida. La balsa se empieza a mover. La tanza dibuja círculos sobre la superficie del agua. Mario siente un ruido y al principio piensa que son los fuegos artificiales que dicen que ya eligieron la nueva reina, reina que va a ser la misma durante todo el próximo año y que va a ser la encargada de poner las primeras aguas sobre la siembra, pero después entiende que no, que no viene de atrás sino de adelante, del bosque que empieza no bien termina el río. Mario se inclina hacia adelante y la balsa se mueve con él. Enfrente, donde crecen los árboles, hay ruido de ramas que se parten. El pique escapa y un par de burbujas llegan a la superficie. Ahora la tanza vuelve a ser un hilo flojo.

Me hiciste perderla, dice. Serás hijo de puta.

El carnaval se celebra como todos los veranos. A los que llegan les van poniendo las guirnaldas de adelfas que ofrece la municipalidad: a quien se le caigan menos pétalos al final de toda la noche de baile lo van a nombrar protector del campo o reina. Será de los pocos regalos o honores, no hay más nada. Las carpas se ponen justo debajo de las montañas así los vientos pegan menos y así también porque en caso de lluvia las aguas podrían bajar sin molestia por los canales que llegan al desagüe. La pista de baile es de tierra y antes de que lleguen los invitados se la riega para que no se levante polvo. En una tarima de madera cerca de la mesa que va a ocupar el intendente, el cura va a decir, un poco pasada la medianoche, que el porvenir es largo, que la decencia no es un rasgo de singularidad sino de constancia; que hay

malos vientos, que traen palabras en otras lenguas con ruido a choque de piedras; que él no podría, ni aun dedicándole la vida a su estudio, entenderlas, pero que su apertura y sensibilidad lo han previsto, así de eso como de otras tantas cosas, a andar cauto, a actuar con fe y buena conciencia no obstante el miedo.

Mario endereza la espalda. Gana un poco en altura y se hace más grande, como los animales cuando tienen miedo.

Hola, dice.

De la parte del bosque no responde nadie. Está la luna arriba y hace todo más claro, hay también estrellas pero ni así: puede ser nada, o un animal, que por más grande que sea no se le va a animar al agua porque cuando nadan dejan siempre afuera la cabeza y se hacen blanco fácil. Entonces suena un chasquido y Mario siente primero un empuje de viento que lo hace tambalear y correrse para atrás. Antes de caerse apoya las rodillas sobre la balsa. Un ardor le irradia desde la parte baja del abdomen, se le trepa a los hombros y después a la nuca, y después justo detrás de los ojos, y cuando se mira abajo no ve un hueco sino una cascada de sangre oscura que se le escapa de las manos. Mario aprieta su panza, no como presión de torniquete sino con la pretensión de volver a meterse la sangre al cuerpo.

Joeputa, dice, me diste. Ah, fiero. Cagón. Puto fiero.

Mario cae boca abajo sobre la balsa. La herida le duele más ahora que soporta su propio peso. La cara le queda de costado: puede ver la orilla, el bosque que se abre ahí cerca, las luciérnagas que cuelgan del río y que siguen sin iluminar nada. Al menos quiere una cara, o saber si quien le está dando la muerte lo hace por odio o por error, porque si es por error podría ver que

en cualquier momento se abren los arbustos y aparece alguien, con gorro de cazador, con cara de terror prometiendo volver en un rato con médicos u hombres de hierbas. Pero de no ser así no estaría mal tampoco quedarse quieto para no perder fuerzas, porque ahora siente el olor de las algas, que están entre lo dulce y lo podrido, y que le dan sueño, y piensa que si se queda así de quieto algunas de las algas, sus partículas o átomos, lo van a curar durante la noche, y que cuando despierte mañana la herida va a estar quemada, o todavía viva pero sin sangre, o todavía viva e infectada, pero sin peligro de muerte.

Un sauce quebrado casi desde la base cruza el río de una orilla a la otra; las copas tocan el agua y el agua ya las volvió negras y viejas: son la parte seria del árbol. Adentro está podrido y con huecos y bichos. La balsa se mueve por el arrastre y se mete debajo del sauce y la cobertura es fría y de sombra y sin las pinchaduras del sol que ya empiezan a picar y entran como flechas.

Cuando Mario se despierta y ve el cielo celeste no sabe si está ahí desde la noche anterior o si durmió uno o dos días. El dolor en la parte baja del abdomen sigue, pero ya no lo tiene trepado a la nuca ni a los ojos ni a la punta de los dedos. Mario mueve las manos para buscar la caña: capaz quedó encima de la balsa, así podría usarla si le vuelven las fuerzas para arrastrarse hasta la orilla, pero no. Mario tose, y después vuelve a toser y cada vez que lo hace siente que alguna parte de los pulmones se le rompe de a poco. Mario cierra los ojos y respira hondo: el aire se le está volviendo más pesado, porque ahí abajo del sauce toma otra densidad y porque su cuerpo ya no estira el aguante, y porque ya no hay miedo a la muerte, pero sí a saber que se está muriendo, al blanco que viene después, a saber que el cuerpo se le está

yendo como un caballo al trote en un campo largo. El sol se pone y crece un viento: de ser del sur va a traer lluvia. Si el agua es mucha, la herida va a lavarse y se le va a quitar toda la sangre seca que tiene sobre la remera y sobre el hueco, entonces va a poder hurgar un poco más, para saber en serio si la bala está cerca del reborde o si entró más hasta el fondo.

Mamá, necesito plata, dice Mario.

No hay, hijo.

Pudiste vender las chapas hace poco.

Para qué.

Una máquina que vi en el pueblo. Hace helados.

Querés hacer helados.

Se pueden vender. Y si la compro ahora, para la primavera ya la voy a saber usar bien y después es cuestión de ponerle horas.

Y el trabajo.

Lo voy a dejar, dice

Mario. Por qué.

Me echaron la culpa de haber robado, y es mentira, y ahora me la tienen jurada.

Es mentira, pregunta su mamá. Te

lo juro.

Dios

mira.

Sí, ya

sé.

Siempre.

Sí.

La casa está en silencio y los perros todavía duermen.

La ventana que da al pueblo empieza a recibir la luz del sol que está saliendo rojo y gigante y que va a quemar los tallos y los pastos cortos antes del mediodía. El hermano de Mario, hijo del varón que no es el varón que es su padre, aparece por la puerta. Es su primer día de primaria. El pantalón le aprieta la cintura y los muslos. Tiene los dedos de los pies encimados porque son las únicas zapatillas que todavía quedan sin ro- turas, y que son las que Mario usaba cuando era más chico. Fuera de eso, el guardapolvo es blanco.

Dignos.

Llevame vos, Marito, porfa, dice.

Mario sube a su hermano al caño de la bicicleta y agarran el camino de tierra que baja hasta el pueblo. No hace falta pedalear, el propio peso de los cuerpos y la pendiente los empuja hacia adelante.

Tenés miedo, pregunta Mario. Un poco, dice su hermano.

No va a pasar nada.

A medida que bajan el aire se va volviendo más fresco. Cuando llegan al pueblo, Mario ve a otros chicos vestidos de guardapolvo, algunos caminan solos por las calles de tierra, patean latas o algunas de las hojas que quedan todavía de los últimos vientos del verano. Mario para frente a la escuela, se baja de la bicicleta y lo baja a su hermano. Después se agacha y lo mira a los ojos.

Si te va bien, te voy a dar una sorpresa.

Qué es.

No, es una sorpresa, no te puedo decir.

Está bien.

Andá y hacé amigos y portate bien con la maestra y con las chicas.

Mario le da un beso en la frente y vuelve a subirse a la

bici; después arranca: sabe que la mejor forma es dejarlo solo y que sea él el que se anime a cruzar, total su apellido es Segovia, conocido en todo el pueblo por los hombres bravos que dio, incluso sin ser él, su hermano, un Segovia de sangre. No importa. Antes de girar en la esquina, Mario vuelve a mirar hacia la escuela: su hermano está por cruzar la puerta, un arco colonial que lo triplica en tamaño y que tiene grabado espadas y lanzas y un bonete arriba con un bastón y un águila, como si fuera un umbral que separa al mundo sano del mundo de la guerra. Así de tristes al matadero.

Mario va a bajar hasta el río, va a ver si la botella que dejó con pan la noche anterior encerró algún cornalito: esa es la idea para darle buena recibida a su hermano cuando vuelva de la escuela, cuando entre el hambre, con papas fritas y ensalada y que si estás dispuesto es todo tuyo este cuchillo, que es del varón que es mi padre pero que no es del varón que es el tuyo, pero que da igual, porque yo no debería seguir usándolo, que creo que mi tiempo con este filo ya terminó y que capaz a vos te sirve de otra manera, aunque no haga falta que lo uses, suficiente con que lo tengas guardado en la mochila, como un fantasma, porque la gente siente a los fantasmas por más que no los vea, entonces alrededor tuyo se va a crear algo así como una cúpula, entonces esa cúpula te va a dar protección, y cuando ya no tengas más que darle uso, cuando sientas que te podés valer solo sin la necesidad de nada entonces vas a encontrar a otra persona, capaz otro hermano tuyo aunque no creo porque mamá ya está cansada, o a tu hijo capaz, que imaginate que si tiene tus ojos y mi estatura las pibas te lo van a querer coger todo el tiempo, para que se sienta seguro o menos solo.

Fernando está parado frente al espejo de su habitación. Quiere ver si en serio es tan feo como dicen sus compañeros en la escuela o si en realidad son los bigotes que están empezando a aparecerle, blandos y con un color claro, lo que lo hacen ver desmejorado, porque podría estar más lindo si así lo quisiera, si se animara a pedirle a su papá que le enseñe a afeitarse, porque todavía no se acostumbra del todo a esa nueva forma de hombría que le aparece en la cara; si se animara y también si su papá trabajara menos y lo quisiera un poco más, podría explicarle que desde que los vio intenta taparselos, cosa que puede hacer porque es invierno entonces basta con subirse las solapas del guardapolvo o el cuellito polar, y hablar así, no es la gran cosa, como asordinado.

También quisiera decirle que no va a tomar más las pastillas. Le gustaría que no se enojara. Contarle que las esconde todas juntas detrás de la biblioteca hasta que son demasiadas y que después las tira en la ruta de camino al colegio o en el inodoro, para verlas girar hasta desaparecer cuando tira la cadena, o que las aplasta hasta hacerlas polvo y las mezcla en la tierra para dárselas de comer a las plantas; que también le miente a la psiquiatra, que aunque es joven y bonita la genera desconfian-

za; que le dice que sí toma las pastillas, que está mejor, que no ve cosas que sabe que no están ahí, aunque sea mentira. Fernando toca el espejo. Primero toca el dedo que toca el espejo, que es el dedo suyo, y después recorre su figura. Para entonces no sabe si lo que le gusta son los varones o su propio cuerpo, o un espacio entre las dos cosas: los músculos que no son grandes pero que se insinúan abajo de la piel, la apertura de los hombros un poco más abajo del cuello, la nuez; el abdomen que se cierra lento hasta donde le llega el calzoncillo, tomando la forma de un cáliz que termina abrupto en el pito, y después las piernas anchas. Fernando usa el índice para tocar la ingle del chico en el reflejo, lo hace en movimientos lentos y circulares, arrastrando el polvo que está en el cristal, limpiándolo sin querer y haciendo la imagen más clara.

Después del colegio, Fernando y Guillermo vuelven caminan- do costeando la ruta. Pasan los álamos y las plantaciones de arroz, altas y abriéndose esperando el agua. Cuando llegue la cosecha, cerca de septiembre, Guillermo va a ayudar a su papá: entre los dos van a secar y separar el grano. Así hasta que empiece octubre. Si los granos salen blancos y secan rápido van a poder comprar una ponedora, que a las últimas dos las mataron los zorros, además porque macho pisador ya tienen y anda bien a pesar de que le falta un ojo. Podrían comprar también un nuevo caballo, ponerle alforjas nuevas y dejarlo lindo.

Crucemos las montañas alguna vez, dice Guillermo.

Yo ya las crucé, me llevó mi papá, dice Fernando. No hay nada.

Qué no va a haber nada. Mi papá me dijo que la gente allá tiene autos nuevos y que las calles están todas iluminadas.

Sí, pero no hay nada igual.

Pero podemos ir caminando, dice Guillermo, no le decimos a nadie. El fin de semana, o el que viene. Yo puedo robarle a mi papá la escopeta, entonces no nos va a pasar nada.

Sos malísimo apuntando.

Qué voy a ser malísimo. Podemos invitarlo a Segovia también.

No, dice Fernando.

No qué.

Que no lo

invitemos. Por.

Mi papá no quiere al mayor, a Mario. Pero

qué tiene que ver él con el hermano. No sé.

Entonces no jodás.

Cuando llegan al vado es casi de noche. Las lluvias de la semana anterior hacen difícil el paso: ahí se quedan los autos y los camiones cuando el barro y el agua crecen: se atascan entre las ramas y las bolsas; ahí por días porque las grúas que vienen del otro lado tardan mucho en llegar: no quieren cruzar los caminos angostos de las montañas, que en las partes más altas son un hilo de tierra al lado del precipicio y que a veces parecerían cambiar de lugar y de posiciones como si se tratase de un laberinto. Fernando y Guillermo bordean la ruta y van hasta donde está el puente de madera. Antes de cruzar escuchan un gemido: es una respiración aguda que se traba y que viene de la altura del piso. Guillermo y Fernando buscan entre los pastos. Al lado del poste sobre el que se ata el puente hay un perro. Es marrón y tiene la panza abierta en una herida llena de gusanos.

Debe haberse peleado con otro y quedó así, dice Guillermo, que se agacha sobre el perro. Hay que matarlo, dice.

No.

Dale,
matalo.
No.

Guillermo busca con los ojos un palo que no esté mojado ni hueco por dentro. Se levanta y corre los pastos altos con las manos y las piernas. Fernando se queda al lado del perro. Se agacha y lo acaricia lento detrás de las orejas. El olor es el del vómito. El perro no lo mira. Guillermo vuelve con una piedra, la trae con las dos manos.

Mirá, no tengo fuerza para levantarla mucho, dice, así que se la voy a dejar caer en la cabeza.

No, esperá.

No, no jodás, lo tenemos que matar ahora.

Fernando le toca la cara al perro, le levanta el cachete: los colmillos están gastados y oscuros, también las encías. Puede que esté enfermo y ya. Guillermo deja caer la piedra a un costado: hace un ruido húmedo cuando toca la tierra.

El perro se queda quieto, lo tranquiliza la mano de Fernando encima. Así se muere, mirando una flor amarilla que tiene justo en frente de la cara; desde ahí abajo parece más grande: tiene en el cogollo las gotas del rocío.

Son cuatro o cinco los generales que fundan el pueblo. Después son otros cuatro o cinco los que escriben las reglas y que disponen cuáles son los hombres que van a mandar y cuáles los que van a obedecer. Van a labrar la tierra y hacer ladrillos, cuando se pueda también telas o algo de necesidad para las gentes de la capital. Cuando llueva, los caminos de tierra se van a anegar y el paso será imposible; las montañas al norte, cerca, van a hacer freno a los vientos pero no a las fiebres ni al sarampión. Van a dejar pasar el sarampión. Los generales no van a encontrar el oro por más que lo busquen.

Van a prohibir el paseo en las montañas negras. Todo eso escrito. Al poco de la fundación se empiezan a celebrar los carnavales. Se harán de tal y tal manera para liberar la carga. En serio no van a encontrar el oro. Está escrito.

Unos kilómetros un poco fuera del pueblo el abuelo de Fernando, don Cárcano, arma la estancia. Es hijo de los generales que fundan el pueblo y entonces todos lo conocen: no hace falta alambre de púas ni pircas, es terreno sagrado y prohibido. El hijo de don Cárcano, el padre de Fernando, es el que hace la diferencia real con los talleres: ahí tientan el cuero, lo hacen más elástico y a veces lo tiñen y después lo mandan en camiones hasta la ciudad. Ahí las cercas existen solo para las vacas y los chanchos, que no importa que estén desmejorados y mal alimentados: se los hace correr porque la carne no tiene que ser tierna y es mejor que los cueros queden duros, porque así se separan más rápido del cuerpo y vuelve fácil la tarea del desguace.

El taller es un domo oscuro. Tienen canaletas en donde se vuelca la sangre fresca, canaletas que llegan hasta la parte del remanso debajo de las montañas; la sangre y el hielo roto bajan al río y llegan al pueblo. El río es rosa.

La maestra Graciela señala el mapa.

Estas líneas celestes son los ríos y afluentes de la provincia, dice.

Explica que toda masa de agua tiende, por cuestiones de gravedad, siempre hacia el mar, excepto raras excepciones, y que el mar ha sido siempre el espacio desde donde todas las formas de vida salieron y que su pasado fue siempre y en cada caso vida chiquitísima. Fernando escucha distraído, cruza el aula con los ojos: ve a Guillermo dormido, después al más chi- co de los Segovia que escucha con la boca abierta, después los

focos de luz amarilla, los cuadros encima del pizarrón. Los cuadros son dos. Uno tiene la cara de un cura cuyo nombre no sabe pero que se supone que fue el primero que empezó a dar clases ahí: le habría enseñado a los indios a identificar las letras, también a agarrar los lápices y las tijeras, a coser como se estilaba en Europa o en otros lugares de América más provistos y menos hambreados. Al lado del cura está Cristo. Tiene los ojos perdidos y la cabeza coronada. Hay un hilo de sangre que le cae desde la ceja izquierda y le esquiva el ojo. No debe haber sido lento ni avergonzado, deben ha- berlo reconocido incluso antes de saber su nombre, apenas bajase de las carretas o apenas apareciese desde el desier- to; así de flaco, igual a la foto, pero sin miedo, piensa Fer- nando, cargando como un héroe el dolor que tiene cuando lo retratan o cuando alguien acordándose de su cara decide dibujarlo. Fernando da vuelta la página del manual: des- pués de los ríos vienen los árboles y los arbustos, y diez o quince páginas más tarde, en una especie de regresión, las bacterias y los microbios. Las páginas son plastificadas y tienen fondos negros: muestran organismos unicelula- res y moléculas violetas, amarillas, verdes. En la cabeza de cada página hay placas blancas con nombres: *Papiloma*, *Haemophilus influenzae*, *Thiomargarita namibiensis*. Fer- nando achina los ojos; si se esfuerza, las bacterias parecen moverse: no tienen regla ni método, se mueven porque se mueven como si en eso se les fuera la vida; alguna potencia, capaz la de Cristo, la que hace que exploten en el contacto y entonces se reproduzcan y creen el mundo, los árboles, la escuela, el invierno ese, lamentable.

Fernando no tiene puestos los lentes. Se los saca porque después de clases ya le empiezan a molestar: le lastiman la parte alta de la nariz, ahora con dos marcas rojas.

Esta vez vuelve solo hasta su casa. Fernando camina sin lentes al lado de la ruta. Las plantaciones se le vuelven borrosas, también los árboles y los alambrados. El mareo le hace sentir que camina flotando, entonces de a tanto se mira las manos para saber que siguen ahí, para saber que sigue siendo todavía él, todavía humano y que camina a una casa de humanos. Fernando siente que está por darle una animación, así las llama desde que es chico y empezaron a pasarle: las palmas se le llenan de agua y también la espalda y él se mueve casi sin controlarlo y con él el mundo y el mundo toma otras formas y colores y es parecido a estar soñando. Para la noche en la que el mundo cambie para siempre, con él ya adulto, ya con canas, Fernando ya no va a llamarlas más animaciones, va a llamarlas como lo que son, el nombre técnico que les dio la medicina y que detesta y nunca dice en voz alta. Todavía no. Ahora, sobre la ruta, Fernando ve las montañas al frente, que se levantan sobre el fondo violeta del cielo. Sin los lentes parecen gigantes encorvados. Son veinte o más. Algunas tienen arriba nubes: guirnaldas y coronas, las unas para las que son mujeres y las otras para las que son varones. Fernando camina con la cabeza arriba: el mareo hace que no entienda si las montañas se le acercan o se le alejan, si es su cuerpo mismo que al moverse y al ver borroso produce solo el efecto, si es que las montañas están entrando en locomoción porque adentro tienen una mecha que termina de quemarse o porque un mago viejo les deja dicha esa tarea: pareciera que se despiertan y se levantan, piensa Fernando, y ven que el mundo no es en nada parecido al mundo en el que se quedaron dormidas, que ahora el mundo tiene menos cosas o más cosas pero más aburridas,

y se ponen de pie y tapan el sol y los templos y las plazas, y gritan que es suficiente, que no merecen tanto tiempo de letargo, que esas ciudades que han construido los hombres están mal, que estaba bien la tierra con otras formas del cariño.

Dónde está nuestro padre, dicen, y cuando hablan tiembla la tierra. Dónde está el venado, dicen.

Y Fernando no contesta nada, por miedo y porque no sabe qué responder.

Dónde está.

Las montañas toman la forma de un círculo. Se miran entre ellas y les dan la espalda a todos y al mundo. Entonces empiezan a llorar y las gotas revientan contra el suelo. El agua es mucha. Las plantas de arroz empiezan a taparse, también desaparecen debajo del agua los palos de los alambrados y los troncos que llevan los cables de la luz, entonces Fernando no tiene nada de qué agarrarse. El cuerpo se le empieza a levantar junto con el agua, que sin lentes parece un azul infinito. Piensa que podría intentar nadar hasta su casa, que a esa altura debe estar ya sumergida por completo, y que si no se demora tanto podría rescatar a su mamá. Fernando se eleva con el agua hasta quedar a la altura de las caras de las montañas. Están tristes. Los ojos que tienen son bolas de lava roja y amarilla.

No lloren, les dice.

Extiende las manos para tocarlas.

No lloren.

Los peones entran al taller: traen en los volquetes los chan- chos muertos del matadero. Los cuerpos duros parecen mez- clarse y rebosan las carretillas. Adelante de todos viene la

Gacela, así lo llaman en broma, porque es gordo y torpe; está en cuero y con un delantal marrón con manchas de grasa y sangre. Anda así a pesar del frío. Adentro está Fernando, que los espera sentado sobre la bicicleta. Llegó temprano como le pidieron, y con la única remera negra que tiene, para pa- recer mayor. Los ve aparecer por la puerta, un arco gigante: desde ahí los peones se ven chiquitos. Sobre unas mesas lar- gas de mosaicos blancos los peones ponen los chanchos.

Eh, señorito Fernando, venga para acá que le hacemos un lugar, dice la Gacela. Vamos con el chico, dice después, que es más fácil.

Dos de los peones ponen frente a la Gacela uno de los chanchos, que no debe llegar a doce kilos.

Nunca los cuereamos así de chicos, pero a este lo agarró un bicho, no sé, y estiró.

Con una de las cuchillas le hace un tajo justo debajo de una de las patas de adelante y le atraviesa toda la panza. Fernando quiere vomitar, pero se tiene que hacer hombre, así se lo dijo su papá, su mamá también, que fue la primera que notó que le había salido un hijo desviado. La sangre no brota del tajo, ahí ya no hay nada que bombee, entonces aparecen bolas de baba roja y espesa.

La idea es no hacer mucha fuerza, le dice la Gacela a Fernando. Si mandás fondo cuando estés sacando el cuero, se te van a escapar todas las vísceras.

Abren el chancho como una flor. La carne queda expuesta: ahí ya no hay dolores ni castigos. Fernando se mira las manos; mira las manos de la Gacela y los otros peones: están partidas.

Cae la tarde. Horas antes de que llegue la noche que va a cambiar el mundo, Graciela le pone las mostacillas al vestido que va a usar en un rato en el carnaval. Son casi todas violetas, van siguiendo primero la línea del escote y después bajan en línea recta para abrirse de vuelta en la parte de la cintura. Graciela alza el vestido y se lo apoya sobre el pecho. Mueve un poco las caderas y mira abajo para ver cómo es la caída. El escote podría ser más pronunciado: ya es grande y baja hasta el final del esternón, pero si el collar de guirnaldas que va a tener que usar en la competencia le tapa gran parte del cuello, y hasta más abajo también, se le va a hacer imposible insinuar las tetas, o por lo menos esa parte de las tetas por donde se adivina apenas la parte rosada de los pezones, y que es la que en serio hace cosas en los varones. Antes de las siete va a poner los pies en remojo, antes no porque sería un desperdicio. El agua va a estar casi a punto de hervir; le va a poner, además, sal gruesa, así los pies se le desinflaman. Graciela se imagina que para las nueve ya va a estar sentada en alguna de las tablas frente al escenario, con los nenes en las mesas de atrás y con la gente con plata adelante; con el bingo primero, del que no espera nada, y con la comida después, que debería ser liviana, ensalada o pollo, porque si no

es simple no va a comer. Se imagina un poco más tarde en la pista con las alpargatas de yute, que no le van a hacer doler las plantas de los pies. La música que suena no le importa. Las otras parejas y las gentes solas se van rindiendo de a poco: o se rinden o a las guirnaldas se les caen todos los pétalos entonces se los descalifica. Se imagina que al final llega la corona, que es de plástico y con piedritas de colores. Es el intendente el que se la pone. Ella se emociona y agacha la cabeza para recibir el premio; entonces mira el suelo mojado: los vasos tirados, la cerveza, los cuerpos rendidos con las cabezas entre las piernas, el olor que larga la hierba fresca cuando se rompe. No hay más nada, eso es todo.

Graciela mira la ventana: hace años que en el jardín no usa flores. La entrada es ahora una apertura de pasto quemado y roto, con la senda del paso en tierra y ramas secas.

Para el tiempo en el que el jardín no es todo polvo, el único hijo de Graciela todavía vive. Todavía no lo encontraron muerto en la ciudad del otro lado del valle con un hueco en la cabeza; no le hicieron el cotejo ni las bendiciones; todavía Graciela tiene las arrugas no tan profundas, porque se acaba de jubilar y tiene tiempo para hacer las cosas que a ella le gustan; todavía no está rota para siempre después de los días quieta, con Jorge bajo tierra, como despertándose hacia atrás de un dolor único que en serio la trajo a la vida, como si hasta entonces hubiese estado en alguna forma de sueño.

Ese último invierno, cuando todavía hay flores, los tallos se ponen más marrones que de costumbre. Graciela ve las flores del patio desde su cama. Está clareando de a poco pero todavía el sol no sale. A pesar del insomnio, no tiene ganas de levantarse: va a esperar ahí para ver si los tallos están

en serio más oscuros o es que la falta de luz los hace verse así. Si de verdad están chamuscados, debería ir al vivero y comprar fertilizante o las bolitas de potasio y calcio que ya compró alguna vez y que funcionaron. Sería una pena que se murieran los pensamientos y las petunias; que se murieran los geranios también, piensa, a los que no ve porque están del otro lado de la casa, pero que imagina no con el tallo débil porque casi que no tienen, o tienen, pero es muy finito, sino con las flores negras y no rojas. La televisión está prendida y tiñe la habitación de color celeste. Pasan infomerciales que van a terminar cuando empiece la programación regular. Cuando empiece el noticiero el sol ya va a haber trepado al cielo: de ahí a coser, o sacar la silla afuera con el mate y las galletas. Ahí fuera, si es fin de semana, los chicos van a pasar por su vereda para llegar hasta la plaza; los más grandes, los que la tuvieron en los primeros años, todavía la saludan. Hola, seño, le dicen. Que tenga un buen día, profe. Ya se les sugiere a todos los rostros que se les vienen como final de piedra, como si el fin fuera un molde fijo al que ellos caminan lento para acoplarse. Las caras, desde los años de la escuela, les cambian: dejan de ser gordas y suaves para transformarse en lánguidas y rectas, que no es siempre lo mismo que la rigidez. Ya sabe ella, mejor que nadie porque a eso se dedicó siempre, apenas los ve o los recuerda, quién da para malandra y quién para compañero; quién para mandarse a mudar, los más valientes casi siempre, que se le atreven a las montañas como si fueran de espuma, nada, y quién para quedarse ahí en el pueblo, donde la velocidad es otra y que no es destino fiero para nadie si las cosas están hechas con cuidado, que ahí todos comen, poco pero lo hacen; que cuando baja el viento por las laderas las calles se llenan de pájaros del arrastre buscando lo que queda de comida en las calles. Podrían quedarse ahí como ella. Está bien.

Las frazadas la tapan hasta el cuello. Son frazadas gran- des que la aplastan contra el colchón y la hacen sentir pro- tegida. Hasta que no empiece el noticiero Graciela no va a levantarse: va a esperar que los ruidos que salen del televisor se conviertan en un español claro con el que ella se siente familiarizada y le expliquen si es sábado o domingo, y cómo va a estar el día.

El ruido de un motor la saca de la modorra. Graciela se despierta lento: no sabe si el ruido viene de afuera o de su propio sueño. Abre un poco los ojos y mira las cortinas, que dan a la calle y que están cerradas, y que se tiñen de azul y después de rojo y después de azul, y así.

Graciela abre la puerta y el comisario entra en la casa. Entra con suerte por el umbral de la puerta porque tiene el tamaño de un oso. El comisario se saca la gorra y se la pone debajo de la axila. Mira a Graciela a los ojos como intentando explicarle las cosas en un lenguaje secreto.

Graciela, pasó algo con Jorge, dice.

Graciela llena la palangana con agua y pone adentro los pies. Quiere que se le desinflame la parte del empeine y también los tobillos así la alpargata entra bien incluso con la venda puesta para que el agarre sea firme y evite lesio- nes. Quiere también que el color de las varices se matice un poco, ahora entre verdes y azules gastados que se le expanden sobre las piernas y los muslos como un delta. Desde donde está sentada va torciendo el salero. Así va a tardar mucho en llegar a la cantidad recomendada, pero no le importa: le gusta que la sal caiga lento como una cascada vista desde lejos o como nieve.

En la televisión, un hombre de la meteorología dice que vienen del norte nubes cargadas de agua, que es sabido que

tienen agua porque ha aumentado la humedad pero que no dejan de ser raras porque se contraen y expanden a una velocidad no del todo usual.

Nadie espera que en la noche del baile vaya a pasar algo horrible.

Graciela se mira la cara en el espejito redondo que tiene sobre la mesa: las cejas están bien depiladas, hacen una curva que le vuelven la cara más fina. Ya se sacó los bigotes y los pelos que le crecían en la pera. Piensa que no le molestaría si llueve, que en todo caso si llueve la gente del carnaval que haya entrado en la competencia de baile puede llegar a cansarse más rápido. Mejor para ella que no le interesa mojarse, tampoco bailar en el barro porque ya está acostumbrada, o así lo hacía cuando joven, antes de conocer al padre de Jorge, antes de saber que el padre de su hijo la va a abandonar, antes de saber que va a ser maestra, que va a tener un hijo y que después lo va a perder, antes de entender que por ser mujer su tarea es quedarse en la casa, así al menos lo dicen su padre y su hermano mayor. Hasta que te encontremos macho, le dicen. Y ahí, donde debería estar ella, que es en la habitación de su casa cuando no está en el colegio, es donde descubre el cuerpo cavernoso que tiene entre las piernas, que es otro mundo pero del lado de adentro, con un nervio expuesto que frota sin saber todavía que se llama clítoris, cosa que no va a saber hasta hacerse grande, y que la empuja a unos temblores de rabia o a una electricidad que es íntima como nada pero que sabe que es antigua, o al menos anterior a ella, y así es cómo después, cuando sale de la habitación, todavía vibrando y transpirada, con el interior de los muslos húmedos, se queda mirándola a su mamá, que a veces lava los platos o a veces está tejiendo, como preguntándole si ella también conoce la descarga.

El calor es un golpe seco. Sería diferente con ventilador, o con ventilador nuevo, porque dos de las aspas del que tienen están rotas. El hermano de Mario, ahora más joven, manda una carta diciendo que en cuanto pueda va a viajar al pueblo a darle la despedida a su madre, al menos a pedirle perdón, piensa Mario, por haberse vuelto rico o casi rico y no haberlos ayudado a ellos a salir también de la miseria o de ese pueblo encerrado entre montañas, cercado por las montañas, como si todos ahí fuesen su alimento, la condición de su altura, y como si hubiesen sido las montañas también las que invitaron a los generales a fundar esa tierra que desde su comienzo hasta ahora parecería haberse creado para comerse a sus hijos. La mamá de Mario respira cada vez más trabado. Dice cosas sobre el cielo y sobre las piedras, dice que son luz congelada, o que no quiere que la cremen, que quiere que la tiren al río, total nadie lo visita, menos sabiendo que pertenece por lo menos de palabra a los Cárcano; que la municipalidad no tiene por qué enterarse, que Mario diga que la enterraron ahí mismo en su terreno, abajo del nogal donde también está enterrado su primer marido y el perro que tuvieron juntos; que todavía queda plata guardada en el banco, plata que ella había salvado

hacía un tiempo, cuando Mario todavía era chico y cuando amagó la guerra con el país vecino, pero que también cree que esa plata es de billetes que no se usan más, que es una pena, m'hijo, te he dejado con nada.

Sí, mamá, me dejás todo esto, dice Mario abriendo los brazos y mirando arriba. Me dejás la casa, la tierra, para mí eso es suficiente. Mamá.

Qué.

En serio te digo.

Mario ya se está volviendo viejo: todavía es fuerte, los brazos sobre todo, que podrían tirar una puerta, pero hay canas, y parte de la barba ya no es negra sino gris, como si el cuerpo estuviese usándole la poca energía que le va quedando en otras cosas más esenciales que el pigmento. Mario toma las manos de su mamá: están arrugadas y se volvieron más chiquitas; las venas le dibujan un estuario en la carne.

El hermano de Mario está sentado frente a un libro de biología. Al libro lo rescata Mario de una feria de la escuela del pueblo. Lo rescata porque tiene los bordes ajados y los colores muer- tos y parece no quererlo nadie; también por las nubes que vienen que van a ser tormenta y porque sería una pena que se moje y rompa, no por las palabras, que podrían por efecto del agua correrse y mezclarse, porque bien podrían estar diciendo lo mismo, una y otra vez, ahí y en todos los libros, sino por los dibujos, todos de plantas y de insectos y de animales.

Te gusta, pregunta Mario. Sí, dice su hermano.

Si querés cuando termines el jardín podemos ir al río a pescar y ver si encontramos alguno de los bichos que están ahí.

Bueno, dice su hermano, que no levanta la cabeza del libro.

Las figuras son todos cortes longitudinales; muestran el interior de los animales y las plantas: los corazones, los tubos por donde pasa la sangre o la clorofila, los huesos. Algunos animales aparecen en posición de ataque, con los músculos tensados y a punto de dar el salto o mostrando los colmillos; a algunos se los dibuja bajando en picada con las alas pegadas al cuerpo. El hermano de Mario pasa las páginas, lo hace lento como si no quisiera perderse las figuras, los cuadros de texto que todavía no entiende, los colores. Hasta que no encuentre el dibujo de un caballo no se va a levantar de la mesa. Cerca del final aparece un alazán: adentro no tiene diamantes, ni brillos, ni está hecho de polvo celeste. Muere igual que los otros cuando el mundo lo cree necesario. Es carne.

Mario está acostado en la balsa. Hay algo en el cielo que no llega a distinguir.

Así, tan cerca de morirse, se acuerda de que es para el año de la lluvia que conoce a Sonia. Ese año llueve como en ningún otro. En ese entonces se rompen los soportes de la represa y durante dos semanas todo el pueblo queda caminando con las aguas por las rodillas. La tierra abajo ya está llena y no cabe más nada: la superficie va juntando ramas y cajas y pájaros muertos. Mario lleva a su mamá al dispensario del pueblo: a veces la carga, a veces no porque puede sola. Sonia los atiende detrás del mostrador. Así se conocen. Sonia trabaja ahí desde hace tres años: primero empieza limpiando baños y la sala del único doctor y después, por falta de personal o desidia, se convierte en enfermera. Aprende rápido cuándo sí y cuándo no el paracetamol y cuándo sí y cuándo no llamar a la ambulancia de la capital o mandar los pacientes de vuelta a la casa.

Mario y su mamá se sientan en el único banco de la sala de espera. Todavía hay olor al barniz que le pusieron antes de las elecciones.

Es linda esa chica, le susurra su mamá. Sí,

dice Mario.

Me podés dar un nieto antes de que me muera. Para

bicho ya estamos nosotros.

Mario levanta la vista: detrás del mostrador está Sonia. Es petisa y tiene cara criolla. Usa suelto el pelo negro. La luz que entra por las ventanas le ilumina el cuello, le hace un corte recto desde las orejas hasta el pecho. Mario la mira llenando unos papeles. Entre la piel de Sonia y el delantal que tiene puesto hay un contraste perfecto. En quererla con los ojos está Mario cuando Graciela entra al dispensario. Camina lento hasta el mostrador. Sonia la recibe con una sonrisa.

Hola, madrecita. Buen día, le dice. El doctor está por llegar y en tantito llegue la atiende.

Graciela gira y ve que el banco está ocupado. Es Mario.

Marito hermoso, le dice. Qué lindo verte.

Señorita Graciela, dice Mario, y se ríe.

Y se levanta para darle un abrazo, y cuando la encierra en los brazos siente el olor a viejo disimulado con perfumes y laca.

Mario corta leña. El hacha baja y hace temblar el suelo: separa las maderas en cortes limpios.

Mirá, le dice a su hermano, si te vas ahora no vuelvas. Marito, estoy cansado.

Cansado de qué. Yo estoy cansado. La casa. Mamá. Marito.

Callate.

Marito, escuchame.

En la estación de servicio se despiden. Es de noche. Al costado de la ruta para el colectivo que va a cruzar las montañas y va a llevar al hermano de Mario a la universidad. Cuando llegue será de mañana. El viento ahí va a ser otra cosa: no va a tener plomo ni azufre.

Cuidate, le dice Mario.

Vos también. Si algún día tenés un hijo con Sonia no le pongas el nombre de tu papá ni el mío.

Un colectivo destartalado se traga al hermano de Mario. Las luces de adentro están apagadas. Mario no ve nada. Piensa que su hermano puede verlo desde adentro, desde arriba y adentro, buscando con los ojos entre las ventanas; que puede verlo desde arriba a él, con una remera verde casi blanca, rota en el cuello, cerca de un charco de agua, justo antes de que empiecen a aparecer en la estación los maricas y las putas, como tigres con hambre buscando carne.

Mario trabaja menos de dos semanas en el matadero. Poco tiempo después de conocer a don Cárcano, y poco después de que el capataz le explique los cortes, de dónde a donde, el tipo de presión, la rutas a tomar, la caja de cambios y las barridas, lo echan: le hacen saber que ahí no aceptan ladrones, por grande que sea el hambre que tengan, que esa tierra y esos chanchos son de Cárcano y que así va a ser hasta que Dios lo disponga, es decir hasta siempre; que si lo que quería era comer podría haberlo pedido, porque la carne que tienen esos chanchos que vienen en camiones del norte están todos enfermos y no sirven ni para alimentar a los perros.

Te doy el camión y me robás tres chanchos, le dice la Gacela. Me hago el pelotudo y te pongo acá para tenerte vigilado y de vuelta lo mismo. Ya no sé si sos un pelotudo o un hijo de puta.

La Gacela no levanta la voz, le dice las cosas como si fuese un hermano mayor. Es como si hasta él estuviera cansado de tener que cuidarle la plata a Cárcano.

Don Gacela, mamá está enferma, mi hermano ya no está, y con Sonia estamos intentando tener un crío y con esto no alcanza.

No me importa, acá no se roba.

La Gacela cruza los brazos sobre el pecho.

Ya estás viejo para hacer estas boludeces.

La Gacela mira al techo: las vigas del tinglado están empezando a rajarse por la humedad. Van a poder resistir cinco o seis años más si los temporales de ahí en adelante no son violentos. El día que caigan, nadie lo sabe, van a morir siete personas. Van a desenterrar de los escombros los cadáveres, todos inflados y con moretones.

Mirá, te vas a tener que ir.

Sonia está acostada. Tiene gotas de transpiración en todo el pecho. Mario se acurruca al lado de ella. Las sábanas están mojadas y van a tardar en secarse. Sonia le pide a Mario que le acabe adentro: quiere quedar preñada antes de los treinta, así se lo aconsejó el médico de la guardia, que es de la ciudad y aparentemente entiende. Entonces Mario se deja llevar, un poco porque quiere o porque se imagina siendo padre, pero otro poco porque ya es demasiado tarde para salirse, porque ahora quien está cogiendo no es él sino el mono que es en la parte más honda. Cuando acaba, Mario da un grito,

empuja contra Sonia como si todavía le restaste más verga por meterle y después cae a su costado y se hace un bollo. Sonia le acaricia la frente, le corre el flequillo con el índice.

A la pieza de tu mamá la podemos dejar para el nene, le dice.

Mario no abre los ojos: se imagina corriendo la cama de dos plazas y los muebles, pintándola toda de blanco para que lo primero que haga la criatura cuando abra los ojos sea pensar que está en el cielo o adentro de una nube. Después besa a Sonia en el cuello.

Sí, le dice. Voy a tirar el algarrobo de afuera porque hace que se tapen las cañerías. Lo voy a tirar y voy a armar una cunita.

Así me gusta mi macho, le dice Sonia.

Mario le muerde una oreja.

Es verddero.

El sol es un punto nimio justo antes de que caiga la noche negra. Los pinos como flechas violetas se juntan o así parece, achicando la distancia que los separa y sacan la savia para hacer dulce el aire. Siguen guardando el calor del día en las ramas y en las hojas y en la madera de los troncos: les pone en movimiento todo lo que les sucede de la parte en adentro. Están húmedos a pesar del calor, así se les tiene dicho que lo hagan, para que funcionen de matriz a otras cosas que nacen a sus pies, encima suyo en las copas; se levantan con curvas y cortes para hacer más cómodos los nidos y frenar el viento: están tan húmedos que no cabría el fuego, se extinguiría porque es mucha el agua, la suspendida como moléculas en el aire y también la que está en las plantas rastreras y los pastos.

Después del bosque empiezan las montañas. Las laderas no tardan en mostrar que la altura va a ser seria: se levantan como un accidente rápido. Según el sol les pegue pueden ser grises, o negras, o amarillas, como si no tuvieran color propio y sólo se volviesen visibles si es otra la cosa que las señala. Son treinta o cuarenta o más y se arman en línea recta. Son todas parecidas, no en tamaño, pero sí en forma: son triángulos casi

perfectos con puntas cerradas y coronadas a veces con hielo. Las que están más hacia el centro puede que sean más verdes: es el río que las cruza por abajo y les da un poco de vida. Todas las otras están muertas.

Ahí en el valle crecen perennes o abelias y otros arbustos chicos que no crecen sino a lo ancho y que no quieren asomarse al cielo a pesar de que puedan y de que necesiten el sol porque hay algo en las montañas que las ata al suelo y las obliga a quedarse ahí.

Graciela se despierta confundida. El colchón está mojado, también las sábanas y las almohadas: hacen juntas un útero de tela. A través de la ventana puede verse la última luz del sol, que ya cae oblicua sobre el asfalto; debe ser el atardecer, pero no hay en la calle ningún tipo de movimiento. Graciela sabe que la noche anterior, durante el carnaval, hubo lluvia, y después gritos, y después nada, fragmentos de algo, una resaca: pedazos de estrellas, más gritos, una luz acaso, algo, un ruido también húmedo.

Sobre el pueblo, que desde ahí arriba se ve aplastado, no vuela un pájaro. Los vidrios de las casas reflejan la luz del sol que ahora es naranja y débil. No están tan lejos, pero pareciera que el pueblo se mueve lento, como si la distancia en realidad fuera mayor. En un rato va a encenderse el alumbrado público y el pueblo va a mostrarse brumoso debajo de las montañas.

Vos te querés ir de acá, pregunta Fernando.

No sé, mi papá dice que esto está muerto.

Pero vos qué pensás.

No sé.

Guillermo se recuesta en la tierra seca y pone las manos detrás de la cabeza. Si te ponés así, dice, y no hay nubes ni nada, ves todo de un solo color y parece que estás ciego.

Durante las vacaciones de la escuela, se encuentran siempre a la mañana cerca del vado y bajan hasta el río en bicicleta. Ahí se acuestan y se meten al río, buscan piedras con colores raros o cosas que la gente dejó o perdió en el fondo; después, cuando las sacan, juegan a inventar historias sobre los objetos: a quién pertenecían o por qué terminaron ahí, qué es lo que vieron cuando cruzaron el río que atraviesa

las montañas, y así. Fernando es casi siempre el que lleva la comida: no le importa robarles a sus papás y tampoco le importa que siempre sea Guillermo el que se come todo.

Estás flaco, le dice. Comé.

Guillermo se tira sobre los paquetes de galletas o el queso y a Fernando le gusta. Lo hace sentirse un protector.

A veces se meten al río por turnos. Mientras uno busca en el río, otro está trepado al árbol y va indicando dónde pue- de haber cosas por los reflejos que salen del fondo del agua o por el sol, que entra derecho y a veces sugiere objetos de metal o plástico. Desde arriba, Fernando ve los hombros de Guillermo: son todo fibra, también los dorsales, que se hin- chan cuando Guillermo se agacha a levantar cosas. Fernando le miente a Guillermo, lo hace moverse por el río tanteando con el pie y las manos objetos que en realidad no están ahí.

Más allá.

No, boludo, un poco más allá.

Así el juego tiene abajo otro, que es más íntimo, y que es el de Fernando poniendo en movimiento el cuerpo de Guillermo con la palabra. Fernando le mira a Guillermo la nuca y las clavículas, que a veces toman posiciones raras y hacen que la espalda se vuelva otra cosa, un dibujo triangular con líneas puras. Cuando salen del río van a la colina que da al pueblo, llegan descalzos porque ya tienen los pies curtidos y porque saben bien dónde crecen los arbustos con espinas. Ahí se quedan hasta que empiezan a dormirse, a veces acurrucados o a veces con los brazos abiertos, entonces se levantan y se van y vuelven a bajar al vado y ahí se despiden y Fernando ve alejarse a Guillermo, que pedalea rápido, levantando el polvo y haciéndose más chico.

Ahora en la colina, Fernando mira a Guillermo. La luz naranja lo hace parecer más grande.

Entonces hay una explosión y empiezan las llamas, al principio sin color, como si todavía les restase crecer un poco para mostrarse en serio. Fernando y Guillermo se sobresaltan y se inclinan sobre la colina: buscan con los ojos de dónde llegó el ruido. Al rato, sobre la estación de servicio que está a la salida del pueblo ven una columna de fuego que toma los surtidores y la casilla que hace de kiosco, y después la garita y uno o dos autos. Fernando se inclina hacia adelante por instinto. Las llamas se mueven como si fueran agua y van expandiéndose por la ruta y las casillas de madera. Hay pastos y yuyos secos –todos juntos por acción del arroyo que antes pasaba por el centro y que ahora está muerto– que vuelan por el aire y son atraídos al fuego; vuelan como si también estuviesen hechos de aire y el fuego los llamase para hacerse más grande y marchar más rápido.

Cuando se hace de noche, las llamas todavía siguen. Como el cielo está encapotado, la luz del fuego se refracta en las nubes de arriba e iluminan el pueblo. No hay nadie que esté durmiendo: todos están corriendo y llevando baldes de agua y arena y ayudando como pueden. Si no frenan la pared de fuego, las llamas podrían alcanzar la casa de gobierno.

Los árboles de la plaza ya no están más, ahora son palos grises que van a quebrarse con los primeros vientos o cuando las brasas que tienen adentro lo decidan.

El aire, incluso donde están Fernando y Guillermo, se vuelve espeso. Tiene olor a madera y arrastra cenizas y chispas.

El calor se hace grande entonces se sacan las remeras. Es lindo, dice Fernando.

Sí.

Fernando se le acerca y le apoya la cabeza en un hombro. Guillermo lo envuelve con el brazo.

No te da sueño, pregunta Fernando.

Qué cosa.

El fuego.

No, no sé.

Es como si hubiera una fogata.

Y qué tiene que ver.

Nada, viste que cuando hay fuego los animales grandes no se acercan tanto, como que está todo bien.

La cara de Guillermo se levanta por sobre la de Fernando: desde ahí Fernando puede verle bien la caída del pelo en las patillas y las orejas y la pera. Fernando se estira y le besa el cuello.

Qué hacés, dice

Guillermo. Nada.

Fernando se le acerca todavía más a Guillermo: le pone la cara cerca de la oreja. Guillermo cierra los ojos y se deja besar. Al principio los besos son secos y después Fernando empieza a usar la lengua. Guillermo está salado. Guillermo sabe que está salado porque Fernando se lo dice mientras lo besa y se ríe.

Guillermo sigue con los ojos cerrados y se estira: abre el cuello para que entre toda la cabeza de Fernando. Cuando Guillermo empieza a sentir algo en la parte baja de la panza, Fernando frena.

Es tarde, dale. Me van a matar en mi casa.

Entonces se levantan y se suben a las bicicletas. Miran desde arriba el pueblo.

Siento que va a pasar algo feo, dice Fernando.

Ya no hay fuego. Las luces están prendidas, casi no iluminan por el humo que las rodea.

En la puerta suenan tres golpes secos. Hay un espacio de silencio y después tres golpes más. Graciela se despierta. Todavía está mareada: tarda en reconstruir la habitación, la araña que cuelga del techo, su cuerpo, la luz celeste que sale del televisor. A los segundos tres golpes los escucha claro, entonces se levanta rápido y se pone el camisón. Cuando llega al pasillo que da a la puerta, a Graciela se le vencen apenas las piernas: vive en una forma de anticipación una angustia honda. Graciela camina por el pasillo oscuro, va tanteando con las manos los muebles y los percheros y llega hasta la puerta, un rectángulo negro recortado en su silueta por la luz que se filtra de los faroles de la calle. Graciela apoya la oreja en la puerta.

Quién es, pregunta.

Soy yo, mamá. Jorge. Abrí.

Graciela abre la puerta. Parado afuera está su hijo Jorge. La cara le cae o le baja sin ganas.

Jorge, dice Graciela.

Jorge entra a la casa y cierra la puerta; arrastra olor a humo de motor y bosta. Abraza a Graciela.

Hijo. Hijo. Dónde estabas.

Hola, mamita.

Dónde estabas.

El Cristo es de madera. Está al fondo de la capilla del pueblo, que fue refaccionada en los últimos años pero que sigue usando los basamentos que hicieron los jesuitas. Graciela se le pone abajo. Es un Cristo barato pero grande, todo de madera negra: un Cristo más duro y vengador o menos misericordioso. Cristo mira a Graciela desde arriba, no la mira directamente porque tiene el ojo quieto, pero la siente cerca: siente sobre Graciela una nube negra y olor a tierra mojada. Es mal augurio. Es sabido.

Necesito guardarme un poco, mamá.

Estás cambiado.

Sí, ya. Un tiempo nomás.

Qué hiciste.

En serio querés saber.

En serio, no.

Entonces dejalo ahí. Unos días nomás. Cuando todo esté más calmado me vuelvo a ir.

Pero por qué te querés ir de vuelta. Quedate acá, me ayudás con las cosas de la casa. Tengo un poco de plata guardada de cuando se murió tu papá. Podemos poner un kiosco o algo así, y hacerlo trabajar diez o doce horas por día entre los dos. Podés vivir conmigo hasta que entre plata y después te levantás una casilla acá al lado.

No puedo.

Podemos pedirle ayuda a los Cárcano. El hijo de ellos, Fernandito, fue alumno mío y lo quiero mucho y él también me quiere, y seguro que hereda todo en unos años.

Sí, lo conozco.

Le podemos pedir que te den una mano en el matadero. No, los Cárcano no.

Por qué.

Me la tiene jurada don Cárcano.

Por qué.

No importa.

El mantel es rojo y de tela. Jorge apoya las manos ahí. El sol se levanta de a poco y Jorge ve desde la ventana que los rayos están llegando a las montañas; empiezan a treparles las faldas y en poco tiempo va a llegarles hasta la punta.

Las montañas no van a dejar de ser negras a pesar de la luz.

Jorge se ve las manos. Están rojas y se confunden con el mantel. Hasta que pueda volver a la ciudad de detrás de las montañas o seguir viajando hacia el sur para encontrar otra cosa, puede darle uso a los gallos que todavía tiene Graciela en el patio del fondo. Son todos pisadores y con un poco de entrenamiento pueden bancar una parada, total son todos hijos del Ringo, el gallo que había entrenado su papá, que no murió en ninguna pelea sino de viejo, y que por durar mucho fue quien le enseñó a todos sus hijos, sin saberlo o sabiendo para qué los iban a usar, y a los hijos de sus hijos también, cómo se pisa y cómo picotear y dónde y cuándo. Hay dos o tres que tienen los ojos chicos, los mejores porque son un blanco difícil, y que ya están cagados a palos de pelearse tanto entre ellos, entonces así pueden servir las costras y callos que se les armaron en la cara y en las garras. No van a arrugar; ni cuando les saquen las vendas, ni cuando los tiren al foso o piquen con palos, porque en realidad están para eso, aunque en alguna parte del fondo no lo quieran, como si se movieran solos y sin deseos, pero muertos del hambre. Así los criaron.

A veces me dicen que te ven por el pueblo, y no sé si es mentira o no, entonces yo digo que sí, que pasás por casa de vez en cuando.

A veces vengo, mamá, pero de pasada, y como no quiero que te ilusiones no te paso a visitar, nada más.

Ya sé que no querés vivir acá, pero te extraño todo el tiempo. Visitame.

Jorge levanta la vista. La cara de Graciela está roja e hinchada. El labio de abajo le tiembla. Graciela piensa que en la ciudad de detrás de las montañas todavía deben estar bus- cando a Jorge: móviles de la policía, o perros o gente enojada a pie, revisando los contenedores de basura, buscando entre la gente dormida de las plazas y los borrachos, así hasta que caiga la tarde, y después también, cuando se haga de noche y los perros encuentren el rastro, porque todavía tienen una remera suya; van a ir por delante de todos soltando baba, pero el rastro va a llegar hasta donde empiezan las mon- tañas, y ahí nadie se va a atrever, al menos no sin autos o escopetas porque esas montañas no son de esta tierra, o sí pero de una época en donde el mundo no era habitable, al menos no por hombres y mujeres, y han quedado desde esos tiempos, como una burla a todo lo que muda y muere.

El Venado Sagrado de las montañas mira el brezal y la tierra baldía, los castillos, los trigales, las partes oscuras de las ciudades, todas las ciudades, las rutas, el micelio que se extiende como una peste sana sobre todo tronco y ladrillo y toda grava, los quince millones de verdes diferentes.
Siente que el planeta es el indicado.

Piensa que es el momento, ya, ahora, que ya hay trigo, y abre la boca y grita.

Casi no hay arena en el arroyo antes de las montañas. La poca que hay es blanda, entonces el agua empieza a brotar de abajo y a Mario se le mojan las zapatillas y las partes bajas de los pantalones. Los árboles están cerrados, siguen creciendo juntos a pesar de que tienen pampa cerca: no quieren separarse los unos de los otros, protegen lo que tienen al centro. Mario camina y al tiempo aparece la capilla. La capilla ahora está rota. La cruz de la cúpula está abrazada por ramas; hay cosas escritas con carbón o fibras en las paredes de afuera y en la entrada botellas rotas de cerveza y vino.

Esperá, dice el hermano de Mario, que está vestido de fiesta porque acaba de terminar la primaria. Me trabé con un alambre.

Entonces Mario espera frente a la entrada: es un arco grande con formas en yeso, hay relieves con espadas y con lanzas, y hay una cara india en la punta con los pómulos afuera, con la nariz ancha y los ojos cerrados.

La última vez que Mario entra a esa capilla no tiene más de seis años. Es la última ceremonia que se va a hacer ahí porque en el pueblo ya terminaron la nueva iglesia al lado

de la casa de gobierno bordeando la plaza. Ya nadie va a tener que acercarse a las montañas, ni cruzar el sendero del vado, ni entrar al bosque donde los charcos y los mosquitos y las víboras. Mario no se acuerda de la cara del padre que da la misa. Se acuerda de su mamá, de la falda de su mamá sobre la que está sentado, de la pera de su mamá que se le apoya sobre la punta de la cabeza, del miedo que le da la luz convertida en colores por el vitró del fondo.

El cura lee en voz alta:

> Mudaremos como en el éxodo, salvando las diferencias, como cuando los protegidos por Moisés entendieron lo que una vez fue cierto y que después olvidarían como tal porque tuvieron que torcer a la guerra; lo cierto, que tan diferente a lo cierto de Dios no podía ser, aunque se presentase en otras palabras, con otras formas, no las del triángulo con el ojo encima sino las del círcu- lo; si así fuera de hermosa, la intimidad y el olvido, podríamos preguntarnos como ellos por qué estas picas y estos filos, estas huellas de herradura partiendo las plantas y las margaritas, los rastros donde antes hubo chozas que ahora no están y que mu- daron al centro donde la tierra es plana y con menos accidentes, así de astutos para ver quién se acerca y en cuánto tiempo, cuán- tos se acercan y con cuánta poca cobertura, para ensayar el tiro; igual a ellos en el viaje, en otra parte o costado del mundo, con Adán vivo todavía padre de todo pero ya vuelto un árbol o peda- zo de un árbol, con copas y nudos como brazos, con dedos que apuntan al este, porque allá la tierra es buena, así la hizo y le dio cura antes de convertirse en el tótem que marca el paso, hasta que todos viajen y prueben las frutas que crecen del otro lado del mar; recién ahí podría volverse ceniza, después de un relámpago que le va a nacer de adentro y sin prisa y que va a hacer vivir de vuelta la madera y al olor que tiene.

Sonia lava los platos. El ventanal que tiene enfrente se abre a la pendiente. Mario la mira desde atrás: la cintura, los brazos

que mueve rápido, la trenza negra que le llega larga hasta donde terminan los omóplatos. Viene la primavera: la pal- ta buena que traen de afuera, las manzanas grandes; puede también que las lluvias ligeras que ayudan a la cosecha. Si la cosecha nace alta, Mario va a poder seguir entrando cubierto por los pastos en los campos de Cárcano desde uno de los recodos del río para robar brotes maduros, a pesar de que ahora sea el hijo de don Cárcano, Fernando, el que cuida las tierras, que es flaco y ágil, y que aunque no se lo vea mucho por el pueblo parece ser igual de severo. Sonia está más lin- da que nunca, piensa Mario, incluso más linda que cuando la conoció: el sol le pega en los hombros morochos y los hacen parecer de bronce; la cintura, chica y dura, que después se abre ancha por el vestido suelto.

No van a dar hijos. Puede que Mario sea el último Segovia si es que su hermano no crea descendencia allá en la capital. Si es el último, entonces prefiere morir antes que Sonia, porque así de pobres como son van a ir a parar, de morirse, a la fosa común del cementerio, cosa fea si es cierto que él viene de una familia de generales importantes que le dieron faca al indio; entonces, si muere antes que Sonia, va a hacer lo mismo que hicieron sus tíos, cuando la familia era todavía más pobre, cuando su mamá era chica y acostumbraban a enterrar a sus muertos debajo de los pinos, cerca de donde ahora está la parroquia abandonada, cuando la naturaleza ahí todavía no estaba hollada: toda la arboleda un solo panteón de familia.

Va a enterrarla a ella y después él va a morirse de lo quieto que va a quedarse en el bosque. Van a volverse parte de los árboles cuando llegue el tiempo.

Fernando sabe que no va a dormir en toda la noche, que a la mañana siguiente va a cabecear en la segunda o tercera hora del colegio, que no va a entrarle el sueño hasta que el sol empiece a aparecer por la ventana, y que hasta entonces no tiene mucho más que hacer que escuchar en la radio el único programa que no pasa música de señoras ni tangos: el de un hombre grande que Fernando imagina gordo y canoso, con la voz grave, que recita poesía. La habitación está a oscuras. Fernando mira por la ventana las montañas negras; se imagina durmiendo adentro de ellas, en una carpa grande con soles de noche y lámparas naranjas.

Cerezo de mi puerta, dice la voz en la radio, si no volviese yo, tú florece.

Entonces hay un ruido. Fernando piensa al principio que es la puerta de entrada que, a veces floja, rebota por el viento contra el marco de chapa, pero no. Es enorme y tiene filo, y crece hasta hacerse insoportable. Parece un chillido o un gemido de cachorro amplificado. Fernando se tapa los oídos con las dos manos, pero el ruido entra igual a través de la carne. Es un llanto ahogado y constante y macizo. Es tan fuerte que el suelo tiembla. La casa se llena

de gritos: Fernando escucha a sus padres corriendo por la casa, dándose órdenes y empujando cosas. La puerta de la habitación de Fernando se abre: su papá se queda quieto un segundo bajo el marco, y después entra.

Fernando, nos vamos, dice.

El grito dura poco menos de un minuto. Se escucha claro y rasgado, pero las curvas y accidentes de las montañas le dan una reverberación natural que lo expande, lo vuelven más grave y duradero. En la plaza se juntan los que estaban despiertos a esa hora de la noche. Otros llegan de a poco, con cara de dormidos y en batas. El invierno está en desarrollo pleno y hay en los árboles y en los arbustos el desencanto del frío. En el centro de la plaza los vecinos se preguntan si hubo en las montañas un desprendimiento, y lo que sonó no fue más que un eco; o si hay gente, del gobierno capaz, abriendo caminos con dinamita.

Fernando sabe que quienes gritan son las montañas, o lo que tienen adentro, que no son animaciones, pero no se lo va a decir a nadie; sus índices todavía empujándole los tímpanos no pueden frenar el eco de las montañas que todavía se filtra igual, como si todo lo que hay en el mundo fuera transparente o mínimo.

El alba. Va a ser un día claro. Sonia está despierta, no pudo dormir en toda la noche. Se toca el vientre, imagina que lo tiene muerto por dentro, comido por dentro sin saber ella bien por qué, y si así es que le toca en la tierra puede que en el paraíso sea otra cosa: madre de muchos. La casa está en silencio porque la mamá de Mario murió hace unos años. Ya no hay más ruidos a las seis de la mañana. Mario duerme boca arriba al lado de Sonia. Sonia estira la mano y le toca la punta de la nariz, después le arrastra un dedo hasta la raíz, cerca de los ojos, y vuelve a bajar por todo el dorso. Mario frunce un poco el ceño y se despierta. Siente la caricia de Sonia en la cara: está en la parte del laberinto, recordando quién es y cómo se llama, de quién es la mano que lo toca, de dónde viene el olor del pasto mojado.

Negro, dice Sonia en voz baja.

Mario gira y se le pone de frente. Levanta un brazo y lo cruza sobre Sonia y la arrastra un poco para sí. Sonia se esconde en el pecho de Mario, se hace más chica, respira del cuello de Mario y de la parte baja de su barba. Sonia va a dormir hasta pasadas las diez. Va a soñar con dunas, con un desierto que se extiende hasta donde le llega el ojo; va a soñar que tiene una llave en la mano, pesada y de plata, y con un castillo al fondo recortado en un cielo azul enorme.

Mario sube la ladera. Lleva una bolsa marrón sobre la espalda que tiene casi su mismo peso. Se encorva para no perder el equilibrio. Avanza mirando al suelo, mide los pasos. Cuando termina la colina aparece su casa. Las puertas están abiertas. Hay humo que sale de la chimenea: puede ser el pan de la merienda.

El hermano de Mario está sentado en una reposera. No se mueve cuando Mario se le acerca, cuando da un jadeo y tira la bolsa al suelo como en saludo. El hermano de Mario mira las montañas. A esa hora de la tarde, con el sol pegándoles de costado, son hermosas. Mario ve triste a su hermano, la cara dura y apretada.

En qué pensás, le pregunta.

En nada.

Dale,

decime.

En nada.

Dale, si estás mirando a la nada con cara de boludo. En algo estás pensando.

No, no sé. En nada.

Estás bien, le pregunta Mario.

Sí.

Decime, en

serio. Sí.

No pasó nada en el colegio.

No.

Ni con los chicos.

No.

No te pelees con el hijo de los Cárcano, el Fernando, por favor. No me peleé con nadie.

Bueno.

Mario abre la bolsa de arpillera.

Mirá lo que traje, dice. No digas nada, pero se lo robé a don Cárcano. A Cárcano le chupa un huevo, en realidad, si deja pudrir todo porque le da lo mismo que los chanchos coman mierda o no.

El hermano de Mario no estira la cabeza para ver qué hay en la bolsa: sigue mirando adelante.

Vos conociste a mi papá, pregunta.

Sí.

Cómo era.

Era bueno, un poco parecido a vos.

Y te trataba bien.

Sí, dice Mario. Me enseñó a andar a caballo y a pescar. Me quería como si fuera suyo.

Y de tu papá te acordás. No.

Cómo murió.

De enfermo, como el tuyo. Y lo llegaste a conocer.

No, a veces siento que me acuerdo de su cara, pero no sé si me acuerdo en serio de su cara o me la invento por las fotos que tiene mamá de él.

Vos creés que mamá está triste, pregunta el hermano de Mario.

No, nos tiene a nosotros.

Pero hablo de otra cosa, estar triste por no tener como un amor, alguien con quien acostarse y eso, no sé.

Por qué me preguntás eso.

No sé.

Te dijo algo mamá.

No.

Antes de que se haga de noche va a venir la polvareda. Va a cruzar a través de las montañas y tomar velocidad en el valle, entonces va a caer sobre el pueblo. Va a traer piedras

diminutas y mica. Mario va a poner los burletes, va a meter a Nerón adentro, para que no se ensucie tanto. Nerón va a acostarse al lado de la salamandra. El fuego va a calentarle los pelos. Nerón va a mirarlos a los tres cuando coman en silencio, con el foco de luz arriba de la mesa apagándose de a ratos por los cables que no soportan los bamboleos del viento. Cada vez que se apague, Nerón va a sentir que se queda solo, que lo único que tiene es el calor del fuego que arde al lado, que explota de a ratos y sisea cuando la madera libera el aire que lleva adentro; que de apagarse el fuego, o de volverse más silencioso, y que de no volver tampoco la luz, el viento de afuera va a empezar a zumbarle en los oídos como ruido blanco y después como murmullo gigante, como enojo que viene de las montañas tumbando todo lo que toca, su casa incluso, los humanos buenos con los que vive, las flores que siguen el camino.

En el valle no hay nada. La tierra está seca y rota a pesar de las lluvias.

Capaz que el agua está toda abajo, dice Guillermo. Capaz que hay un túnel y abajo hay como una bóveda. Por eso la tierra acá es seca y no nace nada, porque abajo está todo florecido.

Antes de que el sol salga se despiertan los dos en la pieza de Fernando. La noche anterior no se besaron porque Gui- llermo se durmió apenas apagaron el televisor. Ahora que hay un poco de luz Fernando siente vergüenza del lugar don- de duerme: los dibujos en las paredes, los planetas que cuel- gan y los juguetes lo hacen ver más chico. Si tiene que vol- verse hombre más rápido, porque eso tienen que hacer los hombres de campo, entonces tiene que quitarlos; los puede tirar porque ya no los va a necesitar ahora que tiene catorce, más ahora sabiendo que Guillermo los ve, que es la primera vez que se queda a dormir en su casa y que viene de una familia pobre.

Cómo es tu habitación, pregunta Fernando.

Guillermo abre los ojos y se despereza.

Nada, tiene un calendario y una foto de Independiente.

Pero si a vos no te gusta el fútbol.

Pero es de mi hermano. Duermo con él.

Todavía en calzoncillos arman las mochilas. Bajan descalzos las escaleras y van a la cocina: cargan pan, manteca y queso. Con eso va a bastar hasta que vuelvan, que esperan que sea antes de que se haga de noche. Fernando escribe rápido una nota en la mesa diciendo que van a irse al río en bicicleta. Entonces salen. Van por la parte de atrás hasta los tinglados, vacíos por ser domingo. Fernando roba una de las escopetas que usa la Gacela para rematar a los chanchos que todavía quedan vivos y una caja de cartuchos.

Dejamos acá las bicicletas, dice Guillermo. Más adelante está lleno de piedras y es un lío llevarlas encima todo el rato. Vos te vas a acordar de dónde las dejamos, pregunta Fernando.

Sí. Clavamos este palo en el suelo y le ponemos la remera mía. Desde lejos la vamos a ver porque es amarilla.

Ahí acaba el camino. Las flores y el pasto verde se cortan en una línea recta: no bien empiezan las montañas no crece nada.

No te da un poco de miedo.

No.

Dale, un poco.

En serio que no, boludo.

Antes de entrar al valle empieza la lluvia. Nada lo anticipa porque no hay nubes y tampoco dicen nada en la radio. Van a caminar abajo de la lluvia hasta que encuentren las cuevas que se dice que existen, donde vivían los indios u otros hombres antes que ellos, igual de peludos, pero que tenían todavía, antes de las caricias y la siembra y las herramientas, otra forma de relación con el mundo, más cerca de las estrellas y las cosas que son invisibles.

El padre de Fernando hace cuentas en el escritorio. El matadero va a pérdida, también el taller de cuero. Es una chorrera mínima y casi imperceptible que se hace evidente sólo con los números de los cierres de ejercicio. A ese ritmo, y sin demasiado cálculo, va a estar todo bien hasta cuando llegue la hora de su muerte; cuando él estire van a quedar todavía algunos años de tranquilidad, pocos, y si la progresión avanza, después será una caída, cada vez más pronunciada y entonces sí clara para todos, para su mujer y su hijo, sobre todo, pero también para sus peones. El desinfle es sistemático y regular, sin importar los cambios de personal ni las estrategias de mercado ni las inversiones: así es, como por fuerza de ley subterránea.

La noche antes de salir a las montañas Fernando no puede dormir. Guillermo ronca al lado suyo.

Poné las patas para el otro lado, le dice antes de que cierren los ojos. Si no, no entramos.

No, yo me duermo en dos toques y tengo el sueño re pesado. Guillermo se duerme al lado suyo: quisiera besarlo o sacarle de a poco la ropa y hacerlo dormir desnudo al lado de él. Fernando ve en el techo de la pieza las sombras del algarrobo que tienen en el jardín: entran estiradas y más gordas porque la luz del farol les da desde abajo. Hay viento y se mueven. Cuando se duerme, Fernando sueña con una habitación con piso empedrado. La habitación es circular y está mal iluminada. En frente suyo hay un venado. Está flaco y se le ven las costillas. El pelo blanco le crece desde el lomo, largo hasta el pecho. El venado le muestra las patas a Fernando: están lastimadas, con callos y arrugas. Fernando no dice nada. Entonces el venado levanta una de las patas y

la pezuña se le vuelve filosa; después se la apoya en el pecho y se abre lento un hueco en el esternón. Los huesos que están ahí ceden como si fueran de papel.

No, no, dice Fernando.

El venado le muestra el corazón expuesto, que le late y escupe sangre y agua que le chorrea por la panza y llega de a gotas al suelo. Entonces el venado abre la boca.

Dios vence, dice.

Fernando se despierta transpirado. Ve sobre la mesita de luz las pastillas que debería estar tomando. No va a tomarlas por insoportables que se vuelvan a veces los días o por horribles que sean a veces los sueños. Va a seguir sacándolas, una por día, para triturarlas y tirarlas por el inodoro sin que sus papás se enteren.

Claro que cuando yo era chica también existían mitos o leyendas urbanas o cuentos populares, dice Graciela. No es una locura lo que les digo. Es algo bastante común y cuando tengamos esto bien estudiado van a poder reconocerlo en sus propias vidas cotidianas. Por ejemplo, cuando yo era chica se decía que si durante el verano te acostabas a dormir la siesta sin haber almorzado, y siempre y cuando el sol estuviese muy fuerte, podía llevarte un hombre, que nadie sabía bien quién era, ni de dónde había salido ni cuál era su historia; un hombre alto, altísimo, el Hombre Palo, al que nunca se le veía bien la cara porque la llevaba tapada, y que a veces usaba ropas amarillas y naranjas para confundirse con la tierra seca. Pero todas esas historias se usaban para que, por ejemplo, los chicos comiesen todo el almuerzo, sin hacerle asco a nada. También había historias para que los chicos no se olvidasen de limpiarse los dientes, ni de bañarse, ni de

meterse solos a las montañas. Pasa lo mismo con Caperucita Roja o Hansel y Gretel, historias que ustedes ya conocen porque ya vieron los dibujitos o las pelis, y que ahora pueden resultarles chistosas, pero que en algún momento se usaban para que los nenes no se alejasen solos de los poblados ni se metiesen a los bosques. Cuentos, entonces. Importa que sepan qué son y cómo funcionan. No porque yo quiera que dejen de creer que existe una posibilidad chiquita para la magia, sino porque son buenos ejemplos de cómo funcionan las palabras y cómo funciona la lengua cuando la usamos para otra cosa que no sea específicamente la comunicación. Fernando ve que el menor de los Segovia levanta la mano, alta y recta. La mano tiembla en el aire. Tiembla menos por los nervios que por la falta de desayunos.

Qué otros mitos hay, dice. Hay muchos, millones.

Hay alguno sobre el mar.

Sí, muchos. Miles. Muchos de ellos vienen de los piratas y corsarios y navegantes de siglos pasados. Gente que, para pasar el tiempo, inventaba historias acerca del mar y acerca del agua. Aunque también, muchas veces, gente que había nacido y sido criada en zonas mediterráneas inventaban historias sobre el mar porque lo veneraban como algo especial. Esas historias después fueron perdiendo fuerza con el tiempo o porque las ciencias las desestimaban como mitos. Muchas de ellas referían a monstruos o al límite de la tierra, pero siguen vivas porque son lindas y también a veces porque no sirven para nada, y a veces es lindo no hacer nada, hacer un muñequito en la playa que sabés que vas a romper antes de irte, o escuchar algo y dejar que la imaginación juegue sola.

Como cuál, dice el menor de los Segovia.

No sé, a ver, dejame pensar.

Alguno del fondo del mar.

Graciela piensa. Las ventanas del aula están abiertas, dan a los árboles de la vereda, que ahora se mueven por los vientos del otoño. La luz que entra es amarilla y hace líneas rectas en el piso de mosaicos.

Está el mito de Atlantis, por ejemplo. Es un mito muy viejo, viejísimo, de la cultura griega. Se creía que en alguna parte del océano atlántico había existido una civilización avanzadísima. La cuna de toda la humanidad, pongamoslé, con desarrollos culturales, medicinales, artísticos y tecnológicos que incluso al día de hoy no habrían sido superados. Se decía que los atlantes eran blancos, y medían más de dos metros, que entendían a los pájaros porque tenían una conexión muy especial con la naturaleza, que compartían todo y que no había injusticias. Después con el tiempo quedó sepultada debajo del mar. Ahí empieza la leyenda. Si existió o no esa civilización, si en verdad era tan superior, etcétera. Ahora, imagínense un viaje en submarino. Ahí no habría luz porque los rayos del sol no llegan. Piensen. El fondo del mar todavía no está descubierto por la ciencia humana. Es demasiado profundo y hay demasiada presión para que nuestros aparatos salgan ilesos. Piensen ese viaje. Todo oscuro, realmente oscuro, no se vería nada excepto por los faroles del submarino, e ir descubriendo de a poco barcos sepultados, tesoros, y una ciudad enorme, con torres gigantes, con templos gigantes, con esqueletos en el suelo, dos o tres veces más grandes que los nuestros propios, con collares y pulseras de colores raros, y un sillón al centro de la ciudad, el del rey o el emperador, todo lleno de musgo, de tierra.

Pero quién los atacó, dice el menor de los Segovia. Por qué murieron.

Nadie. Se cree que nadie. Se dice que nadie podría haberles hecho frente, porque eran una raza realmente avanzada, y que tampoco querían la guerra. El mundo estaba con cambios

climáticos constantes, y la leyenda cuenta que el mar subió, o un tsunami, y se los llevó puestos.

O sea, Dios, dice Segovia.

No, no.

Entonces quién.

El agua del mar, una catástrofe natural.

Entonces Dios.

Con una rama Guillermo intenta sacar del agua lo que pa- rece ser un billete. Se inclina mucho, entonces Fernando lo sostiene de la cintura. Guillermo llega al billete, que no es un billete, y lo trae para sí.

No es un billete, dice.

No importa, podemos ir a robarle a mi mamá unos pesos, total no se va a dar cuenta. Con tres pesos estamos.

La lluvia sigue cayendo lento, no moja derecho sino en bloque como una sábana.

Cuando están al borde del arroyo, antes de dar el salto que los va a dejar al lado del camino donde dejaron las bicicletas, Fernando se resbala. Para no caerse, lo agarra del pantalón a Guillermo. Entonces caen los dos y quedan uno encima del otro. Fernando ve desde abajo los pelos finos que tiene Guillermo en la pera, que en unos años van a ser una barba tupida. También le ve los ojos; y por la lluvia y el cielo encapotado o porque se está haciendo de noche pareciera que no tuvieran iris, como si fueran un hueco infinito. Son tan opacos que no puede verse en el reflejo. Fernando piensa que sus propios ojos sí son claros y que, como está abajo, a él la luz le pega diferente, que entonces es probable que Guillermo pueda verse en el reflejo de sus ojos, con la cara un poco boba, como quieto esperando a que Fernan- do mueva o reaccione, a que haga lo que él quiere hace mucho

o cree que quiere. Entonces Fernando estira la cara y lo besa en la boca. El beso es corto y rápido y tiene el sabor del cigarillo que fuman antes de rescatar el billete. Entonces se dan otro beso y se ríen. No se tienen vergüenza. Fernando entonces levanta de vuelta la cabeza y lo besa y empuja con la lengua y ahí están los dientes de Guillermo que al principio están quietos y que no ceden pero que después abren lento para compartir la lengua.

La tierra está mojada: es una esponja blanda y está toda arrebujada en sí misma. No se les pega a la piel.

Fernando y Guillermo aceleran como si ya estuviese ensayada esa coreografía en alguna parte del cuerpo. Fernando le baja el short a Guillermo, que abajo no tiene calzoncillos. La verga de Guillermo, todavía un poco dormida, pero ni tan- to, cae en la panza de Fernando. Entonces quema la panza
o la verga o el contacto entre las dos. Fernando también se baja el short y el calzoncillo. Su verga no se para. Fernando abre un poco las piernas: siente la verga de Guillermo cerca del culo entonces lo levanta un poco. Fernando se abre abajo
o siente que se abre, y encima de él, Guillermo, también con la información que tiene en el cuerpo, espera la apertura o el momento de quiebre. Guillermo entonces empuja y Fer- nando afloja y se rinde. Los brazos le caen al costado y tocan la tierra que ya es barro; a veces se levantan y tocan el pecho de Guillermo y lo manchan. Fernando no entiende por qué le pellizca los pezones a Guillermo; tampoco entiende por qué jadea, él y también el otro, ni por qué tiembla sintiendo bien adentro el cuerpo de Guillermo, que entra y sale, arrastrán- dole un dolor que no sabía que tenía y que ahora sabe que tiene y que va a estar siempre detrás, todo el tiempo, siempre atrás de cada cosa.

La remera amarilla está manchada en el suelo. Al lado están las bicicletas mojadas: las ven desde lejos. Cuando llegan se suben y empiezan a andar: vuelven rápido, parados

sobre los pedales y sin decirse nada. Ya no hay nubes arriba y ahora solo queda aire fresco y olor a tierra mojada. Guillermo señala al recodo del otro lado del río; hay un puma tomando agua que los mira. Se ríen en voz alta y le hacen burla a la marcha. El puma podría alcanzarlos. No les importaría, estarían bien si el final fuese así, en la forma de un relámpago o de un salto de ruido y vértigo.

Hay niebla rastrera. Los arbustos de la plaza y los perros quedan debajo; van a sentir por esa noche que el cielo baja, que ahora entre ellos y la luna el espacio es nimio: se duermen cobijados porque la niebla los empuja a todos a rozarse. Los faroles de la plaza casi no iluminan: parecen velas. Las polillas se les trepan encima. Es tanto el calor que emiten los faroles que las patas se les pegan a los focos, y se queman; no podrían salir ni aunque quisieran, primero porque están pegadas, pero también porque encima de ellas hay también otras polillas que también buscan llegar al centro. Se tocan las espaldas con las barrigas. Es incómodo y no. No van a animarse al frío. Son pocas las que salen, porque ya no hay espacio o porque son expulsadas. Las que salen vuelan poco y caen antes de encontrar otra luz: las alas se le vuelven una hoja dura por el frío y ya no articulan el empuje; y una vez en el suelo las velas que son los faroles se les empiezan a desdibujar, como si estuviesen entrando en un sueño.

Graciela siente el aire dulce que se filtra por la ventana. El viento le llega fresco y suave. Viene húmedo, acaso le abra los poros y le vuelva la piel un poco más clara, le lave las manchas de la vejez y del sol; acaso también se la ponga

tersa. Desde su ventana ve los faroles de la plaza. La casa está cálida, es la salamandra con madera de pino que la va a mantener caliente hasta que se haga de día. Tiene más troncos, todos cortados por el vecino, que la halaga y le hace honores, soltero como ella. No van a hacer falta, porque en cuanto aparezca la lluvia que está pronosticada, la niebla va a lavarse, igual el frío.

Las montañas son lo único que se nota claro desde la ventana. Son una regla dentada. Ahí la niebla debe colmarlo todo, en serio todo, sin descanso ni pausa, profunda en el suelo y en las grietas de las piedras que abren al reguero.

Jorge podría estar ahí. No es lugar para él, entre las sombras, tan así en el olvido volviéndose parte de la bruma, escapándole a la mirada de otros hombres igual de valientes que él pero con otras astucias para la violencia, que quieren cazarlo por lo que hizo y hace.

Podría volver a su casa.

Volvé a casa, dice Graciela en voz baja. Queda leña y leche, dice.

Entonces cae la lluvia en la noche arrasada por el viento.

Flotando en la parte en sombra de *Mercurio* se dicen:
las que se llaman mujeres se guían con las esca- las del denario llenan las casillas con los nom- bres procuran colocar antes las dominaciones después las potestades después las virtudes no alteran el orden que creen que es divino cuan- do aclara ponen espejos unos enfrente de otros cada uno de los cuales reflejando lo que en el otro en una multiplicación sin fin hasta que creen que aparece el dios sin réplica será la ley doctrina íntima todos sus santos

Se dicen entre ellos:

los que se llaman varones no son primates ni an- tílopes agua profunda ya no ballenas ni camara- das podría haber sido de muchos ese accidente pélvico nadie los besa no son héroes es mensaje huérfano sienten cómo se desarma ya no existe en la fase son *apaya* son *asura peta niraya* la pre- sencia dominada último paso segundo máximo de volverse materia por nada frágil

Cerca de *Mercurio*, entre *Mercurio* y *Venus*, se dicen:
son minúsculos menos de la mitad de nosotros no miden más de tres *dollas* a veces tiernos pueden dar mucho antes de cruzar el río y no caer en las fascinaciones usan un colirio hacen nublada la vista alguna vez habrás visto dice uno de los viejos cuando nace el sol por entre el valle eso les indica un nuevo día no habrá nuevo día para los nuestros un cañón electromagnético que dispara protones a la velocidad de la luz para que estallen entre ellos simulando la creación sembradas de un sitio a otro hierbas o veneno que recogieran llegados los fríos las flores azules espuma en la boca le tienen miedo al agua cuando haya de llegar el clima cálido volverán a las quejas de otras causas por lo general referidas a los cementerios o a los escombros
Al Venado Sagrado dicen antes de enviarlo:

te vamos a dar de nombre *Iotta* que en realidad es de mujer y hombre a la vez y estás hecho como nosotros no te asustes andan erguidos y usan sus manos no te asustes
Y se dicen cuando lo miran escondido entre las montañas:
ahora estás dañado por las flechas supura aceite de lino y larga melaza entonces comen las hormigas y las ratas lo pellizcan podría quitárselas de encima se dicen si así lo quisiera y se pueden hacer fuertes en el suelo de todos modos ella él podrá mudar igualmente de cuerpo no hay problema el sudor es a fin de

cuentas agua que solo habite y señale el tiempo en el que sea
óptimo hacernos uno con todo este mundo hermoso de agua

Graciela explica qué pasa con la tierra cuando se la somete al peso de las vacas y de los caballos; explica cómo la tierra empieza a apisonarse y a volverse más cerrada y menos po- rosa y entonces espacio poco óptimo para el germinar y el desarrollo libre de las raíces. Explica también que ninguna de esas dos especies es originaria de América, sino que fue- ron traídas en barcos cuando los españoles eran el imperio total del mundo.

Se imaginan, pregunta Graciela, el viaje de esos animalitos. Encerrados en la parte de abajo del barco, a oscuras, sin poder oler a sus pares o sus crías, sin poder correr ni ver el sol durante meses. Y después desembarcando en un lugar que no conocían, con colores nuevos y con pastos nuevos. Piensen también lo solitario del viaje de las gentes que acep- taban hacer la travesía. Algunos incluso se subían sin saber si iban a llegar a esa otra parte del mundo que algunos curas prometían como el jardín más lindo jamás pisado; podían morir antes de llegar, siempre arriba del barco, sin haber visto las flores ni los indios que vivían ahí, por marejadas que destruyeran las velas o por disentería o miles de razones más, casi todas relacionadas al agua. Imaginensé también lo

que pasaba de este lado, dice Graciela, con nuestros aboríge- nes, cuando vieron bajar de monstruos de madera a gentes rubias y blancas, con barbas largas y con armaduras, con placas de metal que brillaban cuando les daba el sol y que eran pesadas, igual las espadas, todas de hierro y con detalles de piedras de colores, pesadísimas; y cómo esos hombres, blancos y más altos que ellos, con otra lengua y otros ojos, montaban los bichos gigantes que son los caballos, con los músculos enormes, los del pecho y también los de las piernas.

El hermano de Mario levanta la mano. Graciela se calla y sonríe. Es la primera vez que el más chico de los Segovia va a decir algo en la clase. Es tímido, no como su hermano. Fernando deja de dibujar y gira, también le interesa lo que pueda llegar a decir porque casi nunca lo escuchan hablar.

El hermano de Mario tiene los ojos bien abiertos. A cuánto queda el mar desde acá, dice.

Bueno, responde Graciela, depende de qué mar hable- mos.

A cuánto.

Fernando escucha con la mirada puesta en su cuaderno. Dibuja una orilla. Del lado de la arena hay un campamento: tiene fuego y toldos y también animales atravesados por un espetón. Es de noche y no hay nubes. Las estrellas dan a entender que se acercan los días de frío, entonces los indios de la orilla intentan cazar durante las últimas semanas la mayor cantidad de presas posibles, para después poder llevárselas a las cuevas que quedan más hacia el centro del continente donde la nieve es menos. Entonces, uno de los indios se despierta sobresaltado por unos gritos que vienen de la masa de agua que llaman *haĭun qucha*, que quiere decir mar. Cuando el indio sale del toldo ve a pesar de la oscuridad que un titán con luces chiquitas, que podrían ser pájaros u otros fuegos, se acerca del agua y entonces se paraliza. Y las

naves encallan y bajan de las barandas escaleras de maderas, y sobre las escaleras, nuevos hombres. El primero que aparece es un hombre rubio y con la nariz larga y afilada. Los indios se levantan y esperan a que el hombre blanco y rubio diga algo. El hombre blanco y rubio dice: *you're gone, ruined for ever.*

En el recreo Fernando decide quedarse en el aula. Desde afuera le llegan los ruidos de sus compañeros de clase: gritan y juegan a la mancha. A través de la puerta Fernando ve correr al menor de los Segovia, que por más que hable poco parece entenderse con otras partes del cuerpo. Quisiera acercarse un poco a él, a pesar de que su padre se lo tenga prohibido.

Los Segovia son mierda, dijo. El mayor, sobre todo, Mario, dijo.

Fernando igual quisiera acercarse a él, porque no hay nadie que pueda ganarle en velocidad, para entender de qué está hecho un cuerpo que parece liviano como el viento.

Graciela todavía está sentada en el escritorio, tampoco va a salir: va a terminar de corregir unas pruebas que no pudo corregir el fin de semana en su casa por una de las llegadas impredecibles de Jorge, su hijo, que si bien suceden de forma muy espaciada suelen dejarla desganada.

Fernando sigue mirando el dibujo en su cuaderno. Al aula entra poca luz: un poco desde la puerta que está abierta y otro desde los ventanales que dan a un sauce que llena los vidrios de resina. Así, y con los focos apagados, el aula tiene sensación de siesta.

Fernando mira el banco donde antes se sentaba Guillermo. Ahora se sienta otra chica, que es más limpia y tiene menos olor pero que no es para nada divertida.

Después del viaje a las montañas y de los besos, que para Fernando inauguran una vida secreta, secreta por lo importante y no por lo inapropiado, Guillermo deja de hablarle. Al principio lo esquiva o le responde con pocas palabras, y después lo

humilla, ya consciente de que es varón, de que cogerse a un amigo es de puto pero más de puto es ser quien recibe la verga, entonces está mal pero no tan mal; lo burla, casi siempre en frente de todos, con un gesto o un comentario, impostando la hombría y dejando implícito, a veces con la mirada o con la indiferencia, que fue él el que se lo cogió y no al revés, que fue él el que estaba de rodillas agarrándolo de los antebrazos y dándole empujones, tirándole adentro ese líquido que todavía no es semen y no es blanco, que es transparente pero que igual podría dar la vida. Igual durante meses, hasta que más tarde los padres sacan a Guillermo del colegio, a quien antes de irse le hacen una despedida en el aula y lo coronan como mejor amigo. Hay gaseosas y papas fritas y le regalan entre todos una medalla de plástico. Decían, según cuenta Graciela después, que su papá ahí no encontraba trabajo y que para una familia así de numerosa era mejor otro lugar para vivir, donde hubiese trabajo para todos, para el padre sin dudas, y también para sus hermanos que ya estaban en edad de cargar el porlan.

El padre de Fernando está parado al lado de la tranquera. Tiene la camisa con manchas de sangre, así le queda después de explicarle a algunos de los nuevos de qué va toda la faena en los tinglados. Levanta un brazo y se huele el sobaco.

Hace un calor rompedor que manda hambre y sueño.

Ahora que las nubes tapan el sol, el aula se pone más oscura. Así de oscura, el dibujo en el cuaderno de Fernando sí parece moverse. Fernando siente que se le viene una animación, ahora más recurrentes. Entonces, en la parte donde están

dibujados los barcos hay un ternero o un potrillo, que entiende poco de luz porque nació ahí adentro, pero que sabe que eso que atraviesa, el mar enorme, es un encierro o un castigo, porque así se lo dicen sus padres cuando lo huelen o cuando le dan la teta. Y si llegara a seguir moviéndose, incluso después de las tormentas e incluso después de que el barco encalle, se va a abrir para él otra cosa: una puerta enorme y después unas escaleras por donde entra un sol redondo y amarillo que ilumina un jardín eterno. El potrillo va a bajar a la tierra. La tierra va a ceder. Los caballos adultos y las vacas no van a bajar, prefieren ese oscuro que se parece al de la muerte; no van a bajar ni por razón del látigo o la fusta, porque ese paraíso al que llaman América y que se abre no bien termina el barco es de tiempo corto, porque esa tierra ya es gobierno del matarife y de los que van a ser los hijos del matarife y no suya ni de sus hijos, por lo menos no hasta que se les permita tener sus propios dioses.

El tiempo y el viento hacen de todo el campo una lisura. La estepa es larga.

Graciela camina hacia el pueblo desde la casilla de su papá. Es su primer día como señorita: lleva el guardapolvo limpio y un cuaderno con hojas lisas. La suplencia va a durar tres meses o menos, así le dijeron. La ruta es angosta y larga, con pastos secos a los costados y alambrados que ponen coto a lo que debería ser de todos, y justo después de la lomada, la bajada y el vado, y al fin, el pueblo. Es provechosa la suplencia, por corta que sea: la comida viene faltando desde los años de la inflación y ahora es ella la única con el cuerpo lo suficientemente joven para salir a buscar plata.

A Graciela la cruzan en la ruta un grupo de perros que si no fuera por los collares que tienen podrían ser confundidos con hienas. El alfa mira a Graciela: sus piernas, lo blanca que está vestida, lo fácil que podría ser. Los otros perros también la rondan: husmean el guardapolvo, los zapatos, el perfume de la carne. El alfa, sin embargo, se queda quieto. La decisión es suya.

Graciela mueve los brazos para ahuyentarlos y sigue caminando.

A esa jauría la parte el hambre. La hace volver a un estado más elemental de la subsistencia. Los perros saben que se acerca la noche en la que el mundo cambia para siempre, y por eso se van del pueblo apenas atardece y empiezan a arreciar los vientos. El ruido de los árboles rozándose entre ellos les tapa las pisadas. Ni ramas, ni charcos, ni hojas secas. Van en grupo a las laderas donde hay animales más grandes y menos rápidos; cruzan en formación el espacio que hay entre el pueblo y las montañas con los hocicos vibrando, y cuando llegan a los álamos frenan el paso, porque saben que al fondo se levanta una capilla vieja y que ahí paran a veces pájaros enfermos u ovejas sueltas. Cuando las encuentran, las rodean, y una vez listos saltan, para prenderse de la carne y no soltarla hasta que los dos colmillos hagan contacto; solo recién liberan la quijada y retroceden y vuelven, porque el cuero del chancho y el chivo es duro, y porque hay algo que tienen en la forma en la que fueron creados, los perros, no los chanchos ni los chivos, que les dice que cada mordisco es el destino último, como si después de cada uno viniera el olvido. Más tarde vuelven, sucios de sangre y barro, a la vida de casa, donde cada vez más es menos la comida hasta que aparezcan de nuevo la lluvia y los vientos que los llame, porque el bosque y las montañas y lo que vive ahí les pertenece, desde que la capilla de los primeros habitantes de pueblo está rota, desde que ya no es ni de los hombres ni del hombre que está en los cielos; todo suyo, con las flores que tiene adentro y las vertientes y la sombra del verano. Así de hondo el hambre.

Graciela entra al pueblo. Ya se imagina ella parada en frente del aula, con sus alumnos sentados, con los ojos muy abiertos encantados por su voz, menos por lo que dice que por cómo

lo hace, por cómo se mueve en el aula, por las caricias que da, por su caligrafía en el pizarrón, con curvas y ribetes, incluso en la imprenta, por norma más chata y aburrida; con la cruz de madera atrás, diminuta, por encima de todo, y de la suma de todos los actos.

La noche en que las montañas gritan, la mamá de Mario respira agitada. Mario está sentado al lado de ella, le seca la transpiración de la frente con un trapo.

Ya está, mamá. Ya termina.

Nerón escucha el grito de las montañas acostado en el hogar. Se le erizan los pelos de la nuca cuando empieza y se levanta. Sin salir de la casa husmea en el suelo con el hocico porque es sabido que es a esa altura donde se adivinan las cosas escondidas o las cosas por llegar. No es lluvia, no es viento, es más interior y definitivo. Nerón se para frente a la puerta que da al campo; espera sentado, para ser el primero en recibir, de salir de las montañas, la presentación física del grito. No va a entrar a las habitaciones: sabe que sus humanos están durmiendo o a punto de dormirse, que molestarlos con algo que es tan supremo y que vuelve a todos insignificantes es convidarles un miedo innecesario. Nerón va a esconder el terror porque de esa valentía están hechos los que guardan.

Piensen en la cantidad de especies extintas, dice Graciela. Hay más especies extintas al día de hoy que cantidad de especies vivas en el mundo, incluyéndonos. A veces las especies mueren por falta de adaptación. Supongamos que caen meteoritos, como pasó con los dinosaurios, y de repente los animales mueren, o porque su hábitat queda destruido o porque quedan destruidas las plantas o los animales que les garantizan su subsistencia como alimento. Muchas otras veces las extinciones se dan por la conducta humana. Supongan que hay un bosque que alberga mucha vida y muchas especies. Y supongamos que ese bosque es algo así como un oasis y está aislado de otros bosques por grandes porciones de desierto o arena. Si nosotros talamos o prendemos fuego ese bosque o lo que fuera, esas especies no van a encontrar otro lugar para vivir porque sus cuerpos no están diseñados para viajes largos y tampoco para adaptarse bruscamente de una generación a otra de la humedad del bosque y su agua y su protección a una cosa más rigurosa como el desierto. También pasa con la cacería y con los animales en cautiverio, que una vez presos pierden el color y la fuerza en las piernas y se vuelven grises. Se dice que hay científicos en

laboratorios intentando secuenciar el ADN de estas especies extintas, que es como la información más secreta e íntima de todos los seres vivos, un conjunto de datos que hace que seamos lo que somos; entonces los científicos, a partir de los restos que van encontrando, sobre todo de huesos y a veces de pelos, intentan decodificar ese mensaje, mensaje que, de ser codificado, podría hacer posible reproducir esas vidas en un laboratorio. La clonación, digamos, como se llama. Sería algo así como una receta de cocina. El problema es que a veces los científicos pueden encontrarse con elementos en la receta que todavía no pueden ser sintetizados, entonces todos esos elementos siguen siendo una incógnita. Así las posibilidades son infinitas, o medio que infinitas. Y yo no sé si Dios querría que hiciéramos esto. Hay gente de hecho que se queja, pero por alguna razón es probable que Dios nos haya dado la razón, capaz que entre otras cosas para esto también, hasta que nos volvamos nosotros mismos capaces de producir la vida más allá de la gestación propia que tenemos como animales.

El aula está en silencio. Graciela hace una pausa: se impresiona con lo que acaba de decir, porque nunca habló con tanta soltura y tanto tiempo sobre un tema tan extraño. Los chicos la miran con los ojos abiertos.

Podríamos convertirnos en Dios, dice.

Las Piedras abandonan *Alfa Centauri* en semi- círculo, el obelisco central al medio, hasta el sistema estable que les indican las sondas a poco más de cuatro años luz. Ahí la estrella cen- tral es una caldera, un sol gigante y amarillo: no se podría formar el hierro ni el diamante ni el *milliex*, se descompondrían antes de volver- se sólidos. Tampoco la *quuiva*. Pero da el calor necesario para el germinal y trae todo hacía sí. En los obeliscos es como si no existiese el tiempo, ya no lo sienten: ahora es en verdad menos un fundamento que un rasgo.

Cerca de la estrella central hay un planeta joven. Los colores verdes y marrones van a tardar en aparecer, por lo menos hasta que se disipe un poco la niebla y hasta que se animen desde el agua las bacterias y los organismos más complejos. El suelo y el pasto se preparan para recibir el peso de lo que va a venir del mar: nacen con la posibilidad de la apertura adentro y de liberar al aire sus partículas cuando los partan desde

arriba. En todas partes hay hielo temperado, que es agua sana y pura.

En los obeliscos esperan que no sea muy tarde cuando sea el momento justo; por los visores miran el desarrollo lento de la replicación y la duplicación espontánea de las hélices.

Las montañas crecen en altura; también los volcanes. Hay cosas al fondo del agua que empiezan a moverse, ya son gigantes y lo toman todo: no van a cruzar todavía al aire porque sienten de lejos la amenaza, cerca de *Mercurio* la amenaza de los obeliscos, donde se esconden, que no es tal, pero provoca vibraciones de todos modos. Cuando lo olviden, los hijos de los hijos van a salir, ciegos hasta que les muten los ojos, con la tierra ya a favor suyo y suave y con otra viscosidad que es el aire, que presiona hacia adentro la parte hasta entonces desactivada de los pulmones.

La formación en semicírculo todavía va a es- tar cerca de *Mercurio*. Puede volverse invisible cuando quiera, también liviana para no empu- jar o atraer nada a su campo.

Después en el planeta joven hay meteoritos y fuego que duran milenios hasta que el hielo se hace señor para mal del brote y los colores: van a tardar un poco más en volverse pétalos y grano.

Adentro de los obeliscos mueren, no todos, sí los más viejos, por inmortales que casi sean; van perdiendo los pelos y las astas, hasta volverse del tamaño de un carozo para después hacerse polvo en una explosión suave de luz.

Es bien, porque ya no hay nada, en lo inmenso que es todo queda nada: ni la catedral gigante, ni las estrellas azules que son tres pero a veces se hacen cinco y vuelven a ser tres; ni el *Reino del Centro* ni la *Fuente de Nácar*. Es lo último que queda, de todo, lo último. No seas la guerra, se dicen. *Mercurio* los tapa del sol, que se hace inestable y explota de a poco en rayos; entonces se mueven con *Mercurio*, detrás de *Mercurio* a la sombra.

En los monolitos llevan tallada la historia del infinito, la piedra central no tiene tallado nada porque es un imposible: tampoco quisieran forzarlo o volverse violentos como la fuerza que los eyecta. Ya no recuerdan la guerra: ni el viento amarillo, ni la galaxia de donde vienen, ni el Imperio ni las huestes. La borran. Quisieran que el tiempo se hiciera más corto o más delgado para poder filtrarse y salir a otro acontecimiento, rápido al del arribo al planeta de tierra y agua o al de la explosión definitiva del sol.

En el planeta los pantanos se hacen caldo, la niebla ya es angosta y pegada al piso: se mueve el barro desde adentro, y emergen cosas, como una lágrima al revés, animales por fin, que miran para arriba porque saben que la tierra es tierra y no se va a mover o caer, es una constante hasta que algo la rompa.

Entonces crece el trigo. Ya
hay trigo, se dicen.

Fernando mira con la boca abierta las flores que caen. En la posición en la que está, por lo pasivo que está y lo callado, podría ser tomado por Buda. Es invierno. No nieva, pero los pastos tienen una capa de escarcha encima y parecen diamantes.

Fernando da un suspiro largo. Está teniendo una animación: las flores caen y antes de tocar el piso explotan y se evaporan en un fuego chiquito que dura poco más de un segundo, se disuelven en el aire y se hacen polen, y Fernando siente que puede seguir cada partícula a discreción, viajar atrás de ellas como si las estuviera filmando, y saltar de una a otra —alguna ya quieta sobre la tierra, otra arriba del vien- to—, y que también puede adelantar el viaje, y ver el polen reproducirse, multiplicarse para pasar de polvo a grano, a semilla y después a un brote.

El río pasa cerca. Debe estar helado, piensa Fernando.

Qué hace el polen abajo del agua.

Estoy harto de tomar las pastillas, dice Fernando.

Pero si estás teniendo alucinaciones de forma tan regu- lar es porque no las estás tomando.

A veces me olvido.

No podés olvidarte, dice el psiquiatra. Este regulador le permite a tu cerebro tener cierta estabilidad. Entiendo que sea grave para vos ser joven y no poder tomar con tus amigos, o sentirte un poco afuera de algunas dinámicas, pero no es nada en comparación a todo esto otro. Mirá, es simple, vos estás acá porque hay cosas que estás atravesando que son bastante difíciles. Y yo estoy para ayudarte. Nada más. A veces se tiene a la medicina como una disciplina completamente desinte- resada de sus pacientes, pero creeme que no. Yo quiero que estés bien. Conozco a toda tu familia hace muchísimo tiempo. Sos realmente inteligente y sos sensible y tenés mucha ima- ginación. Sos curioso. Sos lindo. Las chicas te deben amar. Yo y estas pastillas estamos para ayudarte y nada más. En el mo- mento en el que tu cerebro entienda qué cosas tiene que dejar de hacer, listo, las dejamos. Y a otra cosa.

Fernando mira las paredes blancas repletas de marcos con títulos y fotos de colación.

A qué edad te recibiste, pregunta.

El psiquiatra se deja caer un poco sobre su silla.

A los veinticuatro, de médico. Después hice dos años especializándome en clínica pero después cambié a psiquiatría.

Y por qué cambiaste.

No sé, siempre me gustó. Además, mi papá estudiaba psicología. Supongo que un poco tuvo que ver con eso.

Alguna vez tomaste pastillas vos, pregunta Fernando.

No.

Y cómo sabés si lo que hacen está bien.

El psiquiatra le sonríe a Fernando.

No tenemos que estar cerca del sol para saber que quema, dice. La ciencia avanzó mucho durante este siglo, y en algunas de sus aplicaciones es realmente útil para que podamos vivir un poco mejor.

Tenés hijos, pregunta Fernando.
Uno solo.
Varón, pregunta Fernando.
Sí.
Cuántos años tiene.
Cumple seis en unos meses.
Lo querés.
Más que a nada.
Más que a tu mamá, pregunta Fernando.
Sí.
Más que a tu esposa.
El psiquiatra hace un silencio largo. Sí.

Fernando esconde las pastillas en la cartuchera del colegio. Se cuida de llevárselas encima todos los días porque no quiere que se vuelva a repetir que su mamá las encuentre tiradas en el piso o enterradas en la maceta del cactus sobre la ventana, y que le diga que basta, que está harta, que por qué le hace eso y por qué se lo merece ella. A veces las pastillas quedan guardadas durante semanas. Fernando las ve cada vez que tiene que sacar un lápiz o una goma de la cartuchera, ya con los bordes picados, desgranándose lento hasta cubrir como arena la tela del fondo. Las tira cuando vuelve costeando la ruta cada uno o dos meses, no antes, porque tirarlas no bien las guarda significaría perder la aventura, no sentir que hay algo que está haciendo mal, un secreto que nadie conoce y que él debería mantener vivo.

Me dejan imbécil, dice Fernando. Tardo muchísimo en responder. Es como si todo el mundo me llegase atrasado, y como si cada cosa que digo o hago ya fuera parte como del pasado. Me siento como afuera de todo lo que pasa.

Te entiendo, dice el psiquiatra.

Viste cuando cae un relámpago, pregunta Fernando, y primero ves la luz y al rato el trueno. Bueno. Como si yo fuese el ruido, y todo lo otro un rayo.

Te entiendo, creeme que te entiendo, dice el psiquiatra. Pero es un tiempo nomás. Hasta que tu cerebro se regule, o hasta que encontremos la medicación justa.

Pero hace más de ocho años que estamos probando medicaciones, dice Fernando.

Son procesos que tardan, Fer. Cada cerebro es un mundo aparte, y la única forma que tengo de conocerlo es estudiando los efectos que las diferentes propuestas tienen sobre vos.

Claro, pero mientras tanto a mí se me pasa la vida.

Pero en serio preferís las alucinaciones.

No, no las prefiero, pero no hacen nada. Se me cruzan cosas por la cabeza, nada más, no molesto a nadie.

Pero, Fer, los dos estamos de acuerdo en que en la medida en que vos le des espacio a esas manifestaciones existe la posibilidad futura de la ambigüedad y la confusión, ni hablar de que el estado en el que te encontrás termina siendo perjudicial para tus propios vínculos.

No va a pasar, dice Fernando. No estoy loco. Ya sé, dice el psiquiatra. Es una ayuda nomás. Pero no quiero más esa ayuda.

Estás saliendo con alguien, pregunta el psiquiatra.

Fernando se calma un poco.

Sí y no, dice Fernando.

Por qué sí y no.

Porque todavía no sé bien qué somos.

Pero y te gusta, pregunta el psiquiatra. Sí.
Cómo se llama.
Fernando hace
silencio. No importa,
dice.
Los antidepresivos los estás tomando, pregunta el psi- quiatra.
Sí, los antidepresivos no me molestan, creo. Bien.

Fernando llega a la estación de servicio pasada la medianoche. La fiesta es en la parte de atrás, para no molestar a los viajantes. La música suena despacio porque todavía hay poca gente. Fernando saluda con la cabeza a algunos compañeros de la secundaria y algunos de los peones que trabajan en el taller, que al rato se acercan y le dan la mano, acaso con miedo de parecer irrespetuosos frente al hijo del jefe.

Como anda, patroncito, le dicen.

La gente llega cuando el frío ya es imposible. Dos de los trabajadores de la estación ponen hacia el centro un disco y prenden un fuego con leña. La gente se amontona sobre el calor. Fernando los mira de lejos: si nubla la vista puede hacer de cuenta que son indios moviéndose despacio alrededor de lo único que los separa de la muerte.

Jorge no aparece hace más de tres meses.

Fernando a veces se sienta a esperarlo en la ruta sobre una piedra llena de musgo al pie del cartel que da la bienvenida al pueblo. Se sienta ahí por las montañas, de las que no se aburre, tan altas que cuando baja la niebla las puntas desaparecen, y porque siempre de ese lado aparece Jorge, en auto o en bondi, en moto las menos de las veces, con la cara diferente, con más cicatrices en la espalda o las piernas, con menos plata o un poco

más flaco. Ahora que su papá trabaja menos, y que él se hace cargo de casi todo el taller, le encantaría tenerlo a Jorge al lado: dormir con él en el tinglado cuando nadie esté cerca, como ya hicieron algunas veces, sin el peso de tener que dejarlo ir de vuelta, cuando desaparece de imprevisto como arrastrado por una alarma que solo él escucha.

Fernando se cierra las solapas del tapado y se acerca a la barra. Pide una cerveza y pasea los ojos por los grupitos de gente aislada. Va a pasar un rato con cada uno: va a hacer los comentarios pertinentes y las observaciones astutas de siempre y va a recibir los tratos cordiales que sabe que son impostados pero que todavía le generan cierta confianza: lo de saberse de un linaje por el que él no hizo nada pero que de algún modo lo ampara. Después de un rato, Fernando vuelve caminando hasta su casa. Camina sobre la ruta porque puede anticiparse a cualquier auto, si es por atrás con los oídos, si es por adelante por el haz de los faroles. Sus pasos suenan líquidos en la noche helada. El cielo está tan negro que las montañas al frente no se distinguen. Fernando las siente igual: lo enormes que son, lo que tienen adentro pero nadie sabe, la historia de su crecimiento, los animales que no se animan a salir de ahí, los miedos por los que nadie entra, ni quienes se presentan como cazadores ni quienes como cultivadores, vírgenes.

El Venado Sagrado escondido en las montañas dice:
color del plomo o lívido es estrella fija de segunda dimensión puede verse de forma clara si se apunta al ombligo de quien es Andrómeda grado de 22° de Aries lleva por nombre Saturnal o Jovial es lo mismo sus razones mágicas aparecen con fuerza en los quinarios en los dos narios superiores del mundo tomados desde la línea recta que traza la ciudad donde nacen las montañas sobre el mapa distribuye todas sus facultades para que así disipen las fuerzas opuestas que también son grandes tienen mucho de velocistas llenan el globo del sol prodigan calor son fecundas si se las acaricia de forma previa se las ha utilizado para encontrar cosas perdidas y para desgastar los barcos de a quienes llaman realistas así permanecerán cautivos hasta que el gran poder los libere por muerte o herraje

Dice:

mi ruido se escurre por todo el valle y sube alto y atraviesa la atmósfera y llega al espacio secreto detrás de *Mercurio* donde están los obeliscos quisiera nadie se espante en esta tierra que las flores no vuelvan a guardarse sobre sí mismas que los hombres hagan el trigo y el pan

Y dice:

tierra no es sana pero podrá ser cuna hasta que la alcance el fuego no es sana pero el ruido del agua chocando las piedras es canto o bálsamo cuna invita a cerrar los ojos será un descanso pero breve las estrellas lejos no llego a ver la galaxia nuestra es ahora polvo destruido queda nada estos hombres solos su pan y su trigo Dice:

uso la forma de los cérvidos astados para mostrarme uso su cabeza pero aparece mi cuerpo siempre en forma del hombre o de la mujer a veces lo hago con la vagina peluda a veces con el péndulo se vuelve de diamante cuando el sol le pega es el bosque espero no quieran llevarme de aquí ni traerme la falta de respeto que es el fuego nadie me teme soy un rey en un bosque en silencio

Dice:

peligro de que despeñen primavera mundo hermoso del verano toman servicio parapeto almenado ahí pasan el frío se les infiltra por las partes altas de las armaduras que no tapan para no darle freno ni a las palabras ni a los gestos no ceja eso la violencia de los asaltos la luna declina la mitad de un cuerno lo usarán

para pedir asistencia así las segundas falanges se abrirán entre los cuerpos con sangre inten- tarán la victoria

Dice:

soy un rey en un bosque el último ya no quedan llorarían al ver estas flores cómo se abren y tuercen al sol cultivador del crisantemo te has vuelto esclavo de los crisantemos

Son dos años nomás los que tienen catequesis en esta escuela, dice. Mi idea entonces es que puedan tener una idea general de qué es lo que pasa en todos los libros. Al menos para que sepan dónde y cómo buscar cuando tengan una duda, ya sea de fe o de conocimiento.

El profesor está parado de espaldas al pizarrón. Su espalda es tan recta como el piso que lo sostiene. Mira a los chicos, un poco desplomados y con los ojos abiertos a medias, como siempre durante el primer módulo después del almuerzo.

Estamos con las Revelaciones, dice.

Entonces lee:

> Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas. Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas

blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lám- paras de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el

que es, y el que ha de venir.

El profesor se calla. Afuera no pasan autos ni se escuchan ladridos ni voces. La siesta a veces una muerte en miniatura.

El fin del mundo va a ser así, pregunta Fernando. Es probable, dice el profesor.

Con miles de

ojos. Sí, puede

ser.

Y

alas.

Sí.

Graciela está sentada sobre el plato de sopa. Los cubiertos de plata reflejan las luces del televisor: las caras que aparecen en primer plano, el mapa del país tapado de nubes negras. Entonces el grito de las montañas, como una ambulancia, como una bomba, como el segundo antes de la guerra, hace mover las lámparas que cuelgan del techo, la vajilla en los muebles, como una fiebre de la tierra, como si todos los animales del mundo estuviesen gritando al mismo tiempo, como un insulto en una lengua viejísima.

Las luces de la estación de servicio están débiles esa noche de invierno. Parecen velas. Mario fuma un cigarrillo en uno de los canteros de la estación, cerca de donde están los baños. El cantero tiene dientes de león y piedras blancas, y también el tronco de un árbol talado hace poco. Mario cuenta casi quinientos anillos en la base del árbol. Si de verdad tiene esos años, piensa Mario, ese árbol está ahí desde antes que él naciera, ahí también antes de las guerras de la independencia y de que el embalse se rompiera y formara el río.

Antes de que se rompa el embalse, antes del pueblo y de cualquier hombre cerca, el viento que viene del oeste y que cruza por encima de las montañas baja frío al valle y quema los tallos. El árbol está quieto como va a estar siempre. Todavía es el amanecer de la América blanca y no hay movimiento. Es todo sopa y caldo. Hay piedras y arbustos cortos de hojas gruesas que no esperan el hacha ni las piedras amontonadas ni los pies de los varones. El árbol entiende que todo lo que lo rodea es la promesa de un mundo partido, y entonces ya no importa que tarden en abrirse o que no se abran para nada las corolas.

En ese mundo roto que queda después, y que es el único que hay, Mario sigue en la estación de servicio.

Son cerca de las dos de la mañana y la ruta está vacía. Dos varones salen del baño. Mario reconoce al primero que sale: es Fernando, el hijo de don Cárcano, el dueño del mata- dero y del taller de cuero, compañero de su hermano menor de la secundaria, y que no debe tener mucho más de veinte años. El segundo que sale, más alto, tiene la cara un poco corrida hacia atrás o hacia un costado, como si fuera un di- bujo. Mario no lo registra o no lo recuerda. Siente algo, sin embargo, de familiaridad en su cara. No bien sale, el hombre con cara de dibujo se sube la bragueta y se ajusta el cinturón. Hace todo con una sola mano, como si no pudiera hacerlo de otra forma.

Mi papá me mata, Jorge, dice Fernando. No
me importa tu papá.

Entonces andá a decirle vos que sos mi novio. No
somos novios.

Fernando se da vuelta y lo mira.

Me vas a llevar hasta mi casa, le pregunta.

Te puedo dejar a unos metros, dice Jorge. Es muy tarde y puede que tu papá escuche el ruido del motor.

No, entonces no. Dejá que me vuelvo solo.

Dale, son como tres kilómetros, te llevo.

No, dejá. Voy caminando.

El hombre con cara de dibujo se queda parado. Ya tiene el cinturón ceñido a la cintura. Ahora los brazos se le cruzan sobre el pecho y ve alejarse a Fernando, que camina seguro y recto como si no le hubiese hecho mella en el cuerpo lo que acaba de pasar en el baño. Fernando cruza a Mario. Se ven. Se conocen, pero no se saludan.

El hombre con la cara de dibujo se acerca a Mario.

Tenés fuego, le pregunta.

Mario saca del bolsillo un encendedor y se lo da. Vos sos Mario, le dice.

Sí, responde

Mario. Segovia.

Sí, responde Mario.

Los dos se suben al auto. Adentro hay olor a sexo. En la parte de atrás hay un peluche que tiene colgando uno de los botones que hace de ojo. El hombre que tiene cara de dibujo animado prende el motor.

Mirá, dice. A vos no te conozco y no quiero problemas. Estás acá porque la Gacela dijo que para esto eras bueno. Es ir, entrar, hacer la nuestra y colar. Está claro, pregunta.

Sí, dice Mario.

Es mucha guita. Entendés que es mucha guita.

Sí, dice Mario.

El hombre con cara de dibujo animado pone en marcha el auto. Cruzan la lomada y trepan a la ruta. La ruta se abre adelante, los faroles del auto iluminan la doble línea amarilla. Adelante están las montañas, que van a tener que cruzar por más que ahí dentro la noche sea más oscura.

El auto avanza y gira en una curva leve que después desciende.

Mario ve aparecer a la derecha de la ruta la figura de Fernando, que camina, que va a llegar a su casa antes de cruzar el cañón; que después del vado va a doblar a la de- recha para internarse en un camino de tierra que lo va a llevar hasta la casa de sus padres. Si son muchas las ramas y hojas que se quiebran a su paso, van a salir los perros a darle la bienvenida, si no, el camino va a ser silencioso: va a abrir la tranquera, después cruzar el estanque, y después caminar por el sendero hasta que la casa como un hueco negro aparezca contra el azul fuerte del cielo; va a abrir la puerta despacio, empujándola un poco hacia arriba para que

las planchas de madera que tiene abajo no hagan ruido, va a ir a su pieza y se va a desvestir, y va a acostarse en la cama, encima de las sábanas a pesar del fresco que hace, con los pelos de la verga todavía un poco mojados; entonces, cuando esté a punto de dormirse, lo va a invadir una sensación de despojo o de falta de aire y cuando abra los ojos va a ver la lámpara del techo girando en círculos, como si él estuviese borracho o como si la tierra estuviese sufriendo temblores.

Desde el auto, Mario ve las pantorrillas a Fernando, que se hacen más grandes a cada metro de ruta. Todavía le es- tán creciendo, se le están volviendo cada vez más peludas; también le está creciendo la nuca, despejada y con el pelo por arriba cortado en línea recta, que empieza a mostrarse cada vez más ancha, como pasa cuando a los varones se los somete desde chicos a tareas de fuerza. La remera corta le deja al descubierto los brazos: tiene —Mario no lo ve, pero lo sabe— las venas marcadas y también manchas de pintura que le llegan a los pantalones y las zapatillas. Mario piensa entonces en su hermano, ahora lejos, en la capital, capaz caminando por las calles, solo, con el mismo cielo que tiene Mario encima.

Puede que su hermano esté también mirando la luna, y también acordándose de él.

El auto cruza a Fernando. El hombre con cara de dibujo no pierde de vista el camino, ni las montañas que tiene adelante y que lo esperan como si fueran una bóveda. Mario ve por el espejo retrovisor que Fernando mira alejarse el auto. La sombra se lo va comiendo, primero desde los costados empezando por las piernas para después tomarle el pecho y los brazos y al final la cara, que se borra del espejo y de la noche como en un movimiento de succión.

Las montañas son negras. Ahí ya no crece nada ni va a crecer. Están tristes y esperando que se abra el cielo y que

del espacio de afuera venga un rayo o una explosión que le ponga fin a toda esa tranquilidad.

Mario y Jorge cruzan el valle con las luces apagadas. Así nadie se va a dar cuenta de que hay un auto rojo saliendo del pueblo y cruzando a la otra parte donde a veces cae la nieve, donde está la gente que hizo las cosas de otra forma, donde se come diferente y donde las casas tienen todas patios delanteros, con estatuas o flores o sombrillas.

Después de una última bajada, el valle termina y se abre la llanura en una ruta recta que baja, entonces cambian el color de los pastos y de los árboles.

Mario baja la ventanilla: el viento que entra al auto le quita el aire. A medida que bajan, las montañas se van haciendo más chicas en los espejos retrovisores, como triángulos sin sombras ni relieves. Antes de llegar al puente van a tener que desviarse por la reserva para esquivar el control de la policía. Así lo hacen. Cuando aparecen al fondo del camino las luces del peaje, el auto gira y toma por un camino de ripio que bordea el río.

El río al lado del camino está quieto y parece un cuadro: a la derecha, los árboles casi adentro, con las raíces y la parte baja de los troncos adentro, con las copas afuera, y desde la orilla, llegando hasta el camino, la landa, que es orden.

La casa aparece entre los arbustos. Desde lejos no se ve grande. Tiene reflectores amarillos que le iluminan la fachada y un camino empedrado que llega hasta la puerta. Mario y Jorge se acercan agachados. Dejaron el auto a un kilómetro o menos, abajo de un árbol para no alertar a nadie. Si es cierto lo que dijo la Gacela, en esa casa hay o hubo hace poco dólares de la siembra, que fue provechosa. Si son pocos, Mario los va a usar para un nuevo lavarropas para su mamá; si son muchos, ahí sí: podría comprar una segunda casa y ponerla en alquiler, o dos caballos y herramientas para hacer las changas y así no volverse basura de nadie.

Jorge sube las escaleras del porche. Corre el mosquitero y apoya una oreja sobre la puerta, después agarra el picaporte y lo gira. La puerta está abierta, entonces entran. Adentro hay un pasillo de madera con lámparas prendidas en mesitas chicas. Mario escucha unos pasos que vienen, que hacen ruido contra el piso pero que se arrastran. Jorge tensa los músculos de las piernas, listo para la carrera, justo cuando al fondo del pasillo aparece una mujer.

La mujer es alta y rubia y pálida. Tiene ojeras que le lle- gan hasta la parte alta de los pómulos: el tipo de ojeras que tienen no los que no descansan bien sino los que ya se acos- tumbraron a no dormir. La mujer está borracha, entonces no entiende qué son esos dos hombres que aparecen en su casa, grandes como tótems y sucios, con olores a los que ella no está acostumbrada, y que la miran con desconcierto, como si fue- ran animales que la miran a los ojos y después al cuello, a las venas que ahora están soportando sangre acelerada. La mujer no tiene miedo porque hace un tiempo que está muerta, o dor- mida por las pastillas que es casi lo mismo, y entonces flota por encima de los días que según sus médicos están cerca de ser sus últimos. Es probable que esos dos hombres que tiene enfrente sean del pueblo de atrás de las montañas, donde cre- ce el aloe y lo bruto y donde también están las plantaciones de arroz.

Qué quieren, dice la mujer.

La plata, dice Jorge.

Acá no hay plata.

Sí, hay. Hay

dólares.

No, no hay, ya están en el banco.

Jorge avanza. Lo hace lento y con las manos hacia arriba, mostrando las palmas.

Mirá, queremos plata y nos vamos. No te vamos a hacer nada. Hay alguien más en la casa, pregunta.

No, dice la mujer.

En serio, pregunta de vuelta. Sí.

Hay perros.

No.

Cuándo vuelve tu marido. La semana que viene.

Mirá, dice Jorge, mi amigo acá te va a hacer sentar mientras yo busco en la casa. No quiero que hagas pelotudeces. Está claro, pregunta.

Sí, dice la mujer.

Jorge gira sobre sus pies. Mira a Mario con cara de cansancio: la cara se le vuelve más extraña todavía, como si hubiera ciertas posiciones límites que realzan el ho- rror, o que la vuelven un poco más estirada, como si en serio la piel estuviese demasiado tensada y lista para par- tirse. Mario mira el techo: arriba hay una araña de bron- ce. Los refractantes parecen gemas y no plástico. Llevarla hasta el auto puede ser un problema, y también puede ser un problema intentar venderla, pero debe ser buena plata.

La mujer aprovecha que Jorge le da la espalda, aprove- cha también que el otro que está cerca de la puerta no puede verla porque Jorge es grande, entonces abre despacio una de las mesitas de madera que hay sobre las paredes del pasillo. En el cajón hay un revólver.

Los pájaros de afuera se despiertan. Lo primero que ven es la noche y saben que todavía falta para las primeras lu- ces. Pero se tiran igual en una caída recta hasta el suelo o hacia arriba en movimientos circulares y frenéticos. No puede venir nada malo del cielo, ni las bombas ni tampoco los perdigones de los cazadores, que a esa hora deben estar dormidos.

Jorge cae de costado al suelo. Mario lo ve desplomarse. Cuando toca el suelo hace un ruido sordo. Ahora la cara de dibujo de Jorge ya no está más. Hay otra: roja y con un hueco en donde debería estar toda la parte lisa de la frente. Del hueco brota una pasta negra que le cubre la nariz y que llega hasta el suelo y después se expande; va ganando terreno sobre el parqué y avanza toda junta como la lava.

La mujer dice no, no.

Mario dice esperá, por favor.

Andate de mi casa.

No me

mates.

Andate.

Mario retrocede sin dar la espalda, se acerca a la puerta y busca ciego el picaporte, entonces abre la puerta y sale y corre. La mujer siente el revólver caliente, que la lastima, pero no quiere tirarlo a pesar de que sepa que le va a dejar llagas o quemaduras, y a pesar de que después del disparo el arma pareciera haber cobrado otro peso o gravedad, como si todo el cuarto hubiese despertado de forma repentina y cada cuadro, cada pared, cada lámpara estuviese pendiente de la pólvora, de los restos de pólvora que están en el suelo y sus dedos, pendiente de las balas que todavía quedan en el tambor y que vibran porque quieren salir eyectadas a perforar otras carnes.

La mujer va a llamar a la policía, que va a llegar cerca del amanecer. Va a decir que un hombre solo entró a su casa, que estaba perdido o borracho, que quiso aprovecharse de ella, y que entonces ella hizo lo único que podía hacer. El cuerpo del hombre con cara de dibujo ya va a estar duro. La sangre que le brotara hace un rato del cuerpo ya va a estar también dura y seca: tendrán que lavársela para poder identificarlo. La policía va a encontrar más tarde el auto. Lo van a decomisar

en cuanto lleguen las órdenes de arriba.

La mujer va a llamar a la policía, que va a llegar cerca del amanecer.

Mario cruza la tranquera y sale de la estancia. Va a evitar el río por la gente que puede estar acampando, y también acercarse al auto, que ya es prueba de delito. Mario corre ha- cia el sur y los pájaros que se despertaron hace poco por los ruidos lo siguen. A veces se le acercan demasiado a la cabeza o la nuca. Los pájaros no saben bien por qué, pero lo hacen igual, sabiendo que Mario es hombre, y que las cosas que le dan miedo a los hombres también pueden significar destino fiero para ellos. Cuando toma mucha velocidad Mario tro- pieza, como si cada vez que la aceleración fuera máxima el fondo del cuerpo le impusiera un corte. Mario va encima de la landa como si estuviera flotando. No sabe bien hace cuán- to está corriendo y si el dolor que siente en las pantorrillas es el dolor de un desgarro o de su propia velocidad. Mario corre hacia las montañas. Va a llegar a la casa de su mamá cerca del amanecer con tierra en los pantalones y las manos lasti- madas, y no va a reírse ni decirle nada a nadie, ni a Sonia, ni va a llorar cuando en la casa funeraria del pueblo se organi- ce un cotejo simple para un hombre muerto más allá de los cerros por una mujer que se sintiera amenazada. Entonces nadie va a saber si el hombre muerto fue muerto con justicia o por error, o porque a veces la gente del otro lado gusta de la muerte a los que no son como ella. Van a dar en el sepelio mezcal en vasos de plástico y de fondo va a sonar una radio que explica los movimientos raros que han tenido en los últi- mos meses los vientos y las nubes y las lluvias y las nevadas. Se van a enterar todos ahí que el hombre muerto es hijo de Graciela, la única maestra jubilada en muchos kilómetros a la redonda. Entonces todos ahí deciden declarar para sus adentros una guerra secreta contra los ricos del norte, como

si no hubiese sido ese siempre el caso, y también deciden acompañar a Graciela, que no se va alejar durante doce ho- ras del ataúd, ataúd que por el asco a la muerte va a estar siempre cerrado.

Mario no va a salir de su casa hasta dos semanas des- pués. Va a estar todo el tiempo encima de Nerón, su perro. Va a tocarle la frente y la panza y las patas, como intentando transferirle un poco de la culpa cada vez que se le aparezcan los gritos de Graciela, que vienen de lejos, como estruendos a través del aire.

Mario mira por la ventana. Están muriéndose las calén- dulas. Crece el invierno.

El sol es una violencia constante, entonces se guardan a la sombra de *Mercurio*, giran con *Mercurio* hecho de negro. Ven a veces boreales en los polos del planeta de agua. Son verdes y violetas y amarillas. Los que están adentro se acuerdan de las fiestas del *iádan*, cuando se recibían a los héroes que venían de lejos, a mitad muertos, con potestades sobres nuevos territorios o con palabras nuevas en la lengua. Se parecen a las luces del *iádan*, se dicen.

Después del trigo crecen animales gigantes, cruzan las nubes con las frentes y las narices, más grandes son todavía los que están en el agua, ese mundo ralentizado. Después llue- ve un fuego total. No hay noches porque no hay nada que no sea llamas. Va a ser mucho el tiempo hasta que vuelva a florecer todo; cuan- do los animales vuelvan van a ser más chicos: van a buscar inclinados cosas sobre el suelo, con los hocicos húmedos, por destruido que haya quedado todo.

Graciela tiene sobre la mesa un papel con oraciones sueltas y tachaduras. Está preparando su discurso para la ceremonia de despedida que se le va a hacer por los años servidos en la escuela pública. Su relevo parece adecuado: es una chica atenta e inteligente de una familia respetada del pueblo que, a pesar de pobre, es limpia y leída. Graciela empieza escribiendo que es raro que los días tristes empiecen una vez que uno termina de trabajar, pero borra; después intenta desde otro lado: escribe que a menudo uno no elige la familia, sino que cierto grupo de gente termina adoptándolo a uno como si se tratara de tal, y que esa adopción fue la que ella sintió desde la escuela, pero borra también. La despedida va a hacerse primero en la sala de profesores, una habitación pequeña en donde la directora del colegio quiere hacer una intervención un tanto más personal y que tiene que ver más con las obligaciones del gremio docente que cualquier otra cosa, que en ese caso nadie más que quienes educan deberían escucharla; pero después sí, van a salir a la explanada, donde van a estar los chicos formados y donde también van a estar algunos padres de los chicos, padres que en su infancia o adolescencia pasaron también por las aulas de Graciela.

No va a llover, no va a haber viento.

Graciela arma el vestido que va a usar para la ceremonia.

Va a ser el mismo vestido que use un par de años después en el carnaval donde se la va a coronar reina. Lo hace a máquina, sin hombreras y con corte imperio, también con la cintura alta para que la caída de la tela oculte un poco los kilos ganados en los últimos tiempos. Las piernas van a ir al descubierto, primero porque hacer largo el vestido supone más tela, que no hay, y segundo porque está cansada del uniforme de la escuela, que por mandato burocrático o por investidura eran pantalones de vestir o jeans. Va a ser oscuro, pero no negro: en todo caso, una forma más amable del luto, que sepan que está triste pero tampoco tanto, que para ella es un cierre, pero no perentorio, que hasta la muerte todavía restan cosas.

La gala de jubilación es pobre. No hay banderines ni músi- ca; tampoco hay micrófonos: la directora de la escuela grita en la explanada durante las formaciones. Mueve las manos como si fueran a darle otro volumen a lo que dice, otro vo- lumen o ímpetu. La directora dice que en Graciela hay un ejemplo de responsabilidad civil, que se trata de una mujer volcada a una práctica de adopción activa e indiscriminada, sin hacer distinciones entre los altos y los bajos, que así es la escuela o así debería ser, lugar franco de cariño y compro- miso; que la escuela es siempre hogar segundo, por obliga- ción o derecho, y que no hay nadie, al menos en su larga vida como empleada estatal, que haya respondido a ese llamado con la seriedad con la que ella. Graciela no escucha lo que dice la directora: está perdida viendo desde la escalera de ingreso a los chicos en fila. Va a ser la última vez que pueda verlos desde ahí arriba: ya no va a distinguir a nadie por sus flequillos o por sus rodetes o por su anchura de hombros: de

ahí en más las cara de sus chicos van a quedarse quietas en el tiempo hasta que pueda verlos de vuelta, ya de grandes, en alguna parte del centro o en almacenes, con el trabajo de los años que les va a hacer mella en las facciones, todas vueltas serias por el tiempo y la grava.

Fernando maneja en la ruta. No mira para adelante, mira las líneas amarillas que se cortan y que pasan rápido siempre a su izquierda. La noche está tibia y el viento entra fuerte por la ventanilla: es también fuerte el ruido que hace, escalonado y sin orden. Justo antes de la pendiente va a apretar un poco más el acelerador: la bajada y el auto en velocidad van a hacer que Fernando sienta que flota, o que se sienta muy atado al asiento pero con los órganos por adentro subiendo, el estómago y los intestinos sobre todo, como una especie de contradicción.

No bien cruza la cima y se prepara para la caída, Fernando choca algo. El golpe es seco, la frenada repentina y el volantazo quitan al auto del camino. El auto se apaga. Fernando se mira las manos, están bien, después se toca la cara: no hay nada líquido ni pegajoso. Mira por el espejo retrovisor: se ve el rojo de las luces de atrás y la tierra que se levanta y rebota en la luneta. La ruta está atrás, igual de dura: un bulto que no se mueve cruza el asfalto.

Fernando cierra los ojos. Intenta pensar qué del choque es cierto y qué no. Qué puede ser una animación, por no estar tomando las pastillas o tomarlas poco, sólo cuando se acuerda

o cuando el mundo se vuelve realmente hostil. Fernando imagina que va bajar del auto, que va a encontrar un cuerpo de un hombre o de una mujer, que va a guardarlo en la caja y volver hasta su casa; las manos se le van a volver de fuego: también la nuca y los ojos; cuando cruce la tranquera, sus perros no van a acercarse a darle el saludo. Su papá lo va a estar esperando en donde empieza el sendero; Fernando va a entender por su cara que ya sabe todo.

Hijo, le va a decir, ya no existe el placer, está roto. En serio. Pasá, es todo.

Fernando baja. Camina lento al lado del auto, lo va tocando con la punta de los dedos para no perder el equilibrio. Por favor, no, dice en voz baja. Una animación, por favor.

La ruta está vacía, no hay nadie y tampoco hay ruido de motores que se acercan. El bulto está solo y quieto. Fernando se acerca y empieza a distinguir entre la tierra levantada una forma con pelo. Es un ciervo o un venado joven: las astas todavía son la mitad de lo que podrían llegar a ser. Los ojos como dos obsidianas negras están abiertos. No tiene sangre.

Un venado, dice Fernando.

Lo dice como afirmando, porque no hay venados ahí sino bastante más hacia el sur; podría ser, igual, que haya venido de las montañas, y en ese caso no sería raro que no le hayan explicado nada de eso en la escuela, porque allá en las montañas está siempre oscuro y por eso son pocos los que se acercan. El venado no se mueve, pero Fernando cree que todavía está vivo: no puede hacerle nada ni con caricias ni con su voz humana.

Entonces levanta la vista: muy al fondo están las montañas. A pesar de la noche están rojas.

Los picos parecen tener puntas más pronunciadas. Están así del enojo, siente Fernando, porque acaba de morir el venado sagrado que las tenía a ellas como casa, que no

habrá otro venado que cubra ese espacio, que ya no existe el placer, está roto.

Fernando mira las montañas y se acuerda del grito que se escuchó una vez, cuando todavía era chico; entonces un temblor apenas perceptible le nace de la parte baja de la panza y lo inunda de frío por más verano que haga.

La estación de servicio está llena en Navidad. Fernando llega con otras ropas, no las suyas, que son de marca y llaman la atención: ropas que dejó una vez uno de los pintores que estaba a cargo del quincho de su casa; así nadie va a prestarle atención, un poco porque es de noche y otro poco porque como terminó el colegio hace unos años y sale poco nadie lo recuerda del todo bien. Se apoya sobre uno de los troncos que hacen de asiento y prende un cigarrillo. Siente todavía en las manos el olor al cuero del venado.

Los parlantes son grandes y están un poco rotos, pero funcionan. Suena cuarteto y cumbia y todas las entradas a las tomas de gas están ocupadas por autos con los baúles abiertos, con luces de Navidad o arbolitos hechos con ramas, con mesas con manteles, con tarros gigantes con agua y botellas.

Desde ahí ve entonces que uno de los tipos nuevos que trabajan en el matadero lo mira. Al principio Fernando siente que es curiosidad, como suele sucederle por ser hijo de uno de los hombres ricos de la zona, el único con dos televisores en la casa, también por los ojos claros que tiene y que ahí no se ven tanto; después se da cuenta de que es otra cosa, que la mirada no es de curiosidad ni de compasión ni de intriga sino una mirada de muerte. Fernando esquiva los cuerpos transpirados para acercarse a Jorge, porque cree que

se llama Jorge o así le dijeron, y que es el hijo de quien fuera su maestra, Graciela, y entonces cuando lo tiene enfrente entiende un poco mejor lo chico que es su propio cuerpo, porque tiene que levantar la cabeza, y entiende el olor que le llega, como a tigre, que es el mismo que tenía Guillermo y que es el olor que tienen los albañiles, también las esposas de los albañiles y los hijos de los albañiles, que hasta hace un tiempo le parecía desagradable pero que ahora se le vuelve familiar.

Jorge baja la mano y toca a Fernando en la panza, lo hace con la mano abierta apoyándosela en el abdomen. Hay demasiada gente junta para que cualquiera pueda ver algo. Entre ellos no se dicen nada. Fernando se da vuelta y empieza a caminar despacio, cada tanto mirando hacia atrás para saber si ese nuevo hombre-tigre le sigue los pasos. Fernando entra al baño y entra a uno de los cubículos, entonces ya adentro se baja el pantalón sin siquiera pensarlo, todavía con la puerta abierta, hasta que entra Jorge, que lo primero que hace es morderle la nuca como hacen los leones. Jorge cierra con una de las manos la puerta y con la otra busca la verga de Fernando, que ya está un poco despierta pero nunca del todo, y Fernando siente que está de vuelta frente al espejo, los dedos suyos tocando en el cristal las partes que son suyas, haciendo de cuenta que es otro, o que es él mismo pero escindido. Las manos de Jorge son grandes y en su palma entran la pija y los huevos de Fernando. Se los mueve sin mucho cuidado, a veces dándole dolor, por lo límite de la circunstancia o por la borrachera. Con la mano que le queda libre, Jorge se toca su propia verga. Ahí también hubo un espejo. No tarda en ponérsele dura. Entonces, con la punta busca el hueco del culo de Fernando. Al principio no hay nada que ceda, Fernando todavía está cerrado mirando la cadena del baño oxidada, que se mueve lento, y las escrituras que hay en las paredes, algunas con labiales y otras con *liquid paper*, con direcciones y dibujos y esvásticas y escudos de fútbol de la

capital. Fernando cierra los ojos y se arquea, y con las manos le agarra los muslos de Jorge y los empuja hacia sí, entonces Jorge entra, ahora sí, su verga como una lanza o un estoque más gordo que largo perfora a Fernando, que quiere que le acaben adentro para volver a recordar lo que es tener encima una nueva especie de la vergüenza, lo único que se multiplica y crece; de ese lado de las montañas, lo único.

Fernando siente encima el peso de Jorge, que acaba ahogando un grito corto. Todavía su cuerpo vibra, siguiendo el temblor que apareció durante la ruta. Fernando se imagina el camino desierto y algún que otro auto esquivando de a ratos el bulto.

Animación, por favor.

Qué, dice Jorge.

Nada, nada.

Te invito a tomar una cerveza, dice Jorge.

El venado sagrado está quieto en la ruta y nadie se va a animar a tocarlo. Va a hacerse osamenta en poco tiempo, ayudado por la carroña; después el viento y las ruedas de los autos lo van a volver polvo. Así como está, todavía con la carne entera y el cuerpo tibio, las montañas lo quieren de vuelta.

Fernando y Jorge esquivan a la gente bailando y se acercan a la barra. Desde la estación pueden verse las montañas. Fernando se le pone de espaldas: quisiera evitarlas al menos con los ojos, por más que sienta que de algún modo las entiende cuando hablan, y porque sabe, no sabe cómo pero lo sabe, que las más altas, las del centro y que terminan en puntas finísimas, son las que están vivas, que ven y sienten que quisiera llevarse de vuelta al venado.

Las montañas que tenemos acá en el pueblo, dice Graciela, y que son tan altas como las que están en la cordillera, habrían aparecido hacia el final de la era Paleozoica, es decir, hace cer- ca de doscientos veinte millones de años. Para que se den una idea, piensen que todavía los humanos no existían, ni siquiera los monos de quienes venimos. El mundo todavía era pura niebla, plantas chiquitas que no llegaban al metro, y reptiles que no se animaban o no podían erguirse del todo bien. Pien- sen eso: todo en silencio y calladito, sin voces de hombres ni ruiditos animales. Puro ruido de lluvia, y aguas, y troncos ca- yendo. Poco después vendrían los dinosaurios. En algún mo- mento previo a los dinosaurios, hasta donde sabemos, habría tenido lugar el origen de nuestras montañas. Los arqueólogos dijeron, la última vez que estuvieron por acá, cosa de la que no se van a acordar ustedes porque eran muy chiquitos o capaz que incluso todavía no habían nacido, que les parecía raro que este nacimiento abrupto no se hubiera desarrollado con la forma de una cadena, que quiere decir cuando hay un entre- lazamiento de montañas por muchos kilómetros como pasa acá cerquita en Los Andes, se acuerdan, y que era raro que un grupo chico de montañas como el nuestro naciera de forma

tan radical sobre lo que suele ser una región de mesetas o de sierras chicas. En todo caso es algo especial, algo distintivo de nuestro pueblo, las montañas, digo, también los cóndores que viven ahí y se reproducen, aunque hace mucho que no los veamos ni que se acerquen tanto a la ciudad, capaz que por miedo a que sean cazados o vaya uno a saber por qué. Los arqueólogos que vinieron, arqueólogos y otras gentes de mu- chas universidades del país, dijeron que todavía no entendían muy bien por qué los abuelos de nuestros abuelos decidieron establecerse acá. Atrás nuestro queda mucho territorio hasta que termina el país, todo ese espacio que queda es espacio en donde las cosechas no crecen bien, por la tierra ajada, sin dudas, pero también por el clima que a veces se parece al desértico, características que hacen que el gobierno tenga toda esa región bastante desprotegida y sin explotar. Pero bueno, eso. Esa duda tienen, que creo que todavía no pudie- ron resolver. Para ir a la capital, por ejemplo, tenemos que cruzar las montañas, que capaz en caballo, en los tiempos de la colonia o incluso antes, puede haber sido un viaje largo pero divertido. Ahora, con los autos, no pasa lo mismo, y las montañas tampoco son las mismas. Tienen desprendimien- tos fuertes de piedra, y muchas veces la ruta arriba se hace angosta. Cualquier descuido puede ser un peligro. Como no hay nada detrás, o hay mucho en realidad, pero poco cultiva- ble, son pocas las razones que podrían haber motivado a al- guna gente a crear un asentamiento en esta parte específica del país. Algunos de los antropólogos dijeron que este podría haber sido un poblado fundado principalmente por gente forajida o perseguida por la ley, ladrones o gauchos malos o asaltantes de bancos, también indios, expulsados también de sus propias comunidades, incluso mucho antes de que el General Roca bajase con el ejército nacional, que es algo que van a aprender cuando sean más grandes. Puede haber sido

gente también que se haya cansado de ciudades numerosas y superpobladas y ya, y entonces decidieron partir, ni malean- tes ni nada, gente bien que se puso de acuerdo en encontrar un lugar tranquilo donde poder labrar la tierra y prosperar. Nadie está obligado a quedarse donde no se siente querido o amado. Yo sí me siento querida acá. Tengo a mis amigas y los tengo a ustedes, y a otros chicos como ustedes, muchos de ellos ya grandes y con familias, y otros que todavía no conocí pero que voy a conocer en los próximos años. Yo sí me siento querida acá. El Paleozoico, les decía. Al principio del Paleo- zoico era todo agua. Las tierras recién estaban empezando a salir a la superficie y formando lo que hoy llamamos Pangea, a esto ya lo vimos, un supercontinente del cual se despren- dieron todos los continentes que hoy conocemos, incluso el nuestro. Ahí nomás en la superficie empezó a agolparse la vida que hacía un tiempo venía desarrollándose bajo el agua. Todavía nada hablaba, nada podía hacer ruidos.

Pueden imaginar eso, pregunta Graciela. Perdón la in- sistencia, pero me parece muy bonito y a la vez muy triste. Vapores blancos y azules. Y ruido de agua chocando contra sí misma y contra las piedras jóvenes. Nada más. Nada.

Entonces cuando se ponen viejos empiezan a ver bolitas, como las que ves apenas te despertás o te refregás los ojos. Ven bolitas que se mueven. Entonces se quedan quietos ahí: no miran lo que está en el mundo sino lo que tienen adentro del ojo. Así se divierten.

Mario toca a Nerón en la cabeza. Nerón mira para adelante: cierra un poco los ojos cuando recibe las caricias.

Entonces se va a morir, pregunta Mario.

En algún momento, sí. Si ya no es más un cachorrito, le dice su mamá.

Nerón está sentado sobre las patas traseras: es marrón claro y grande y tiene la cola blanca.

No te mueras, Nerón. Porfa, dice Mario.

Nerón lo mira: es Mario que está en cuclillas al lado de él, dándole la mirada que casi nunca, con los pies sobre la tierra y la cara manchada con barro.

Entonces es como si estuviera viendo que se va a morir, le pregunta Mario a su mamá.

Un poco sí, le responde.

Y él lo sabe, pregunta Mario.

No, qué va a saber. Los perros no saben un carajo.

Mario se acerca un poco más a Nerón y le da un beso en el hocico. Nerón se queda quieto porque es un beso mojado y bueno.

Es la noche en la que el mundo cambia y Mario se duerme de a ratos en la balsa. Hay algo negro en el cielo que no llega a ver del todo bien. El dolor es una uña rasgando de arriba a abajo la espalda. Está por morirse y lo sabe. Es casi la calma. Los parlantes del festival ya no suenan, ahora se escuchan gritos a lo lejos. Mario intenta gritar también, acaso para que lo encuentren o para compartir el terror que escucha en los gritos de los otros, pero no puede.

Hay algo horrible que acaba de pasar.

Hervís el vinagre y después apagás el fuego y le ponés pimentón y azúcar. La guardás unos días en una botella en un lugar oscuro y se lo ponés en la nuca. Te juro que se le van todas las garrapatas. El olor es feo, pero peor es tener al perro todo pulguiento en la casa.

Sonia escucha con los ojos bien abiertos. No le interesa lo que dice Mario, aunque pueda llegar a servirle un día, pero sí sus gestos y el énfasis que pone Mario cuando habla cosas de las que sabe o que le importan. En la mesa hay cuatro platos: dos para ellos, uno para la mamá de Mario y otro para el hermano de Mario, que prometió en una carta que iba a llegar, más tarde que temprano, que iba a ser un problema que la policía le dejase cruzar las montañas por todos los desprendimientos por la lluvia, pero que por nada del mundo

se iba a perder los setenta de la vieja. Mario extiende la mano. La toca a Sonia en el cachete. Mario no puede explicarle que quisiera metérsele en los ojos y quedarse a vivir ahí, o puede, pero no se anima, como si fuera fácil decirlo, por evidente que sea, porque los ojos de Sonia son amarillos o algo cerca del amarillo como el color de la avena.

Después de comer y del feliz cumpleaños Mario y Sonia van a la pieza. Mario prende el velador y se sienta en la cama.

Qué te pasa, pregunta Sonia.

Nada.

Estás

raro.

No. No

sé.

Es por tu hermano.

Es que siento que no lo voy a volver a ver.

Pero podríamos ir a visitarlo algún día. Llamamos a alguien para que venga a cuidar a tu mamá y nos hacemos una escapada.

No sé.

No te cuesta nada.

Puede ser. No puede no saber que mamá lo extraña.

Pero andá a saber qué le pasa.

Sí, pero igual. No hay excusa.

Sonia se le acerca bailando. Mueve lento las caderas y los hombros mientras se saca la remera y el corpiño y queda en tetas. Le caen perfecto y son idénticas. Sonia se agacha y afloja el cinturón de Mario. Sonia juega con las manos: amaga roces y caricias y Mario mira sin entender bien de dónde viene el placer, y cómo ese placer que siente y del que no se siente merecedor está en su cuerpo, tan vuelto viejo y menos fuerte. Sonia se mete la verga en la boca y chupa. Mario piensa en la mesa de la cocina y en el plato que se llenó para su hermano, que no llegó y que no va a venir, con comida cada vez más fría.

Fernando se despierta y se estira, con los pies toca los pies de Jorge, que está durmiendo al lado suyo. Fernando abre los ojos: por el vidrio esmerilado entran las primeras luces de la mañana. Están los dos en la oficina en la parte de atrás del taller. Tienen prendido el calefactor y el aire ya es una bola densa. Es domingo y nadie los va a molestar. El colchón es fino, tiene rotas las telas y la espuma afuera. Fernando abraza a Jorge, le pone la nariz en la nuca, en la parte donde nace la pelusa. Después Fernando se levanta y pone la pava. Bate café y vuelve al colchón. Le pone la taza justo debajo de la nariz a Jorge, que se despierta rápido.

Hola, dice Fernando. Estaba soñando algo. Qué.

No me acuerdo, pero era medio una pesadilla. Yo esta- ba desabrigado o algo en el medio de una ciudad toda hecha mierda.

Por qué soñarías que estabas desabrigado si está para cagarse de calor acá.

No sé.

Jorge se mete tres galletas de agua enteras en la boca, y después toma un sorbo de café.

Qué hora es,

dice. No sé.

Jorge vuelve a taparse con la frazada, los pies le quedan afuera.

Me abrazás, le pregunta a Fernando.

Fernando se le pone encima.

Querés que vayamos a pescar hoy, le pregunta.

Bueno, o podemos quedarnos acá.

Es que acá puede llegar a aparecer alguien.

Quién va a aparecer, es domingo.

No sé, me da miedo igual.

Como quieras.

El profesor levanta un libro y lo muestra a la clase. Es un octavo mayor de cuero. Está gastado y pareciera que las hojas están a punto de desprenderse. Fernando abre grande los ojos: son parecidos a los libros que tiene en su casa, todos en otro idioma que él no entiende, que era el idioma de su abuela. Las manos grandes del profesor cubren los grabados dorados de la tapa: una creciente y estrella en la parte de arriba y una estrella de David hacia el centro. Este es un fragmento de las memorias de Beyazid, dice, sultán importantísimo que intentó reunir el cristianismo y el judaísmo y el islam en una sola doctrina. Por razones que vamos a ver más adelante, todas sus intenciones se vieron frustradas. No deja de ser importante, sigue, que entendamos qué entendía él por la fe. El profesor se aclara la garganta. Abre el libro en la parte donde está guardada una guía roja. Entonces lee:

Durante treinta años, mi Dios fundamental fue mi espejo; ahora soy yo mi propio espejo; es decir, que lo que yo fui no lo he vuelto a ser más, puesto que yo y Dios constituyen la negación de la unidad de Dios. Desde que ya no soy más, el Dios trascendente es Su propio espejo. Digo que soy mi propio espejo, porque es Dios quien habla por mi boca y yo he desaparecido. Veo el altar desde mi carpa. Está afuera y mojado. Las velas que tenía abajo ya están apagadas. Cae la lluvia.

El profesor mira adelante. Los chicos le devuelven la mirada, están durmiéndose o en trance. Nadie habla. En la ventana hay una paloma, su figura se adivina a través del cristal laminado: con el pico golpea el vidrio, dos, tres veces. Nadie habla.

La capilla se levanta entre los árboles: es la parte del monte donde todavía la tierra es negra. Ahí están los pinos y los sauces. El suelo es un colchón verde oscuro y las ramas y las copas hacen por arriba una bóveda. La capilla está ahí desde los tiempos de la colonia, tiene las paredes comidas por las vertientes y por entre las grietas se le ven brotes y nidos, enredaderas que se le trepan hasta la cúpula y que se enganchan en la cruz.

La espesura es grande.

Entre los árboles hay una tibieza tímida, la largan de a poco como previendo que viene la noche. Fernando va primero, esquiva arbustos y los corre con un palo.

Por qué la construyeron acá, pregunta Jorge, que viene rezagado, peleando contra las plantas y contra sus propios pulmones de tabaco.

No sé, dice Fernando. Supongo que querían cuidarla de la lluvia.

La puerta a dos hojas está abierta: es de madera maciza y negra, ahora porosa y partida. El llamador es un aro de bronce coronado con la cabeza de un querubín. Fernando lo roza con los dedos antes de entrar.

Esperá, le dice

Jorge. Qué.

No sé.

No era que no creías en Dios vos.

Sí, pero esto es otra cosa.

Cómo otra cosa.

No sé.

La savia se revuelve y rompe el xilema. Se empuja a sí misma desde adentro.

Brota afuera en una gota clara y seca los árboles de vida.

Jorge transpira, como si también se le estuviera yendo la vida desde adentro: un miedo viejo, a ser varón y a estar perseguido, a ver muy de cerca a la virgen.

Adentro de la capilla no hay viento. Hay olor a podrido: son los charcos que se arman en el suelo por las goteras del techo. Los tablones están corridos hacia los costados, apoyados sobre las paredes y rotos, igual a como los dejaron los del oficio antes de estar ahí por última vez y mudarse al pueblo, cuando se llevaron los últimos adornos —el crucifijo de plata que ahora está en la iglesia del pueblo y la virgen que todavía está en la ruta en un cubo de acrílico—. Todavía quedan en las paredes algunos cuadros: están rasgados, con manchas de moho y tizne que los tapa; se dejan ver, de todos modos, algunas figuras sobre las telas: la cara de una mujer que mira para arriba, un barco, un dedo

entrando en la llaga, dos falanges entrando en la llaga que tiene Cristo abajo de las costillas. Fernando camina hasta el fondo, a donde está el altar de mármol, entonces se agacha como si lo venciera una fuerza y apoya una rodilla en el suelo. Fernando siente una presión en la parte baja del abdomen. Cuando se hace consciente del dolor, se vuelve también consciente de la parte del cuerpo que le duele y que ahora parece cobrar vida, entonces se acuerda que es varón, que debajo de los pantalones tiene una verga, ya con pelos, que la persona que tiene atrás también es varón, también con su verga, un poco más grande y morena, que es un escapador, que va a estar de fuga en fuga hasta que el mundo le de un respiro, varón que, a pesar de todo, es bueno, al menos con él, bueno como le sale o como puede.

El vitró detrás del altar muestra a la virgen, la coronan los rayos del sol y rosas rojas. Jorge se acerca a Fernando por atrás y lo abraza.

Qué te pasa, le dice.

Fernando toma un café en el bar de la plaza. Tiene sobre la mesa los libros de ejercicio del matadero: los números desfilan en cascadas prolijas, muestran un leve descenso, recién perceptible en unos meses si la tendencia sigue estable. La Gacela, sentado al lado suyo, le dice que no hay de qué preocuparse, que las cosas van a andar mejor y que la gente va a volver a comprar cuero en cuestión de meses apenas vuelva el frío. Meses cortos, dice después la Gacela, como anticipándose a la cara de angustia que empieza a ensayar Fernando.

Los mosaicos de la plaza están mojados. Así los deja la lluvia de la mañana. Fernando prende un cigarrillo y chupa fuerte. La gente que pasa al lado los saluda.

Cómo anda,
Cárcano. Hola,
Fernando.

No va a ser mucho el tiempo antes de que empiecen a decirle don, por más que no sea su edad la suficiente, solo porque ahora que sus padres no están vivos es él el dueño de casi todo. Fernando da la última pitada y guarda el humo en los pulmones. Va a dejarlo ahí el tiempo que pueda, lo necesario hasta que empiece a sentir un mareo suave. La Gacela sigue hablando, explica en qué podrían abaratar costos, quiénes son los que peor trabajan, quiénes son los que faltan demasiado y los que mejor usan los cuchillos. Cuando los árboles se le empiezan a desdibujar, Fernando ve a Mario Segovia cruzar la avenida. Detrás de Mario viene su mujer. No le sabe el nombre. Es petisa y tiene buen cuerpo; es morocha como él, probablemente sucia como él. Están apurados, tal vez porque está por hacerse la una y quieren llegar al mercado antes de que cierre. Fernando no se acuerda si es la segunda o tercera vez que lo ve a Mario después de que a Jorge lo matan.

Son muchos años.

Fernando sabe que la bala que mata a Jorge es la de una señora de detrás del valle, pero no entiende qué con Mario, si podría haber o no intercedido, si es también culpable de que Jorge ahora esté muerto y si es culpable de haberle quitado a él lo único que le contagiaba la idea de futuro. Tampoco podría haber hecho mucho: explicarle a la policía que Mario Segovia tenía algo que ver con la muerte de Jorge hubiera supuesto explicar también su propia relación con Jorge, que nunca había dejado de desarrollarse por la noche y a la sombra de todos.

La Gacela habla, hace chocar la cuchara contra la taza, revuelve el café a pesar de que el azúcar ya esté desintegrada desde hace rato. Fernando mira a Mario. Lo ve más viejo

y desmejorado, con canas gruesas que ya le gobiernan la cabeza y con el cuello ancho y abultado de grasa. Se lo imagina de perfil y corriendo. De perfil, desnudo y corriendo en un campo de noche; en un campo de noche corriendo con las montañas al fondo. Fernando no llega a verle los gestos: intuye que Mario tiene la cara serena, con los gestos propios del ejercicio, pero no más, ni dolor, ni cansancio, ni miedo. Mario corre, cruza rápido el pasto, su figura no se distingue de la del suelo, corre hasta que del centro del pecho le aparece una llama, al principio naranja y corta, que desprende chispas que se pierden en el aire y se apagan. Se imagina que Mario corre de todos modos sin saber qué parte de su cuerpo está volviéndose fuego. Corre así de rápido porque no se da cuenta o no le interesa. Fernando ve cómo la llama le toma todo el pecho y las axilas y la parte alta de la espalda, y después se trepa a la cabeza: todos los pelos de Mario ahora en llamas.

Mario no grita porque sabe que Jorge está muerto por su culpa. Fernando tampoco grita. Mario cruza el campo dejando detrás una huella recta y roja. Va a correr hasta volverse ceniza.

Está bien así, sin hijos. Quisiera tenerlos porque siente que hasta que no se vuelva criadora va a tener una parte del cuerpo dormida. Es posible que sea ella, que su parte de adentro sea nociva o adversa para la vida, mal hecha, y que esté destinado que así sea, porque es poco probable que el problema sea de Mario y que la vida que larga Mario no sea fuerte como él.

Sonia mira caer la tarde en una de las reposeras de afuera de la casa. Los pastos empiezan apenas termina la puerta y cuando están podados se ve claro todo el descenso hasta el camino que lleva al pueblo. El nogal atrás da sombra y durante el verano, como ahora, larga olor a pimienta o algo parecido: ahí se acercan los perros y los pájaros. Es suficiente. Y Mario, que la ama en serio, que hace lo que puede para traerle comida, aunque no sea un hombre hecho para el trabajo, que está hecho un poco más para cuidar, para ser padre o algo, pero que igual cumple, a sus tiempos y ritmo. También la parte primitiva de Mario, de macho y con los brazos gigantes, y que sabe cogerla, que la hace acabar tres o cuatro veces en una noche, a veces todas seguidas; que sabe ponerla en cuatro en el piso de la cocina y tratarla como

si fuera una puta, incluso también cuando Mario vuelve borracho, y no se entiende nada de lo que dice, y la despierta, a veces ya con la verga adentro, sin perder nunca la ternura, con golpes con la mano abierta que no caen sobre las mejillas sino la quijada, que ahí no duele, o con la manera de ahorcar que tiene, que no es haciendo presión sobre la tráquea sino sobre los costados. Entonces cuando pasa, Sonia siente que despierta desde otro lado, como si fuera un cuerpo sensible con todos los nervios afuera, tanto así que a veces se acuesta sin bombacha, para que Mario no tarde en someterla apenas llegue y que su verga adentro funcione como un pasaje a otro espacio, que en realidad no existe porque es íntimo y que no tiene nada que ver con las palabras sino con las formas.

Sonia no preña. Ni en la posición del misionero ni con las mezclas de vinagre y albahaca que le recomendaron las viejas, tampoco con las dietas estrictas, ni durante el invierno estando desnuda y con frío para que el semen de Mario se sienta amenazado y viaje más rápido al calor de las entrañas. No va a preñar.

Si querés podemos adoptar, le dice Mario. No sé cómo se hace ni nada, pero vemos.

Entonces intentan, pero sin ganas, porque quieren uno suyo, que sea la suma de la mitad de los dos, y menos ganas tienen después de que en la municipalidad les dicen que es difícil que a gente en su situación económica y con su capital les salga. Mario hace igual la cuna. Primero arma la estructura y después la pinta de marrón oscuro. La hace grande porque sabe que si tiene un hijo va a ser grande como él y como el padre de él. Después usa gubias y navajas. Le hace dibujos sobre los barrotes y la base: son estrellas y serpientes y pájaros. Ponen la

cuna en el medio de la habitación que antes ocupaba la mamá de Mario, ahora muerta. Las paredes están pintadas de color verde claro. También los zócalos. Al medio está la cuna vacía. Los dos saben que va a estar vacía siempre, que no la van a tirar ni regalar ni reciclar, que la habitación esa va a quedarse quieta, verde claro, como un santuario dormido, pero no lo dicen.

Cuando se empiezan a volver viejos arman la huerta. El tiempo que tienen es mucho. Mario ya pierde la fuerza de las piernas, y Sonia también, y bajar y subir la colina no es del todo recomendable, ya lo dijo el médico, para ninguno de los dos. Entonces la huerta es un rectángulo gigante de tierra porosa y negra. Ahí tiran las semillas sin demasiado orden: puede nacer cualquiera, total reconocen las hojas y los brotes y saben de los cuidados recomendados para cada uno. La tierra con el tiempo se vuelve menos esponjosa. Así las semillas tardan en encontrar el espacio útil desde donde puedan darle apertura al brote. Mario y Sonia a veces se sientan al lado de la huerta. Toman mate mirando fijo la tierra, como si esa mirada fuera a acelerar el proceso: las hojas nacen mustias antes de tiempo o más tarde, pero siempre con un color cerca del azul que no es señal de salud y que no augura nada que no sea final rápido. Las papas crecen bien, justo al borde, pero no por la tierra sino porque son fuertes.

Pero la puta, dice Mario.

Entonces Mario empieza a ir de vuelta al río. Cada vez que sale son dos o tres días los que desaparece: sabe que para que los piques sean más rápidos y seguros, que no supongan esfuerzo de más ni posibilidad de fuga, tiene que hacerse parte del río, que los peces tienen que empezar a considerarlo una piedra, o un animal gigante que no tiene nada que ver con ellos.

Así, tirado debajo de la sombra, Mario deja que el agua le toque los pies, que los peces chicos le picoteen las piernas pensando que trae con él comida pegada al cuerpo. Por la noche es cuando se da el paso: ahí es cuando los peces, si la confianza es grande, empiezan a dormir debajo de sus piernas y no bajo las piedras; entienden que las piedras, a pesar de sus vetas y formas cerradas, se quedan quietas frente a los depredadores y que mejor sería cuidarse con un animal enorme que no les quiere dar la muerte pero que funcione como un bloque gigante capaz de espantar y de matar a otros. Entonces al día siguiente Mario se puede levantar y caminar hasta el centro del río, caminar o encima de la balsa. Todos los peces para ese entonces lo van a estar rodeando, van a seguirle el ritmo y los movimientos como si fuese el sol o el centro del agua. Ahí la tarea va a hacerse fácil: los piques van a ser rápidos y las extracciones también; los peces que queden abajo tampoco van a sentirlo una amenaza: van a pensar que es el Dios que de a poco los retira del río para llevarlos a otras aguas más claras y anchas y profundas.

Cuando vuelva Mario, Sonia va a estar esperando en la puerta del rancho. Va a ser de tarde y la pendiente y el pueblo abajo van a ser de color naranja. Sonia va a ver a Mario pelear contra la colina, contra su inclinación, llevando encima la canasta con los pescados; cuando esté cerca va a volver a reconocerlo: su estatura, sus hombros anchos, los músculos que tiene apenas se abre el cuello. Después lo va a mirar a la cara: va a tener ojeras y los párpados un poco caídos, los labios sucios y también así las manos y las piernas.

Te amo, negro, le va a
decir. Yo también, negrita.

Cuando entren a la casa Mario va a hacer que Sonia se siente sobre su verga dura. Sonia no se va a sacar el vestido, solo va a correrse un poco la bombacha. Sonia va a hundirle la cara a Mario entre sus tetas y le va a pedir que le muerda los pezones. Mario va

a morder. Después van a quedarse dormidos y saltearse la cena y van a despertarse al día siguiente y hacer lo mismo, como de una expulsión a otra.

Cuando llegan los últimos estudios los dos terminan de entender que sus cuerpos se repelen, al menos a un nivel profundo y orgánico. No van a poder entre los dos crear nin- guna forma de vida.

No importa, negro. Ya vemos cómo hacemos.

Entonces lo abraza y Mario llora y dice sabés que por mi culpa mataron a un tipo.

Están pegados uno al lado del otro en los bancos de la plaza y la gente los mira porque es raro que un hombre como Mario llore; no sería así si le hubiesen dado la oportunidad de conocerlo, piensa Sonia, porque es cierto que la gente pendenciera es así por algo, pero que Mario es diferente, que ningún hijo de esa yunta podría salir peor que cualquiera de los dos, porque se quieren en serio a pesar de las diferencias y de las peleas, y que así la crianza sería justa y medida; que si hubiese nacido hembra le hubiesen puesto María, porque Mario tiene algo con su nombre, una sensación de poca pertenencia, pero siente que María es otra cosa a pesar de que se parezca, y que hay fuerza en el nombre que uno le pone a las cosas, entonces que María va a estar bien para una chica criada entre el polvo, como un amuleto de protección; y que si hubiese nacido varón le hubiesen puesto Fermín, que es un nombre que no se usa mucho porque suena como de afuera, que hubiese sido alto, pero no alto y flaco dando la impresión de enfermedad sino alto y robusto como los robles.

Es la noche en la que el mundo cambia. El vestido está listo y cuelga del perchero que da al pasillo. Graciela está desnuda y recién bañada en una de las sillas. Todavía está mojada y con gotas grandes de agua en todo el cuerpo. Sabe que se va a secar sola por el calor que hace, y que cuando pase, el cuerpo ya le va a quedar perfumado con el olor de su carne, que es dulce. Va a demorarse un poco, cosa que no le gusta y le parece irrespetuoso, habida cuenta de la investidura de empleada pública que ocupó durante tantos años, pero quiere terminar de ver la novela antes de salir.

Graciela mira el vestido desde la silla. Desde que lo termina siente que se viene achicando, o que ella gana un poco de peso, sobre todo en la parte alta del pecho. Se pone el vestido desde abajo, que sube ciñéndole las piernas, después la cintura y el pecho. Debería haberlo hecho después de pintarse y peinarse, pero tener el vestido ya puesto la contagia de una sensación de peligro que hace tiempo no sentía y que le sienta bien. Graciela vuelve lista a la cocina.

Antes de abrir la puerta a la calle se toca los labios con la mano y después lleva los dedos a la estatua que tiene de la virgen: le apoya un solo dedo sobre la cara y lo baja en

forma de caricia, dos o tres veces, en la inclinación de la nariz. Así cuando era chica, también incluso antes de casarse, con la estatuita de la virgen en un bolsillo, o en la mesita de luz, acariciándola como si no hubiese posibilidad de contacto real con el Dios más que mediante un índice que toca lento la piedra en la que está escondido.

Graciela camina por la ruta. Los autos adornados con luces y banderines pasan al lado de ella, quienes la conocen le tocan la bocina y la invitan a subir. Ella dice que no, que quiere caminar para ir calentando el cuerpo. Va a ser de las últimas, va a llegar cuando el sol ya esté puesto: como es de las asistentes de honor, va a cruzar la explanada cuando todos ya estén sentados y a punto de comer. Ahí van a poder verla de nuevo, renovada y con otro toque de vida. Graciela camina sin mirar el suelo, no le importa que se le manchen las alpargatas de polvo, por más que sea seca y que pueda quitarse rápido con un pañuelo mojado, porque en poco tiempo se las va a sacar: tener los pies en contacto con la tierra le va a dar otra conciencia del movimiento y del equilibrio y está segura de que en esa nueva forma de conciencia está el secreto de la perdurabilidad en el baile. Las montañas están al frente. Mudas. Graciela avanza sobre la ruta e imagina que Jorge no está muerto, que el cuerpo que encontraron hace unos años años no era el de su hijo sino el de otra persona que no había sido reconocida por nadie; que Jorge está ahora escondido en el valle, fugando de otro nuevo mal, y que ahí dentro, donde nadie se atreve porque es lugar malo, se lo reconoce como quien verdaderamente es: un rey o un ángel.

Después del bingo empieza la música. Abre primero una orquesta que toca dos tangos arrastrados que abusan de

retardar el acorde de reposo. Por eso, y por el calor, que está subiendo a pesar de la noche, Graciela siente crecer desde adentro un impulso que quema. Después de los tangos la gente se levanta y camina hasta la pista de baile: antes de que ingresen al espacio de la competencia, que esta vallado, se les coloca a todos una guirnalda de flores blancas en el cuello. La música empieza a sonar por los parlantes. Graciela se desconecta y cierra los ojos: la música deja de existir y de repente el carnaval se le vuelve un único plano horizontal que es el suelo de tierra y que ella tiene que atravesar con movimientos que se parecen a alguna forma de baile. El baile de Graciela no se condice en nada con el ritmo de las canciones que se suceden durante dos o tres horas. Es a propósito: Graciela siente que el truco está en suspender la conciencia de lo que pasa afuera, y encontrar en la pista el ritmo certero y oculto en el que vibra su propio cuerpo; así, cuando lo encuentre, piensa, no se le va a hacer difícil bailar hasta la madrugada. Graciela, todavía con los ojos cerrados, gira y se desplaza como si toda la explanada se tratase de un espacio libre; a veces llega a los límites y unos brazos gentiles la vuelven a colocar más hacia el centro o a veces choca con otras gentes, que a los fines de la compenetración interpreta como paredes de viento o de hierro que se corporizan de la nada pero que desaparecen después del contacto. Una o dos son las veces en las que Graciela siente que alguien intenta tomarla de las manos: entiende que son hombres por las manos duras y rugosas, que quieren darle un agasajo, pero ella las evita; ni se molesta en hacer algún gesto de disculpas, solo las corre. Al rato las voces empiezan a menguar y lo único que se escucha son las canciones y las pisadas fuertes en el suelo.

Graciela no vuelve a abrir los ojos. No lo hace porque no lo necesita: sabe que la guirnalda que tiene en el cuello todavía está entera. Entiende también que, por los olores que

le llegan, las otras gentes han empezado a sudar bastante tiempo antes que ella, señal al menos de que ella va a tardar más en deshidratarse.

Ya casi no hay ruidos de otra gente cuando a Graciela se le empiezan a trepar las ganas del vómito. Un poco es el mareo, los giros con los ojos cerrados y los brazos que se mueven al compás de su ritmo íntimo, también es un olor que aparece, al principio lento y como traído con la brisa, un olor que no es el del agua estancada, pero parecido, como de cosa de magnitud quieta y en reposo durante mucho tiempo. La temperatura baja y Graciela siente cómo arriba están formándose nubes. Hay truenos que se escuchan cada vez más cerca y Graciela no entiende si el olor viene del suelo o de las nubes mismas que pueden haberse vuelto en el momento de su formación en nubes de smog.

Entonces alguien la toma fuerte de los brazos.

Ganaste, Graciela, le dice.

Y Graciela abre los ojos y encuentra la cara del intendente, muy pegada a la suya, que está contento y mostrando todos los dientes.

Ganaste, felicitaciones.

Graciela camina al lado del intendente hasta la tarima donde la van a coronar, va atravesando un sopor largo: a los costados hay gente que la aplaude y la felicita, tienen todos las caras corridas o desfiguradas con manchas oscuras. Graciela sube a la tarima y desde arriba puede ver que ya no queda casi nadie en la fiesta, que pueden haber pasado dos o tres o cuatro horas porque el color del cielo es del azul que suele aparecer ya muy entrada la noche. Ahora quieta entiende que está agitada y caliente, que su cuerpo está volviendo a registrar cuál es el espacio en el que se estuvo moviendo y que desde arriba parece más chico. Graciela se agacha para recibir la corona, lo hace como si fuera un caballero mirando el suelo. El intendente dice

unas palabras y se escuchan aplausos. Graciela siente unas manos que se le apoyan sobre la coronilla, y un nuevo peso.

Con la cara paralela al suelo, Graciela vuelve a sentir náuseas: el olor de la tormenta ya se le vuelve insoportable, pero no quiere mostrar, ahora victoriosa, señales de debilidad. Graciela mira el suelo: sus pies están sucios y lastimados. Alrededor de ella empiezan a caer gotas. Son de color azul fosforescente. A veces se vuelven celestes.

Graciela no entiende el por qué de ese color.

Entonces una luz aparece en el cielo, dura más que un rayo.

Graciela, inclinada, ve recortarse su propio perfil sobre el suelo de madera de la tarima. Después de la explosión de luz, hay un silencio largo. La gente que queda en la explanada levanta la cabeza.

Hay un bloque ovalado de piedra colgando del cielo.
Tiene el tamaño de treinta ciudades.

Así empiezan los gritos.

Entonces aparecen sobre la tierra siete obeliscos negros de piedra, con puertas circulares también negras, con inscripcio- nes profundas que forman surcos. Y nadie sabe si vinieron de afuera o si encontraron la superficie desde abajo.

Quiebran los álamos cuando se posan y flotan en el aire sin tocar el suelo.

El monolito que aparece en el pueblo cae entre las montañas. No podría haber sido otro el lugar. Si no fuera por la luna, lo gobernaría todo: es de él ahora el mundo. No hay nada antes ni después de la piedra: se abre en el centro del valle como una lanza negra. El suelo abajo se parte y se hunde, se separa de sí mismo como si la fuerza que el monolito ejerciera fuera demasiada.

Hay lluvia: moja la ruta y los techos. El monolito corona el campo: no es soberbio, es demasiado grande para odiar a nadie. Son siete, como las iglesias de las revelaciones, ahí dispuestas para quien quiera escuchar o lavarse.

La noche del arribo los relojes se quedan quietos: se rompen los cristales y el cuarzo; así acaso la forma que tienen

para decir que ya no queda tiempo, que lo único que existe es eso, el aterrizaje; que todo hasta ahora fue la preparación a ese momento último e infinito, ahí sublimado y en su forma total y que bien podría ser ese el futuro, también infinito, el de un estado de suspensión sin cambios, en el reposo que avisa que ese es el límite del movimiento, que de ahí en adelante lo único que queda es una estática o ruido blanco.

Las montañas cortan el cielo. Pareciera que vibran o se mueven lento. Fernando las mira desde lejos, lo más quieto posible, como si de solo verlas pudiera contagiarse de la sensación de calma o como si verlas así pudiese convertirlo también a él en una piedra. Poco después de que muere Jorge, Fernando compra una cámara de fotos y les dispara. Después las revela y las guarda en cajas. Son más de mil: las que están hechas de día con el sol alto, con el sol detrás, las de noche, las que tienen un poco de nieve, las que tienen bruma o lluvia, así. A veces las dibuja de memoria en la cocina de su casa, ya sola, sin sus padres, con los perros viejos roncando; a veces las dibuja con el modelo de fondo. De día, en el matadero y durante el trabajo, Fernando se distrae y cierra los ojos. Intenta recordarlas: los cortes abruptos, las puntas rojas, las otras que son más amarillas, las del centro, un poco más bajas y anchas, el río que las cruza por abajo y que visitó pocas veces. Intenta recordarlas de a una e ir armando la figura de a bloques, pero en cuanto pasa a otra sección la imagen que le parecía estable vuelve a moverse, entonces empieza de vuelta, como si fuera importante recordarlas tal cual son, para fijarlas, y para convencerse de que el tiempo y las montañas y su vida no son una línea recta sino un círculo, con todas las cosas presentes y

de forma simultánea, con Jorge todavía vivo, con él todavía con el cuerpo flaco y rápido, pero cada vez que las piensa, lo terminan por sacar del trance los gritos de la Gacela y los peones, los chillidos de los chanchos muriendo, el olor a sangre, y Fernando no entiende cómo puede caber en el mundo tanto ruido.

Todo el curso forma en el patio central del colegio. Las chicas debajo, sentadas y con las piernas cruzadas, se acomodan los pelos, se ponen hacia afuera los aros colgantes; los varones atrás, casi todos parados, simulan ser más anchos de lo que son. Fernando está en el centro. En otro momento Guillermo habría estado al lado suyo, porque su estatura era similar; ahora tiene al lado al menor de los Segovia, que posa callado con las manos a los costados, con la cabeza un poco baja, mirando las hojas secas que el viento mueve en el suelo. En frente de ellos hay un fotógrafo.

Intenten no parpadear, les dice.

Fernando mira el ojo de la cámara. Hay un ruido y un flash y después aplausos.

Recuerden la luz del día, dice Graciela. Ahora cierren los ojos, les dice. Recuerden el sol que hace, el ruido de los pájaros, los olores que sienten. Cuando tengan la foto van a poder colgarla en sus habitaciones. Cuando pase mucho tiempo van a poder verla y volver a conmoverse. El día de hoy se les va a agolpar en la cabeza como si no hubiese distancia.

Fernando no cierra los ojos: mira el patio, la luz amarilla que cae sobre los árboles, a Segovia, todavía con la vista en el suelo, donde las hojas amarillas ya no se mueven: no hay más viento, unas encima de las otras armando una cueva ínfima.

Fernando mira por el visor y arma el encuadre: las dos montañas mayores están hacia la derecha, después un vacío grande de cielo celeste y más abajo las montañas verdes del valle. Fernando contiene la respiración y aprieta el botón: el simulacro de luz va a encerrar un pedazo de eternidad y hacer que las montañas se queden quietas hasta que la diapositiva se queme con el tiempo. Fernando se cuelga la cámara del cuello: piensa que así como están en la foto las montañas ya no tienen al venado, que así como están puede que haya otros venados adentro, aunque no quiera viajar para comprobarlo, esperando todavía a uno de ellos que hace mucho que no se muestra; que así como son de viejas puede también que las montañas entiendan de otra forma el tiempo y no lo hagan culpable a él de haber atropellado a la única cosa que en verdad parecía no querer desprenderse de la vida, porque si no lo hacen culpable Fernando podría pensar que lo del venado fue todo un sueño o que está volviéndose loco, que es mentira que tuvo que arrastrar el cuerpo muerto del venado hasta la banquina, y limpiar el auto después y sentirse tan culpable; espera que sea así, porque si las montañas son viejas pero no olvidan, es posible que desde ahí todo haya ido desarrollándose para mal, en una sucesión de despojos o de falta de suerte, hasta terminar con Jorge muerto como un castigo.

Fernando no va a sacar ese día ninguna otra foto más que esa. Si se hubiera animado a comprarse una cámara antes, y no ahora cuando el matadero funciona casi solo, podría haber encerrado también a Jorge, la espalda, las piernas, las manos con venas gordas, la cara también, porque ahora se le deforman un poco en la memoria como si fuera un dibujo que toma posiciones diferentes según el ánimo, con las cejas curvadas, mostrando una sonrisa amplia, con la piel estirada y los huecos de la mejillas hondos.

Es la primera semana de agosto y los pájaros y los perros y el pasto parecen haberse anticipado: se esconden como pueden de los vientos que llegan.

Graciela levanta la cabeza. Lo que ve es poco. Los relámpagos iluminan a veces los perfiles de la piedra: las marcas que tiene son hondas y ondulantes, arman dibujos que no entiende. La lluvia se vuelve más fuerte. Graciela no va a volver a su casa hasta que se haga de día: quiere ser la primera en ver la piedra al sol, dimensionar su altura y proporciones. La lluvia le cae en la cara, el pecho, las piernas: le lavan la tierra y el polvo. Graciela se acuesta boca arriba sobre la tarima donde acaba de recibir los honores. La corona se le cae a un costado.

Vamos, le dice el intendente apenas empiezan los gritos. No, yo me quedo, contesta.

Graciela, en serio.

No, yo me quedo.

En la explanada ya no hay nadie. Quienes estaban ahí hace un rato deben ahora están subiéndose a sus autos, acelerados e imprecisos como pueden, buscando la llave o dando el contacto, viajando a sus casas para buscar lo mínimo e indispensable y huir, hacia el sur de ser posible porque al norte están las montañas, que siempre estuvieron hechas de algo triste y que ahora parecen reafirmarlo porque son las que reciben el obelisco.

Graciela mira la piedra.

Graciela sale de su habitación. Está transpirada y las piernas todavía le tiemblan. Tiene el pelo del flequillo pegado a la frente y la nuca fría. Camina por el pasillo sacándose un poco el agua del pecho y arrastrando los dedos por las paredes, acaso para que funcionen como un recordatorio de que el mundo en realidad es eso, lo concreto y lo que se toca y ofrece resistencia a otro toque, y no lo que vive sola adentro del cuarto. Graciela ve a su mamá lavar los platos que quedaron del almuerzo: de espaldas con los ruleros puestos, con el delantal puesto, con los hombros que se mueven por el refriegue. El pasillo es largo y Graciela lo cruza despacio, como acomodándolo: el piso abajo, las paredes y los cuadros a los costados, al fondo la puerta que da a la calle, donde ve la silla en la que su papá se sienta a la tarde a hablar con otros vecinos. De su papá ve un brazo y la parte de una pierna. Está hablando con alguien, le dice que el calor es así, que qué miseria. Graciela entra a la cocina. Abre la puerta de la heladera: hay agua fresca y un repollo que se está poniendo viejo. Graciela abre la botella y toma del pico.

No abras la heladera descalza, Graciela. Mil veces te lo dije.

Graciela escucha la voz que le viene de afuera y que es una orden, llega de lejos porque ahora lo único que importa es el agua que la baja a la temperatura del mundo.

Perdón, dice, y guarda la botella en la heladera y la cierra. Su mamá no la mira, está muy concentrada en una sartén de teflón, presionando fuerte con una esponja, pero con cuidado para no picarla.

Graciela quisiera preguntarle a su mamá si ella también conoce los temblores.

Poco después de que se haga de noche empiezan los truenos. Son fuertes y tienen el sonido de la fritura. El cielo del día no había anticipado nada, porque no habían aparecido nubes ni cambios bruscos de temperatura ni los olores de las calas que los vientos arrastran hasta el pueblo cuando vienen cargados de agua.

No se siente la llegada de la tormenta, como si se hubiera formado ahí en el filo alto de la meseta, sin ruidos pero acelerada, ya tormenta total.

Cuando aparecen los monolitos, Mario ya está acostado sobre la balsa con un hueco en la panza. Quisiera moverse y llegar hasta la orilla a pedir ayuda, avisando a todos que es Mario Segovia, que le den una mano, si no es por él que sea por Sonia, a quien todos querían en el pueblo, pero es la tranquilidad que le transmiten las piedras, que no puede ver pero que siente, enormes, escondidas en el cielo negro, lo que le genera una sensación de estar entrando a una casa de hospicio, con olor a pasto mojado y un cansancio que aturde.

Cuando despierte al día siguiente en la balsa va a ser muy tarde para reponerse: se habrá vuelto otra cosa el mundo.

El hermano de Mario, hijo del varón que no es el varón que es su padre, manda una carta.

Disculpame, Marito, dice. No puedo volver, ni siquiera para acompañarla a la vieja ahora. Te amo pero sé que no vas a entender lo que me pasa. Ya no puedo volver más ahí.

Sonia muere de cáncer antes de año nuevo. Se lo descubren cuando ya es demasiado tarde, después de un episodio en el que sin querer deja caer dos platos que llevaba a la mesa. Después de unos controles de rutina tienen que internarla. En los estudios encuentran un tumor en el cerebro del tamaño de una nuez. El asco le crece hasta presionarle las partes del cerebro que afectan la comunicación y el pensamiento lógico, así que hasta el día en el que muere Sonia vive en un mundo sin lenguaje ni orden, con figuras que se desplazan sin norma, que se descomponen y vuelven a reconstruir formando a veces floreros o salas de hospital o caras conocidas y otras que no y así. Antes de dejar de hablar Sonia dice que no está enojada con el final que le toca, que en todo caso entender poco es como volver a ser bebé, o a una forma más primitiva de comprensión de las cosas, donde no va a perder nunca la capacidad de asombro, entonces la vida y los recuerdos se le van a presentar como una película aburrida, pero sin sobresaltos hasta que le toque dormirse.

El problema es el dolor.

Cuando todo empieza a augurar un declive rápido pero calmo comienzan los temblores. Son explosiones que le ponen el cuerpo en un estado eléctrico, entonces los brazos se le empiezan a mover en espasmos cada vez más bruscos, también las piernas y la cabeza que, sobre todo por la noche, se le tuerce violenta hacia los costados como si estuviese intentando

sacarse de encima una mosca. Entonces Sonia se despierta a la madrugada y pide agua a gritos, y Mario corre a la cocina para traer una botella recién sacada de la heladera, pero cuando se la ofrece o intenta agarrarle la cabeza para hacerla tomar y que no chorree, ella lo empuja y vuelve a gritar agua.

No te entiendo, dice Marío, acá tenés agua, y Sonia mueve la cabeza a los lados y dice imbécil.

Agua. Agua, imbécil.

Mario la mira confundido hasta que el olor a meo inunda la habitación y Sonia se esconde temblando detrás de sus manos. Así es la vergüenza. Mario corre las sábanas y la mancha de humedad en el colchón es un círculo gigante.

A esa altura ya no hay nada que hacer más que intentar aliviar los síntomas: cada dos días llega un enfermero a darle a Sonia inyecciones de algo que se siente como una electricidad fría. El enfermero entra a la casa esquivando a los perros y a las hojas secas que se juntan en la puerta y en el living desde los últimos días del otoño, y se sienta al lado de Sonia.

Cómo está hoy, madrecita. Ha temblado mucho hoy, madrecita. Está contracturada, madrecita.

Mario no sabe si son dos o tres los días que lleva tirado en la balsa. Sigue boca arriba mirando el cielo. Se duerme y se despierta y hay sol o noche. Tiene el cuerpo duro pegado a la madera; es la sangre lo que lo pega. La balsa no se mueve, sigue en el centro del agua, como si el río y el viento que lo agita se hubiesen quedado quietos. Es poca la brisa y menos los ruidos: no hay animales ni gente.

Ya es tarde.

Mario tiene uno de los brazos adentro del río, así le queda desde la noche en la que le disparan. Sabe que lo tiene

hinchado y arrugado, lo sabe por el frío que le llega desde la punta de los dedos, que se expande y que ya le toma parte del hombro, también por los peces de abajo que le muerden la palma y la muñeca: no creen que sea comida, saben que es el gigante que hasta hace un tiempo les daba protección de otros predadores, por eso se acercan, para moverlo y saber si sigue siendo promesa de protección o si tienen que volver a cuidarse bajo de las piedras.

Mario le explica a su hermano que Nerón se va a morir en algún momento. Nerón está acostado en la puerta de la casa, los mira levantando las cejas.

Por qué se va a morir, le pregunta su hermano.

Porque sí, porque así son las cosas.

Y las plantas y los animales saben que se van a morir, pregunta su hermano.

Creo que sí.

Y cómo lo
saben. No sé.

Marito, cómo lo saben.

No sé.

El Venado viaja en una cápsula. Lo diseñan durante milenios en la piedra central: lo hacen de carne y de pelos blancos, igual o parecido a ellos. Lo lanzan desde los monolitos detrás de *Mercurio* con la esperanza de que su sola presencia en el nuevo planeta facilite la unión estable de carbono. La cápsula atraviesa el negro del vacío. El Venado duerme, así lo ponen, rodeado de las flores del *viellia* y del *iótar* que llenan todo de olor dulce. Desde las obeliscos lo ven alejarse y volverse un punto. Poco antes de que se acabe el combustible el Venado va a tocar el suelo, de ahí en adelante los sistemas van a fallar y van a volverse obsoletos. Está previsto que así sea. Entonces lo que van a esperar en las piedras son poco más que mensajes diferidos en el tiempo, gritos a veces, o mugidos, contando buenas noticias, o una alarma, o el brote de un tallo, o el fuego irreversible, mensajes cortos pero relevantes que van a atravesar invisibles el espacio.

Lo diseñan casi sin voluntad, le quitan cuando lo diseñan la capacidad de intervenir sobre el mundo, así para que las cosas se desarrollen en el sentido que tienen determinado adentro, por otra escritura u otro Dios. El Venado, así, no va a entender del todo por qué grita cuando grita o por qué muge cuando muge ni por qué esa necesidad de contar lo que atraviesa, cada vez que el dolor o la alegría sea mucha. Tiene dicho que sea un tótem paciente hasta que sea tanto el tiempo que pase que su conciencia se vuelva maleable, tan viejo que no entienda la razón de su viaje, por qué habría de nacer así de solo, sin par que me iguale en duración, va a pensar, ni en velocidad ni en claridad; puede que sea hijo del sol y por tanto padre de todo esto que veo, pero no me animo a tocar las plantas, ni a torcer los cauces del río, ni a armar sendas; por qué camino tan arriba de todo casi sin tocar el suelo, por qué es que duermo tanto. La cápsula toca el suelo. La tierra es húmeda y está repleta de niebla. El Venado sale y pisa el pasto y camina. Abre las fosas y su cara se hace también con el humo. Todo es silencio. Entonces alza la cabeza y llega a ver unas montañas negras que de tan grandes tapan la luna y la luz que refracta.

Puede ser una casa, dice.

Fernando cruza la tranquera, la cierra con el fierro curvo para que no escapen las ovejas que no quieren quedarse quietas, siempre iguales cuando llega el invierno y buscan el camino que lleva hasta el río. El sendero es chico y no entra más de una persona: el pajonal crece fuerte y se interpone, hace raíces muy al fondo, entonces cruzarlo es avanzar sobre sus tallos, por encima de ellos, pero también a través, en un roce constante. Fernando cierra los ojos y camina: piensa que son manos, dedos de gente que no conoce y que lo acarician cuando pasa, o le apoyan ramos de flores porque lo aman o lo respetan por volver victoriado o ilustre, como si fuera un emperador o un rey o un mendigo redimido.

Es una animación. No quiero más, dice Fernando. Después del sendero, abajo, se abre la planicie. Entonces

Fernando aparece al lado de la ruta. El pavimento está roto, tiene surcos grandes donde el agua se estanca, que rompe las ruedas de los carros a caballos que todavía quedan y los ejes de los autos viejos. La ciudad se ve desde arriba: hay chapas y madera y casas que se construyen desordenadas sobre el centro dominado por la iglesia.

Fernando empieza el camino abajo. Le llegan los vapores del pan.

La clase de catequesis se hace los lunes por la mañana. Es la primera que se da en todos los cursos, así lo tienen dispuesto para que no haya ni cansancio ni distracciones. El profesor de catequesis es alto y tiene bigotes: usa el pelo engominado para atrás y trajes siempre de colores oscuros. El profesor les pide a todos que saquen la Biblia, les dice que hay un fragmento que quiere que lean juntos. Fernando abre la Biblia, cada treinta o cuarenta páginas hay dibujos, algunos parecen hechos a lápiz, como si fueran borradores, y otros son cuadros, algunos de pintores famosos y otros no tanto, pero que tienen lugar igual en las hojas de la Biblia porque se dedicaron a pintar los motivos del padre y del hijo y del espíritu.

El fragmento que quiero que leamos está en el libro de Job, dice.

El profesor imposta la voz: el cuello se le hace ancho y la voz le empieza a salir como desde la parte baja del vientre.

Es la página seiscientos doce, dice.

Después lee:

> He aquí ahora Behemot, el cual hice como a ti; hierba come como buey. He aquí ahora que su fuerza está en sus lomos, y su vigor en los músculos de su vientre. Su cola mueve como un cedro, y los nervios de sus muslos están entretejidos. Sus huesos son fuertes como bronce, y sus miembros como barras de hierro. Él es el principio de los caminos de Dios; el que lo hizo, puede hacer que su espada a él se acerque. Ciertamente los montes producen hierba para él; y toda bestia del campo retoza allá. Se echará debajo de las sombras, en lo oculto de las cañas y de los lugares húmedos. Los árboles sombríos lo cubren con su sombra; los sauces del arroyo lo rodean. He aquí, sale de madre el río, pero él no se inmuta; tranquilo está, aunque todo un Jordán se estrelle contra su boca. ¿Lo tomará alguno cuando esté vigilante, y

horadará su nariz?

Fernando escucha al profesor. Intenta seguir la lectura, pero siente que la entiende mejor si solo escucha. La voz del profesor inunda la sala, es amplia y grave y retumba suave en el pecho. Fernando hace garabatos sobre el margen de la hoja, a veces se corre y llega a tocar las palabras que son las de Dios o las que Dios le dictó a algunos de los suyos. No siente culpa por más que las cruce con lapicera negra: es su Biblia, y puede hacer con ella lo que quiera, más aún sabiendo que hay tantas en el mundo, incluso en su casa. Entonces sigue: primero son garabatos y después aparece una forma, la de un hipopótamo, Behemot, enorme, encima de un pueblo, dándole a todos el calor que tiene en el vientre. La ciudad es oscura y no tiene luz: ya no necesitan del sol.

Fernando está mirándose en el espejo cuando su mamá lo lla- ma para la cena. Es invierno y no debería estar desnudo, mi- rándose los músculos o siguiéndolos con los dedos en el cristal. Ahora tiene los pezones duros y los pelos de la nuca erizados. Fernando se viste de vuelta, primero la remera y después el pu- lóver. Todavía tiene en la ropa el olor al pasto de la lomada que sube apenas termina el pueblo: ahí estuvo un rato antes de vol- ver a su casa para ver salir la luna y las primeras estrellas. Des- pués abre la puerta de su habitación. El pasillo está a oscuras. Fernando gira y se mira de vuelta en el espejo, ahora vestido. El velador que tiene sobre el escritorio es lo único que ilumina: Fernando entiende entonces que cuando hay sombras el espejo le devuelve una imagen más adulta, más adulta porque aparece una duda, porque ahí donde no llega la luz podría haber barba o músculos marcados o piernas fuertes. En el escritorio está abierta la Biblia. Ya no es el libro de Job, es otro, uno donde hay

una ballena que lleva a un hombre por el mar.

Fernando baja las escaleras. Al final está su papá, que fuma un cigarrillo con los ojos cerrados. Entonces se miran y su papá le sonríe un poco.

Piojo, le dice.

La mesa está lista. Los platos hacen humo con formas raras que suben y mojan las maderas del techo.

Fernando entra al tinglado. El olor a sangre le pega como una ventolera apenas cruza el portón. A la derecha están los piletones donde se amontonan los cuerpos muertos de los chanchos y los novillos. Tienen una nube de moscas encima. A la izquierda están las mesas y tablas. Se amontonan ahí diez o quince personas nuevas: se les nota en la cara que están en el taller porque no hay nada mejor, ni en ese pueblo ni en ningún lado. De un tiempo a esa parte Fernando viene queriendo cambiar el personal. La Gacela está viejo: los brazos se le volvieron de piedra y ya no aguanta las once horas parado. Lo mismo pasa con Ratón, Eugenio y Román. Y ahora que él, Fernando, manda, quiere que las cosas se hagan rápido y bien. Fernando se acerca a una de las mesas. Ahí uno de los indios nuevos está echando a perder el cuero de una cría.

Pero no ves que me estás rajando todo el cuero, le dice. El peón lo mira, el grito parece sacarlo del sueño.

Imbécil. Treinta veces te explicó la Gacela que el corte es así, dice, moviendo la mano de costado y paralela al suelo. Quién mierda me manda a mí a llamar a estos negros pata sucia.

El peón se queda quieto en su lugar.

Tu puta madre, dice. Puto de mierda.

Qué dijiste.

Que sos un chupa pijas y que a mí ningún puto culo roto

me grita así.

Entonces Fernando agarra uno de los cuchillos que quedan en la mesa, oxidado y con poco filo y que, de llegar a destino –que espera que sea la parte baja del abdomen porque ahí la caída del brazo es cómoda por el metro y medio que mide el indio–, va a enterrarse lento, abriendo las capas de piel más por cansancio tirante que otra cosa, como entrando en la arena. Cuando Fernando está en el aire la Gacela lo agarra del cogote y caen los dos juntos al suelo.

Qué hace, patrón. Qué hace, dice la Gacela.

El indio mira la secuencia y se ríe, y mientras se ríe saca para afuera la verga, corta y peluda pero gruesa como todo indio, y empieza a mear encima del chancho.

Tieso puto, dice, mientras mueve el pito para encargarse de que el meo tape todo el cuero; entonces la sangre se lava lento y afloja y empieza a gotear más aguada por la mesa de mosaicos blancos.

Fernando se sigue moviendo en el suelo: quiere matar al indio de mierda ese que le está faltando el respeto en frente de sus empleados, porque ser puto es cosa seria pero peor es que se sepa, pero también porque entiende justo ahí que cuando la Gacela lo agarra en el aire es cuando el ya se convirtió en su papá, de una vez y para siempre, en todo ese manejo de explosión radiante. Fernando se deja de mover: la Gacela lo duplica en tamaño y, a pesar de estar viejo, lo triplica en fuerza, entonces no hay caso. La tierra del suelo se le pega a la cara y a la boca abierta, ahora es barro, también a las ropas blancas que son el pantalón y la camisa. Fernando suelta: deja que el cuerpo sienta el contacto con el suelo y con los brazos de la Gacela, todavía cruzados en su pecho. El indio sale del tinglado. Cuando el sol le pega en la cara levanta la cabeza. Mira el cielo. Después se saca la remera y empieza a caminar. Fernando lo ve volverse cada vez más

chiquito. Un indio minúsculo en la línea del campo.

Nos vamos a cualquier lado, dice Jorge. Podés vender todo lo de tu viejo y nos compramos una casa lejos.

Fernando mira el suelo: la tierra está húmeda y todavía tiene la marca de su espalda de hace un rato cuando recibía encima a Jorge.

O de última ponés a alguien de confianza y que nos manden un poco todos los meses.

Es que yo no puedo así, Jorge. Hace cinco años que te vas por meses y después volvés, y volvés diferente y no entiendo, y cuando volvés estamos todo el día juntos y así.

Y qué querés que haga acá. No puedo hacer nada.

Las montañas están adelante. El sol de la mañana les pega en las laderas: es un imperio amarillo.

Ahora que estoy a cargo de los campos te puedo dar trabajo, dice Fernando.

Pero qué mierda vamos a hacer acá. Está muerto esto, y vos lo odiás.

Sí, pero no me puedo ir, están mi mamá y mi papá.

Pero en unos años se jubilan y les ponés a alguien que los cuide, o la quedan y chau.

Jorge lo agarra de la nuca a Fernando y lo pone sobre su pecho.

Está muerto esto, Fer.

Fernando le mira las manos. Las tiene muy cerca de la cara. Las yemas de Jorge son negras, huellas mínimas y circulares; quisiera taparlas con tierra o con algo que pueda amoldarse a ese espacio minúsculo, sin salirse ni con agua ni rasqueteos, porque ahí en el pueblo son nada, pero afuera esas huellas son una marca negra. Fernando se mete un

dedo de Jorge adentro de la boca, lo chupa lento y succiona. Jorge empuja un poco más adentro y llega a la parte caliente del fondo.

Don Cárcano está en la mecedora. El mundo para él ya es una bruma. Siente su propio olor a humedad. Fernando está cerca de él.

No elegimos lo que somos, le dice a Fernando.

Fernando no entiende, pero llora igual.

Soñé con un venado, dice su papá. Era blanco y man- so. Tenía dos flechas clavadas en el lomo hechas piedra. Me mostraba el emplumado, también de piedra, que era de alja- ba y calamita.

Los obeliscos flotan. La Tierra reconoce que es la misma cosa que los monolitos pero en otra composición y ordenamiento del carbono, o reconoce haber sido monolito antes en otro espacio del afuera, movida igual por una fuerza suprema y subsónica, incluso antes de la explosión que crea la materia y todos los destinos y que crea la luz que sale eyectada por la fuerza del fuego y la gravedad y emprende un viaje infinito y solitario hasta los bordes del espacio; viaje infinito y solitario y frío, tanto que la luz se convierte en piedra. Si no fuesen así de idénticas, la tierra explotaría: no podría soportar el peso ni la fuerza de algo que le es tan desemejante; se aflojaría y obligaría a sus partes a que desistan de la sujeción, entonces se disolvería y volvería polvo, hasta quedar solo el núcleo, bola de fuego, con siete piedras negras a su alrededor, formando una corona perlada, o una guardia imperial.

Algunos animales se acercan, por curiosidad o por respuesta a una invitación que sienten solamente ellos, entonces los que vuelan a veces se cuelgan de los rebordes de las piedras y

picotean las paredes negras como si se tratase de un árbol, y los que no, se quedan abajo y llevan también a sus crías, y siguen ahí porque las piedras le dan sombra o porque hay un mensaje que no entienden del todo pero que les llega de cualquier manera. A veces los animales desaparecen, las piedras se vuelven de gelatina y los chupa, y ellos no ofrecen resistencia sino que aceptan el rapto, perdiéndose despacio en los obeliscos; y cuando lo hacen nadie los llora, ni los cachorros cuando se trata de la madre ni viceversa. Antes de desaparecer, se despiden en lenguaje animal. Y después de eso la piedra vuelve a ser piedra negra y ya no goma ni forma elástica.

Son pocos los que piensan que se trata de otra forma de vida inteligente, con otro lenguaje y otras armas, con los corazones rotos o mal puestos o directamente sin corazón y solo con cerebros enormes y velocísimos, más rápidos que nada, que sus naves incluso, y con deseo de imperio. Entonces por eso imaginan el mundo muerto con los cráteres que hicieron las bombas y los rayos y los edificios al caerse o verse tumbados y el cielo arriba celeste, casi blanco, que no se condice en nada con lo de abajo, todo hambre, con palos con las tiras de cuero coronadas con púas que escarban la carne hasta el blanco de los huesos.

Podrían ser las piedras la atracción antitética que disuelve las partículas, partículas que entonces empiezan a repelerse y separarse porque ya no están en estados opuestos, y que justo después empiezan a sentir también el dolor de no estar ligadas, lo que las obliga a esperar de vuelta la fuerza del clinamen que pueda ponerlas juntas; podrían ser un un hueco negro por el que se ven imágenes de otros mundos más hostiles, con ríos también oscuros, con tierras negras

sin nada o con todo muerto; o el fin repentino: apagón último primero total.

Entonces en algunas partes del mundo hay gente que se les acerca y les hace ofrendas, al principio de cosas que no tienen valor y más tarde y por la falta de respuestas cosas más críticas, como pelos y cuero. No hay cerro ni mar que les haga par ni pueda opacarlas, ni acercarse a ellas ni en diseño ni en detalle. No creen que sea el Dios, de mostraciones mínimas y sutiles, sino otra cosa más definitiva.

No hay árbol, durmiente o edificio que sostenga el peso.

A veces emiten un sonido grave y constante, como si fuera un ronroneo o un motor, y la gente, que se acerca a ver qué son esos monolitos y a esperar a que alguien o algo o el fin del mundo o la redención total salga, se queda dormida, porque el ruido es suave y es un invite a cerrar los ojos. Y después, cuando se levantan, está todo igual, a veces con el mismo sonido poblando la tierra, o a veces nada, todo en silencio, pero con los monolitos que de tan grandes tapan el sol y que no se mueven y están quietos, como si fueran magia dura. Los monolitos aparecen en diferentes partes de la Tierra: tienen una base esférica de casi veinte hectáreas y después se alzan por varios kilómetros; apuñalan la niebla y las nubes, y terminan en punta, finísima y recta. El aire alrededor de los pilares se vuelve más fresco, como si tuvieran consigo un campo de fuerza, tanto que cuando llueve las gotas parecen evitarlas, también cuando se nubla o hay tormenta y las nubes arman un círculo sin acercarse, como si la naturaleza no se atreviera a darles molestias, como si reconociera en ellas lo absoluto.

Nerón se apaga de a poco. Primero deja de jugar con los gatos que aparecen, con las mariposas y las ramas sueltas; después empieza a pasar más tiempo en la sábana que usa como cama. Deja de comer hasta volverse flaco. Mario se le acuesta a veces al lado, le acerca la boca al hocico, le da besos.

Viejito mío, le dice. Viejito.

Nerón atraviesa sus últimos días con los ojos casi siempre cerrados. Escucha a Mario que le habla, lo siente cerca acariciándole la cabeza, dándole pedacitos de galletas o de pollo. Siente también a Sonia, el timbre de su voz, el ruido que hace con las cacerolas y los cubiertos. Nerón piensa en la mamá de Mario, que es también de algún modo su mamá, porque es la única persona que recuerda ya adulta cuando él mismo empieza a recordar cosas, y que no la ve hace demasiado tiempo, que antes de dejarla de ver también ella se había vuelto flaca y casi sin deseos de comer ni de moverse como le pasa a él ahora; también hace mucho que no ve a su hermano menor, que siempre que aparece de vuelta, en momentos cada vez más espaciados, aparece diferente, o más alto o más serio o menos divertido.

Nerón siente que el olor dulce de la piel de Mario es el único olor que vale la pena, que sin Mario cerca el mundo es agrio.

Mario sube la lomada que lo lleva hasta su casa. Carga sobre los hombros el bolsón que armó la municipalidad para las familias más pobres, acaso para que las fiestas no sean sólo un espectáculo de fuegos artificiales sino también vacaciones cortas de tener que pelear contra el hambre. Mario ya no puede buscar trabajo: desde la muerte de Sonia el cuerpo se le vuelve un enemigo; las manos de Mario ya no cierran tan fuerte como antes, la espalda ahora flaca, con colgajos de piel de un lado y del otro, con los músculos volviéndose láminas finas, con las piernas también flacas donde aparecen cada tanto bolitas que parecen ser de grasa, que tardan poco en desaparecer pero que cuando están hacen la marcha dolorosa.

Ahora que Sonia no está más, es él quien se tiene que hacer cargo de organizar la comida: el orden sigue siendo el mismo, el café y la yerba y el mate cocido en la alacena encima de la garrafa, y en la alacena de encima del lavamanos los fideos, y el arroz, y las arvejas y las lentejas enlatadas. A veces la comida se le acumula: es la vejez o el cansancio lo que le quita el hambre a pesar de que su cuerpo siga siendo enorme. Todo el cuerpo de Mario está en un equilibrio frágil que no requiere mucho más que un poco de pan por día –ni siquiera de los peces de la pesca, que ahora saca más por deporte que cualquier otra cosa–, pan que casi no toca y que al tiempo empieza a juntar hongos en la canasta hasta que el olor se vuelve molesto.

Mario hunde la pala en el suelo. La empuja con el pie en el soporte y la hunde: la tierra se abre, marrón y húmeda. Mario

jadea y empuja de vuelta, corta raíces y las saca, saca también piedras y pedazos viejos de papel y plástico. Se hace de noche cuando termina de hacer el pozo. Mario entonces entra a la casa y levanta a Nerón, ya dormido para siempre pero todavía blando, sin que se haya vuelto duro. Sonia no interviene, acompaña en silencio a Mario, que se tropieza con Nerón encima, que pierde un poco el equilibrio pero que después lo recupera; está callada porque sabe que Nerón es lo último que le queda a Mario de su familia, al menos de su familia vieja. Mario sale por la puerta. La noche está fresca y sin nubes. La luz de la galería ilumina parte del pozo, ilumina también el sendero que baja hasta la ciudad, y a Mario, su espalda, ahora arqueada sobre el pozo, dejando adentro a Nerón. Mario se pone de rodillas y empuja la tierra con las dos manos: tapa primero las patas traseras, la cola, después la panza y el pecho. Mario piensa en su hermano menor, que hace años que ya no aparece: no tiene cómo avisarle que Nerón acaba de morir. La cara de Nerón empieza a perderse debajo de la tierra. Entonces Mario se levanta y pisa; pisa varias veces como si estuviera bailando encima y después se arrodilla.

Sonia lo mira desde la puerta. Piensa que hasta dónde le puede llegar la ternura a los elefantes.

Mario hace el mate y sale de la casa y se sienta en la reposera. Desde arriba pueden verse los reflejos de los petardos de colores que los chicos tiran en la plaza del centro. Es Nochebuena y cuando llegue la hora de la cena las calles van a vaciarse. No van a escucharse autos ni gritos ni ladridos. Recién a las doce la gente va a volver a salir. Mario se va a imaginar los cuerpos transpirados dándose abrazos. Los fuegos artificiales van a iluminar el cielo en explosiones de

colores y van a parecer estrellas más cerca. Mario espera que se hagan las doce. La casa detrás suyo está en silencio, ya no suena la radio ni Sonia silbando o acomodando las ollas, ni la respiración honda de Nerón, que a veces se parecía a un rugido. Mario adivina las casas por sus techos, oscuro como está por lo débil de la luz de los alumbrados. Pone las caras de los vecinos encima de las casas, y se imagina que adentro comen y charlan y cantan, ellos allá y él tan de este lado. Puede que su hermano menor, hijo del varón que no es el varón que es su padre, se acuerde, no bien empezados los brindis y los fuegos artificiales, de dónde nació, de quién fue su mamá, del río que cruza las montañas, de la capilla abandonada; puede también que Graciela ya no llore a Jorge, que lo tenga menos como un recuerdo que como una promesa, o un futuro en el paraíso. Mario deja enfriar el mate, se olvida que lo tiene en la mano, ya lavado, con los palos flotando cerca del borde; igual, tranquilo, mira los techos y la punta de los árboles, indiferente al dolor posible en las piernas, en el cuello, a la falta de plata, porque sabe que sobre el marco de la puerta tiene la cruz de bronce, oxidada pero dura y con Cristo todavía discernible, que sabe que funciona como un domo que lo repele todo. Si el domo se rompe podría empeñar la cruz, sea para tener un resto en caso de que algo en su cuerpo se parta, que crezcan las bolitas en las piernas o que los pulmones ya no se expandan tanto, sea para dejarle a Graciela un regalo anónimo en la puerta, un manojo de flores, alguna forma de perdón implícito, un libro; de otra forma no, guardar la cruz, atravesar rápido los últimos días: sin nadie a quien sostener ni nadie que lo sostenga.

Es la noche en la que cayeron las piedras.

Graciela camina descalza al lado de la ruta. Va sin las alpargatas por los callos en el talón y las llagas que le hicieron las horas de baile en la parte más alta de los juanetes. La lluvia ya hizo barro la tierra, pero no importa, se dice, porque cuando llegue a su casa va a poder bañarse. Los autos la cruzan en la ruta. Ya no frenan ni le tocan bocina, cruzan rápido con los techos llenos de cosas, con colchones y ropas y sábanas colgando. Viajan rápido lejos de la piedra. Esperan no colmar otras ciudades, que incluso en esa forma de retirada todavía queden espacios habitables donde volver a formar casa, sabiendo que si el monolito se expande o crece entonces ya no va a haber más lugares, y que correr es nada o casi nada porque si así es el fin, de gigante o completo, entonces así de igual va a ser para todos. No saben tampoco que son siete los obeliscos que caen y no lo van a saber hasta que se haga de día, tampoco van a querer creerlo cuando lo escuchen por las radios y la televisión, porque entonces van a pensar que el mundo está rodeado, y entonces va a ser más fácil para cualquiera figurarse que alguna de las piedras, en alguna parte del continente, ha empezado a vomitar fuego o gas amarillo y tóxico, y ahí sí todo se volvería una mera

cuestión de tiempo. Graciela llega a su casa cuando está saliendo el sol. En la mesita de las llaves hay una foto de Jorge con un besugo recién sacado del agua.

Quisiera en serio que estés acá y que veas esto que está pasando y que veo ahora, dice.

Al lado está la estatua de la virgen. No podría hacer nada incluso si quisiera, ahora que sí se ha mostrado la fuerza del otro lado del espacio.

Graciela va a bañarse y a dormir hasta después del mediodía, si puede todavía más a pesar de que ya está acostumbrada por la escuela a levantarse temprano y sin despertador. Ya no importa. Va a dormir hasta después del mediodía y prender la radio o la televisión para ver qué con la piedra del cielo. Va a suprimir durmiendo el tiempo que le lleve a los periodistas de las capitales acercarse al pueblo y averiguar de qué se trata eso que acaba de llegar, y va a dormir también porque sería ingenuo pensar que esa piedra no podría ser también la parte previa del desastre: así, durmiendo, podría ahorrarse todos los lamentos, incluso los del humo que pueden acercarse desde la piedra, barriéndolo todo y de una vez para siempre como si fuera una bomba que suprime todo lo que toca.

Graciela acaba de cumplir seis y pierde una de las paletas de leche. Su sonrisa ahora es un hueco desparejo. El huerto de su casa está seco. Graciela se le arrodilla encima para ver de cerca la tierra agrietada. No se asoma nada entre los espacios partidos: no hay ni hoja ni raíz por chica que sea. Graciela escarba en la tierra: puede sacar la parte seca, porque humedecerla ya no sirve de nada; sacarla y llegar hasta la porción donde la tierra se hace oscura y esponjosa.

Ahí sí podrían crecer cosas, y si crecen un poco podría ayudar a su papá, que se ve que el trabajo le cuesta porque cada día está más viejo y encorvado, y otro poco para que la casa tenga colores, otros al menos, y no sea todo el amarillo del suelo y las montañas de fondo, que pareciera que no dan descanso y crecen todos los días unos centímetros. Graciela excava veinte o treinta centímetros, es fácil porque la tierra está seca y como unida en bloques; después de eso se le hace imposible: ahí abajo está todo apisonado, ni el agua va a filtrarse. Graciela gira la cabeza; su papá está en la puerta de la casa, sentado en la reposera, mirándola.

No hay agua, pa, dice Graciela. No, no hay.

Y entonces, pregunta Graciela.

Su papá tuerce la cabeza y mira para abajo. Con una mano se toca la nuca.

Entonces nada, dice.

Hápax de piedra: vez única.

Es en el pueblo y también en otras partes de la Tierra que empiezan las lluvias.

A veces caen con bolitas azules que parecen nieve. No lastiman ni infectan. Todas las cosechas empiezan a crecer más rápido: quince o veinte o más milímetros en un día, también las flores y los arbustos, incluso los estacionales, como revirtiendo su composición. No tienen freno, y no se les ocultan a los hombres: tenían guardada esa forma de desarrollo y la muestran ahora y no antes a pesar del hambre que había, como anticipándose al nuevo giro de vida que va a bajar de las piedras.

Las plantas rompen el cemento. Lo parten al medio en grietas y fisuras: toman los edificios y ahora los gobiernan, quedan tapados abajo del verde como tendría que haber sido siempre, del verde y del amarillo y del rojo y de otros colores que nadie sospechaba que estaban escondidos.

Nadie se enoja: en el fondo lo entienden todos.

Así de tácito es también el acuerdo de muchos, que dejan de comer y bañarse: sacan las reposeras a las terrazas a esperar a que las puertas se abran. El mar también empieza a moverse diferente: ya nadie se embarca porque cambian las mareas y los vientos. Entonces sobre la superficie aparecen otros animales, casi todos ciegos y poco acostumbrados a la luz: salen del fondo y del sueño eterno en el que estaban a ver si es cierto que ha llegado del cielo una estrella, la otra configuración de la luz; y es cierto, de verdad que es cierto y ya no quieren volver al fondo, por cuanto cegador que sea el sol y por más salvajes que sean ahí arriba los depredadores: quieren esperar ahí a que termine todo, para verlo o sentirlo de cerca sin el amortiguamiento que ofrece el agua, así hasta que los mares se hiervan o el tiempo les produzca mutaciones que los hagan adaptarse al aire o lo que sea que llegue primero.

No es el fin, pero no lo entienden.

Podrían verse favorecidos los pueblos menores si las piedras se tratasen de un rasero, piensan. Un recomienzo más justo que reparta el oro o las tierras, o vuelva de todos la cosecha y las aguas; podrían ser de ayuda si revelasen rápido las intenciones que tienen, y no fuera su presencia una pausa así de grande. Por qué llegaron ahora y no antes, si fue porque todo pertenece a un diagrama duro y para nada flexible, o porque fue así y en esos tiempos en que ellos, las piedras o lo que llevan dentro, desarrollaron otras formas de combustible o tecnología suficiente para superar la luz y su velocidad.

Escuchame, dice Jorge. Sabés cuántos años tiene el frío, pregunta.

Qué.

Que cuántos años tiene el frío.

No. No entiendo, dice Fernando.

Fue lo primero, entendés, dice Jorge. Lo primero que sintió nuestra especie es el frío, lo primero que sienten los bebés también. Me lo contó mi vieja. De no ser por el frío no hubiéramos buscado refugio, ni buscado el fuego, y sin el fuego no tendríamos la comida, y sin la comida no hubieran nacido los soldados que después terminaron haciendo imperios y esas cosas. No tendríamos carretas ni collares ni ropa ni cuchillos. Nada.

Poco después, cuando Fernando sale del tinglado, la tarde está cayendo. Para llegar a la ruta tiene que atravesar la estancia y cruzar la casa de sus papás, que a pesar de la guita que tienen sigue siendo poco más que una choza. Lo hacen a propósito, por la envidia de todos los que viven cerca. Así también con las pulseras que usan: cintas rojas.

Fernando va a ir a acostarse al río. No va a cruzar la estancia porque no quiere que lo vea su papá, que debe estar,

como ya hace un tiempo, desplomado sobre la mecedora, con su mamá al lado limpiándole los hilos de baba que le brotan de la boca. Tampoco va a cruzar por el pueblo, que para entonces debe estar lleno de gente intentando comprar cosas para el día de la madre. Va a ir al río, ahí hasta que se duerma y que se haga de mañana, o hasta que despierte pensando que sueña, y vea que se le acerca un hombre con las ropas rotas y la barba crecida; y el hombre le diga hijo, qué hacés, y Fernando responda *eloi, eloi, lama sabacǐani*, que es lo único que se acuerda de cuando iba a la iglesia, y el hombre tome la forma de un hurón y antes de prenderse fuego y dejar su carne tierna le diga comé de mi carne, que no es mucha pero es buena, antes de que sea tarde, porque no vas a hacer cemento ni vas a dar hijos ni gloria.

Graciela dice que antes de que los continentes tomasen la disposición que tienen ahora, toda la tierra era una única cosa. Esta es la hipótesis que explica que se hayan encontrado animales idénticos en territorios ahora separados por kilómetros y kilómetros de mar, dice. Piensen en la cantidad de tiempo que tiene que haber pasado para que tal cosa suceda: imaginen que estamos adentro de una cápsula que flota, mágica, que ahí adentro somos inmortales y que vemos como en una película todo lo que pasa en la tierra. Es tantísimo el tiempo, no se imaginan. Es tanto que es difícil incluso pensarlo o ponerle un número. Si estuviéramos ahí viéndolo todo en cámara rápida podríamos distinguir el movimiento, lento pero progresivo, que hace que la única porción de continente estable vaya alejándose de sí misma un poco todos los días. También veríamos miles de millones de especies animales o de plantas que durante ese lapso aparecen y se desarrollan y que después, por cansancio o por incapacidad de adaptación, dejan de existir. Se imaginan, pregunta, la cantidad enorme de tiempo que tiene que pasar para que una especie entera se canse de las maravillas de la lluvia, de la comida y las plantas y decida suprimirse del mundo para siempre. Decía que

nuestro planeta es viejísimo; que la tierra antes estaba toda amontonada y que con el tiempo se fue separando. Incluso hasta el día de hoy la tierra se sigue moviendo: se mueven los edificios, los campos, los glaciares. Se mueven tan lento pero de forma tan constante que eventualmente todas las porciones van a volver a juntarse.

Fernando hace unos garabatos en el cuaderno: son bo- litas unidas por líneas curvas. Al centro del dibujo Fernando hace una bola más grande, es el sol, el motivo de la gravedad y de que todo sea así tal cual como es. Tal vez es el sol lo que provoca o genera la lentitud, es el sol el que sabiendo que eventualmente va a explotar, cuando ya no pueda resistir más la fuerza de presión que le da vida y que es su propio cuerpo, el que posterga la expulsión y se vuelve tardo, y así con todos los planetas y cosas que lo rodean. Fernando en- tonces dibuja otro círculo. Esta vez repleto de negro y que se interpone entre el sol y la tierra: una parte en sombra.

Jorge todavía es adolescente. No tiene pelos en los brazos ni en el pecho. Está por cumplir once y Graciela le pasa crema repe- lente para mosquitos. Cuando termina Graciela le besa la frente.

Antes de las doce tenés que estar dormido, si no vas a estar cansado para el colegio mañana.

Jorge la mira y frunce la frente.

Te prometo que mañana vamos a la costanera y festeja- mos como se debe, y el finde invitás a los chicos a casa.

Pero quiero estar despierto a las doce, dice Jorge.

Para qué, si es lo mismo, dice Graciela. No es que vas a crecer de la nada un par de centímetros.

Pero capaz que sí, dice Jorge.

O sea que te vas a quedar parado frente al espejo hasta las doce para ver cómo de repente pegás un estirón, pregunta Graciela.

Y qué sabés, dice Jorge.

Cuando Julio Argentino Roca empezó su campaña, dice Graciela, los indios se replegaron hacia el sur. Para hacer la guerra, los aborígenes cortaron las relaciones pequeñas de comercio que tenían con las ciudades de españoles y criollos. Así siguieron un tiempo largo, sin que se mezclaran

sus descendientes, capaz que con la intención de preservar cierta información de la sangre o tal vez por cuestión puramente religiosa, que en la práctica terminaba teniendo el mismo resultado. Se metían en los bosques, creaban chozas circulares sin orden necesario, con una carpa hacia el centro por lo general de color amarillo, tintura que sacaban de la chicoria que es una planta muy bonita. Con una carpa en el centro, les decía. Carpa en el centro donde descansaba el cacique, que era uno de los hombres más viejos de la tribu. Se dice que los huarpes no querían dar pelea, que ese ataque que hacían los hombres blancos ya estaba dicho en sus costumbres y en los pocos textos religiosos que tenían, que no necesitaban formarse en el arco ni en la honda porque iba a llegar la marejada, así le decimos ahora, toda el agua del mar a barrerlos a todos, y ellos estaban de acuerdo con ese destino, con esa idea del fin del mundo, y que iba a pasar cuando los dioses estuviesen ya enojados con el trato que se daban los hombres entre ellos.

Las flores del huerto están secas, no por falta de riego, es el invierno así de duro y las quema. Graciela mira por la ventana. Queda poca gente en la calle porque ya es de noche. Las luces de la calle brillan despacio y hacen todo naranja: podría ser una postal. Graciela corre las cortinas y se sienta en el sillón, mira desde ahí la foto de Jorge en la cómoda. Ahí Jorge tiene veintisiete años, todavía faltan un par para que lo maten: está trepado a un árbol.

Mirá que si me caigo me llevás vos al hospital, dice. Quién te manda a querer moras, mamá, si total están verdes todavía.

Graciela está del otro lado de la cámara.

A ver, mirá para acá.

Mario ya no se mueve. Todo el mundo le queda reducido a ese espacio de madera que ahora es lo que lo protege del agua. Sería lo mismo si se hundiese: siente que podría respirar ahí abajo, y quedarse quieto viendo la luz filtrarse a través del río y el obelisco desdibujado, que ya no entiende si está ahí o si es su cabeza la que le hace verlo, como una especie de falla en los ojos que le produce la imagen de una torre negra surcada con gubias y círculos que llega hasta donde le llega la vista, o sea hasta muy arriba, y que de a momentos parece recta y finísima como si fuera una línea negra y prolija, y que a veces parece curvarse hacia adelante, apenas, hacia él. Mario ve que las nubes que se acercan a veces se frenan antes de tocar la piedra y a veces la tocan y cuando la tocan toman otros colores, fosforescentes por lo general; a veces también desaparecen, la piedra las succiona, lo mismo con los pájaros, que después de posarse sobre las piedras se vuelven negros y parte del obelisco.

El hermano de Mario se despierta. La luz entra de a poco a la habitación porque todavía el sol no se puso muy alto. Mario ronca en el colchón del suelo con una mano apoyada en el pecho. El hermano de Mario mira a Mario.

Marito, estás despierto, pregunta.

Una hormiga se trepa en la mano que Mario tiene apoyada en el suelo de tierra. La hormiga va a cruzar el brazo y va a llegar hasta el hombro: va a sentir que está sobre un terreno dulce, pero sin nada que agarrar; tal vez yendo más hacia el fondo, escarbando o algo. El hermano de Mario mira a la hormiga: es roja y chiquita.

Ey, Marito, dice. Estás despierto.

El espacio entre Sonia y Mario se vuelve un abismo. Ya no se hablan, un poco porque están cansados el uno del otro y otro poco porque es imposible. A veces cuando el enfermero le hace las curaciones y le da las inyecciones Sonia empieza a temblar. Afuera a veces es de noche o a veces el sol es una bola de fuego que aplasta los pastos. Entonces Mario entra a la habitación y Sonia está con todo el cuerpo en movimiento. Parece que baila. Encima tiene al enfermero, que la sostiene de los hombros y le dice que es un ataque corto, que en menos de cinco minutos ya va a entrar de vuelta en el reposo.

Tranquila, madrecita, le dice.

La imagen es graciosa hasta que Mario cruza la mirada con Sonia, entonces ahí se hace todo claro, por los años comparti- dos o por la cercanía que tienen, o porque ya se acostumbraron entrada la vejez y la menopausia a comunicarse casi sin pala- bras y en otras maneras de ceremonia, entonces Mario ve algo así como una Sonia detrás de la Sonia que tiembla, y esa Sonia que está atrás está callada, con los ojos casi quietos, esperando

que en la pared o en el espejo o en el vidrio del televisor se abra una grieta por donde ella pueda meterse, para después encontrarse acostada en una ribera, con los pastos frescos y crecidos, con el ruido del río, bien lejos de la casa horrible en la que viven para que al menos su muerte sea grata. Después de que el enfermero se va Mario cierra las cortinas y apaga las luces, sube el volumen del televisor o la radio y voltea a Sonia para que quede de espaldas al techo. Entonces él se trepa en ella y empieza a masturbarse. A veces acaba rápido, con el pito todavía flácido, cuatro o cinco gotas o un hilo claro, como si el cuerpo le dijera que ya ahí no hay nada hace mucho. Las veces que consigue que la verga se le ponga dura Mario entra en Sonia con la fuerza de un toro. Entonces la embiste, le tira de los pelos y la escupe. Le mete los dedos en la boca y la atraganta, porque está bien, piensa Mario, que Sonia pueda disfrutar así los días que le quedan, con un placer que es solo del cuerpo y nada más, pero también porque está bien querer castigarla, hacerla sentir a ella misma culpable de la casa que tienen, de su pobreza, culpable a ella misma de ese enojo inexplicable que le crece detrás de los ojos y que va a seguir ganando en tamaño hasta colmarlo todo, o culpable de ese cuerpo que tiene o que le tocó, que ya no le responde y que ya no es santuario, que es a la vez una cárcel pero también un cuerpo cavernoso, húmedo y poco lubricado que Mario usa para descargar la furia a empujones.

Sonia grita de placer o dolor.

Afuera a veces es de noche, a veces es un sol como una bola de fuego que aplasta los pastos.

Mario está acostado en la balsa. Le gustaría saber si su hermano sigue vivo o no, si va a sentirse mal cuando se entere de que su hermano mayor está muerto, si es que se entera porque es

poco probable; que el hijo del varón que no es el varón que es su padre se murió en una balsa con un hueco en la panza; también si quienes lo encuentren van a pensar que le dieron la muerte desde lejos y por la noche como hacen los que no son hombres o si se le disparó el arma que llevaba por error, arma que quedó perdida en el fondo de agua y que nadie va a querer buscar porque ya está arruinada; si con él se muere el apellido Segovia, que en serio es nada, incluso de esta parte de las montañas donde todo parece andar más despacio.

Mario tiene la boca seca; con el brazo que no tiene en el agua, y que ya tiene entumecido y duro, toca el río y después se moja los labios. El monolito sigue gigante en el cielo. Mario ya sabe que no es un sueño porque un sueño así de largo es imposible. Entonces qué con esa piedra; qué si esa piedra en serio es el final de las cosas; porque de ser así, entonces está bien que sea él el último Segovia, que por ser el último nació más duro o impermeable, no así Nerón, que podría haberse asustado, o su hermano. Mario escucha que de la piedra le llega un murmullo: puede ser un llamado o palabras de odio, o ruido y ya, que viene con las piedras y que las piedras no saben que hacen, como pasa siempre con los animales grandes.

Mario se va a morir en dos días; cerca del final va a creer que se vuelve parte de la piedra, que baja para él y que nadie puede verla pero que es real. Las bolas de luz azul y celeste le van a cubrir el cuerpo, le van a llenar los huecos y desde adentro van a germinar en flores chiquitas; también van a caer sobre la balsa, sobre las fisuras de la madera y ahí también van a crecer flores.

Mario entonces se va a volver un jardín. El viento va a volver a empujar la balsa abajo del sauce caído. El sauce va a envolverlo como si se tratase de una parte suya, así hasta que una cosa y otra se vuelvan indiscernibles.

No quiero nada, dice Mario.

Lo dice en voz alta o como le sale, en serio lo dice porque en serio no quiere nada. Se lo dice a la piedra, que sigue quieta y no se va a mover.

Mario piensa que morir es sentir ese frío que siente.

Graciela se despierta transpirada. La pieza está caliente y el aire no corre: es posible que se haya cortado la luz. De afuera llega el ruido de un helicóptero; se escucha también el ruido de unas sirenas: puede que la gente de la capital ya haya llegado, con armas si se tomaron en serio la caída de la piedra, y con biólogos y arqueólogos si se lo tomaron más en serio todavía. Fuera de eso el pueblo parece calmo. Graciela mira el reloj de la pared, son las diez menos cuarto. Va a esperar acostada hasta que le entre el hambre. Graciela se corre al lado frío de la cama y, cuando lo hace, los talones se le despegan de las sábanas: deben haber sangrado durante la noche, piensa, y por eso se adhirieron. Todavía no va a prender el televisor: sabe que no va a haber persona que no hable de la guerra, o de que ya no es de Dios el mundo, o de que como nunca hoy es de Dios el mundo y que muestra así lo radical de lo que es. Graciela cruza los brazos sobre la ingle y mira el techo. Hay dos manchas de humedad. Una tiene una gota de agua que parece estar a punto de caer. Debería darle arreglo, la semana siguiente si cobra a tiempo la jubilación, si es que todavía queda gente en el pueblo o si es que todavía es sensato preocuparse de esas cosas. Las manchas en el

techo son marrones, tienen rebordes negros que indican que ahí el musgo ya encontró lugar; de expandirse va a cubrir la casa: así podría volverse hongo, para que nadie la moleste, y después planta más plena como enredadera o colgante. Podría quedarse acostada hasta que pase. Si lo permitiese, las gotas también podrían caer al colchón, metéresele dentro hasta que germinen desde abajo en flores que rompan la tela. A esa altura el techo ya podría estar completamente colmado y sería el turno del suelo, que va a vencerse rápido porque es de madera: ahí Graciela podría estirar las manos, sentir lo resbaladizo que le es todo a los costados. Así de quieta podría esperar a que los helicópteros se alejen, por aburrimiento o incapacidad o por saber que la guerra ya está declarada y porque no es estratégico ofrecer tan fácil como blanco instrumentos así de caros, también los periodistas y científicos, incluso los vecinos que todavía queden, que no la van a tener en cuenta porque, como no la volvieron a ver, van a pensar que escapó el mismo día que cayó la piedra. Podría quedarse sola hasta que el obelisco se ponga en acción y lo suprima todo, o al revés, y que nada la saque de ese letargo de planta. Le gustaría tener cerca la foto de Jorge, la de Jorge con el pescado cuando era feliz, porque siente que se está volviendo, ahora, ella misma enredadera, y ya el cuerpo le cuesta, en su forma y en composición, y así se le está volviendo borrosa su cara, la de su hijo también, también vuelto planta o no, todavía hombre encerrado en cuerpo de hombre, pero a punto de cruzar al otro lado.

Graciela cierra los ojos. No quisiera moverse y el colchón la recibe en la medida justa.

Entonces pasa algo: una corriente de aire agrio al principio, y una vibración después, que pareciera venir de fuera, del obelisco acaso, pero no, que viene de su propio cuerpo quieto y que por primera vez encuentra la forma

de vibrar a la par de lo que está hecho el mundo. Ahora Graciela siente el flujo, lo ve y lo siente y le da cosquillas: la sangre viajando en las venas cruzándole cada parte del cuerpo con la velocidad de una carrera; el viaje en los tubos minúsculos, un arroyo diminuto que a veces se figura en conjunto, como lo que es, y a veces se figura escindido, atenta a cada partícula que lo compone: los glóbulos blancos como esponjas, y los rojos, y el plasma aparte. Y ve también el aire, ya nada invisible ni sin forma ni compuesto de nada, sino algo que existe y es y está poblado de cosas: y entiende el aire entrando en su nariz y viajando abajo, y al aire también consciente de lo que siente, de los órganos que atraviesa, de las curvas y los rápidos por donde avanza hasta la recámara de los pulmones, húmeda y amarilla y rosa, y la transformación a la que se somete, el aire también vivo, sabido de que los pulmones son el umbral de su destrucción y reconversión a otra cosa, y los alvéolos como una puerta definitiva que lo van a volver parte junta e indiscernible con el cuerpo en el que entra. Y Graciela entiende el colchón y la madera de la que está hecha su cama, y los mosaicos del piso y el proceso eterno de la compactación infinitesimal de las piedras de su casa y de todas las piedras. Incluso las piedras que llegaron por la noche, a las que ahora puede ver por dentro, sus habitaciones y sus pasillos, la gente que traen, lo que dicen pero no entiende, y el viaje que hacen por el negro solitario del universo, y el planeta de donde vienen, un planeta violeta con pinos del tamaño de catedrales donde todos tienen astas, y la guerra que sufren más tarde, y todo el violeta –el de los árboles, y las plantas y los animales– cambiando a rojo por el fuego que viene del espacio, de otros seres en otras naves que ya no quieren que exista más el planeta violeta.

Violeta, dice Graciela.

Y se acuerda de Cristo, no sabe por qué: los huecos en las manos, el pelo largo y con grasa.

Graciela ya no puede abrir los ojos, siente demasiado peso sobre los párpados; tampoco quiere, como si esa función ya no le importase. Ahora es una planta, un musgo húmedo. Tiene raíces como venas en los cachetes y la boca y las orejas, y brotes en la frente y el cuello. Es una con el colchón, y uno también el colchón con la cama.

Jorge, dice. Es tu cumpleaños.

Qué quisieras que te haga de comer.

Jorge, dice.

Mirá esta arena. Es fina y blanca.

Imaginate ser una hormiga caminando por toda esta playa. Verías solo un mundo blanco y hermoso.

Jorge.

Qué te gustaría comer.

Graciela respira lento, ya no se escucha el ruido de su boca. Nadie va a buscarla ni tocar la puerta: su casa bajo el verde que le da sepultura.

Algunos entonces piensan en suicidarse por la certeza de que en los días siguientes van a abrirse las piedras para llevarse a los que estén ungidos, solo a esos, mientras que a los otros les corresponde, por obligación y designio, ver lo que resta: el desbroce y el quiebre y los pastos secos y la muerte en forma de pantera, trepando en las paredes o escondida al punto del salto tremendo; pero también la certeza de que matarse no resuelve nada, porque ya se sienten elegidos, aunque no lo quieran, para ser testigos del final de las cosas, y que si así lo lograsen, matarse, volverían al rato a la vida, con huecos en la cabeza chorreando sangre, con marcas en el cuello o con los estómagos derretidos, bien vivos y con los ojos abiertos, porque está decidido que nadie pueda escapar por voluntad de lo que está pasando en la Tierra.

Esperan que por fin el cielo se ponga rojo, que opaquen el ruido del río el vuelo de los cohetes rompiendo el viento y entonces se adelante o precipite la descarga o que las puertas se abran y salga un hombre, o una mujer, con la

cara de Cristo, y diga: he vuelto; y que si no es la cara de Cristo sea otra, igual de afable, con las cejas arqueadas por arriba en señal de misericordia, y que esta vez no diga nada, pero levante las manos, y de las manos le salga un polvo, plateado o amarillo según quien lo vea: piedra buena, planta o bálsamo, para la suspensión del dolor.

La radio avisa que en las capitales, en las del país y en las de otros lados, el fin llega más temprano y de otras formas. Los hombres se vuelven lobos y se comen entre ellos, muy a pesar suyo así les dice el cuerpo que lo hagan.

No lo hagan, se dicen, es justamente esa la razón de que hayan llegado las piedras.

No importa, dicen otros, de eso se trata.

En las plazas empieza a juntarse gente, se ponen en círculo rodeando a hombres casi siempre con caras duras que abren un libro y leen:

> Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas. Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, que son
>
> los siete espíritus de Dios. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal.

Las comunicaciones se cortan, no por fallas de los sistemas sino porque se cortan. Todavía aparecen los hombres que quieren poner el orden, bajan las calles con tanques negros y trajes negros y fusiles negros. La luna ahora es roja. Nadie quiere en serio la guerra, pero ya es tarde: creen que se les precipita. Está roto el orden y no hay forma de restaurarlo. Las ciudades se llenan de cenizas por los fuegos que se hacen los hombres entre ellos, entonces tapan las cañerías y el agua se estanca bajo el asfalto. La gente sale a la calle. No se hablan, ni cuando se chocan ni cuando cruzan la mirada. No se animan a decirse lo que ya es sabido por todos.

Las piedras se ven desde casi todas las partes del mundo, a veces una punta casi imperceptible en la línea del horizonte, así de altas.

Podría salir un rey de las puertas negras, o siete reyes acorde a los siete monolitos. Se abrirían las puertas y aparecería una escalera negra. Las caminaría un hombre, sin astral ni proyección ni ningún chakra encendido: no se podrá decir nada acerca de él más que que está ahí. Entonces el hombre podría levantar los brazos y a medida que los levanta, expan- dirse, lento pero de forma continua: entonces las plantas, los animales chicos y el viento irían a encontrarse con él y des- pués a perderse en el negro del que está hecho. El rey se vol- vería gigante sin moverse y se comería el mundo. Entonces si así fuera ya no habría para nadie esperanza: quedaría correr en dirección contraria para retrasar la fuerza de succión, o acercarse, sin intención de que después de ese vacío venga otra cosa: entrar ahí sabiendo que es lo último, que es tanta la presión ahí dentro, tanta, que no hay espacio para cuerpos solos, ni hombres solos, ni conciencias solas: toda una única cosa fundida en una molécula de fusión gravitacional.

Es de noche. Las piedras están cerca de mostrarse. Fernando ve que en el río está Segovia, Mario Segovia, el hombre que mató o que hizo que mataran a Jorge, o el último hombre con quien Fernando vio a Jorge antes de subirse al auto y cruzar el valle para robarle a una mujer rica de la ciudad de más allá. Mario está pescando en una balsa: tiene la cabeza agachada y bien metida entre los hombros. Parece dormido. Fernando se queda quieto, lo mira un rato largo. No se deben llevar más de quince años, pero Mario parece un poco más venido abajo, capaz por la muerte de su mujer, Sonia o algo así, cosa de la que todos se enteraron en el pueblo. Mario se levanta y larga tanza lejos: a pesar de su edad y físico parecer tener todavía cierta agilidad y equilibrio. Arriba las nubes se juntan y el río se vuelve más oscuro, entonces Fernando intenta acercarse un poco porque quiere ver a Mario de cerca. Camina hasta la orilla, lo hace despacio para no delatar su posición y sin perder de vista el río. Abajo de sus pies, unas ramas secas se quiebran. Mario se desconcentra por el ruido y mira al bosque donde está Fernando.

Hola, pregunta.

Fernando siente que una electricidad le trepa el cuello, es una energía rara parecida a la del sexo. El fusil se pone más pesado, como si anticipándose decidiera volverse más difícil de manipular. Fernando levanta el rifle y lo traba en el pecho. Baja la cabeza y cierra un ojo. La última respiración es larga: llena los pulmones de un aire caliente que va a hacer que el pulso se vuelva estable. Fernando apunta al pecho de Mario, que ahora aparece en el medio de los marcadores.

La bala sale con un ruido húmedo.

Fernando mira a donde antes se sentaba Guillermo. Ahora está la chica que huele bien pero que es aburrida.

Graciela dice: César vuelve a Roma con las Galias bajo el brazo, cruza el Rubicón con el ejército y nadie se va a atrever a decirle que ha dejado de ser ciudadano. César lo es todo. Todo.

Fernando mira hacia abajo. El manual que tiene en el banco muestra una línea de tiempo con la sucesión de los emperadores romanos. Están Augusto y más adelante Clau- dio, Nerón, Adriano. En la parte superior de la página hay un recuadro con la foto de un busto de Calígula. Abajo dice: hijo de Tiberio, desviado, perseguidor e infame, sal de la tierra, mentidor de arrebato, triste.

A Calígula lo interceptan camino al senado, dice Graciela. Es la guarda pretoriana la que se acerca con las espadas desenvainadas y recién pulidas.

Graciela levanta el libro y lee:

> Le avisan que le van a dar la muerte justa. Entonces Calígula se quita las prendas: no quiere que nada más que el metal sea lo que le toque la carne. Entonces le da la espalda a la guardia para que el dolor entre sólo por detrás. Muere

> mirando la estatua de él mismo que mandó a construir. Se dice que lo último que Calígula dice es que él nunca quiso ser emperador, que hubiese preferido ser piedra, así de enorme en el centro de la ciudad para verlo todo, con los pájaros encima, recibiendo los relámpagos que habrían de picarle las facciones y deformarlo con el tiempo, hasta volverse solo una torre de marfil blanco, sin rasgos, inmortal como nadie y subsistiéndolos a todos.

Fernando entonces se sienta y deja a un costado el rifle. No va a ayudar a Mario. Quiere quedarse ahí para verlo morir. Mario empieza a hurgarse la panza. Tose y putea en voz alta. Al rato se queda callado y después deja de moverse. Puede que haya muerto o que se haya desmayado. Fernando busca con las manos piedras chiquitas, las tira al río para ver si Mario despierta, entonces aparece un viento raro, que viene de adelante y también de atrás y de todos lados.

Se escuchan gritos que vienen de donde se está festejando el carnaval.

Cae la piedra máxima.

Próxima Centauri, estrella tristísima, ve de lejos a los obeliscos acercarse lento como plumas al planeta de agua al que llaman *Tierra*: ahí la vida es electricidad pura, miles de ojos, manos que acarician otras manos abiertas.

Pareciera que la tierra se estuviese levantando, que las copas de los árboles y las flores se estirasen porque así lo quieren o porque responden como deberían a la nueva piedra.

Fernando ve pedazos de agua que se despegan del río, a veces gotas, que suben y se pierden en el cielo y que pasan a ser parte de la gravedad de la piedra.

El bosque tiembla. Es un temblor menor a los de los terremotos que se acostumbran ahí, que son más violentos y que deben ser los que le dieron nacimiento a las montañas. Tiembla por la piedra y los animales: por los pájaros, los topos, los cuises, que empiezan a salir de donde duermen, que hacen ruidos con la boca y ya no están enemistados porque ha llegado, así lo sienten, la forma final de la gravedad. Fernando se levanta y se cruza el fusil por la espalda. El aire del bosque se le encierra encima. No puede respirar, entonces vomita: lo que le sale es baba blanca y espesa que una vez en el suelo no se esparce y queda hecha bloque. Fernando camina los pocos metros que le quedan hasta el río: en el agua, capaz, piensa, afloja esa fuerza. Las ramas le van lastimando la cara a medida que avanza y la tierra, ahora más húmeda, le recibe las pisadas hundiéndose de más y como si quisiera chuparlo.

El viento crece. Los gritos que llegaban del carnaval ya no se escuchan: ya deben haber escapado todos, vuelto todos a sus casas para empezar un éxodo improvisado.

El bosque se empieza a llenar de ojos chiquitos, algunos ver- des y otros rojos, de animales que quieren salir al encuentro con el nuevo dios; también aparecen unos ojos amarillos, grandes y que reflejan con las pupilas la luna: es un venado. Tiene la cara y los muslos lastimados. El venado mira hacia arriba. Ve de cerca crecer la piedra.

Perdón, dice Fernando. No quise. Perdón, dice de vuelta Fernando. En serio.

El venado lo mira con la cabeza de lado, Fernando siente que algo de adentro del cuerpo se le rompe, entonces le aparece un vértigo, una vergüenza, o el dolor profundo que descubre una vez con Guillermo y después con Jorge pero que había olvidado, que es un dolor que opaca cualquier forma de placer y lo hace polvo. Fernando gira, sabe que el venado no va a cargar, entonces entra al río, se arrastra al río y entra, y ahí abajo del agua parece estar un poco a salvo, aunque todavía se escuche el ronroneo del monolito. El ronroneo le llega despacio pero consistente, como si no hubiese escape y ese ruido fuera la venganza por la muerte del venado sagrado, piensa Fernando, que llevó a las montañas a crear un grito que habría de expandirse por el universo en todas las direcciones, avisando que acababa de morir lo único de santo que quedaba en esta estrella; que si alguien pretendía llegar a mostrarle a los hombres que toda su evolución había sido un error, era ese el momento. Fernando mira hacia arriba y ve el obelisco: es más grande y más negro que el cielo; no le hace falta más que su magnitud

para avisar que ya no hay reyes ni hombres del poder, que ya no más ese mundo viejo y que no hay otro modo.

Fernando nada hasta donde está la balsa. El agua le llega al pecho pero no deja de hacer pie nunca. Cuando se acerca a Mario el agua parece volverse más tibia, puede que la sangre. Mario respira lento: está entre desmayado y dormido; de la panza a veces le brotan chorros de sangre que ruedan y llegan hasta las maderas y el agua. Fernando toca el hueco de Mario: está caliente.

Me escuchás, pregunta.

Fernando pone la cabeza al lado de la de Mario. Se le acerca a la oreja.

Me perdonás, le pregunta.

Mario no responde: no lo escucha o no quiere contestar. Fernando mira el bosque: está igual de oscuro, no se adivinan cuerpos peludos ni partes de astas. El agua se vuelve más pesada, como si estuviese haciendo fuerza para mandar todo lo que entre en ella al fondo y obligarla a ser agua y nada más, sin intermediarios entre ella y ella misma. Fernando intenta arrastrar la balsa, pero el agua le presiona el pecho y le quita el aire.

Fernando grita al bosque si pueden cuidar a Mario, que no sabe por qué lo hizo y que ahora no quiere que muera.

Fernando sale del agua. Todavía tiene el fusil cruzado en la espalda: es probable que el cartucho se haya humedecido y que ya no sirva.

Antes de que muera, son seis o siete los años en los que Fernando y Jorge se quieren. Se encuentran siempre a escondidas porque a ninguno de los dos le es dado volverlo público, ni a eso ni a que siquiera se conocen; lo hacen así, con espacios de

ausencia grandes, sobre todo cuando Jorge vuelve a irse a la ciudad de detrás del valle buscando el oro o algo.

Era un venado, qué sé yo qué mierda hacía acá. Jorge se levanta y se estira.

Estaba perdido o algo.

No, no era un venado. Era otra cosa, dice Fernando.

La casa está en silencio y las cortinas corridas. Es la primera vez que Fernando entra a la casa de la mamá de Jorge, Graciela, que no está en el pueblo porque está en la costa con otras profesoras del colegio. Desde adentro nada indica que la casa en la que está sea la casa de una docente: los adornos son los mismos que hay en todas las casas pobres del pueblo, idénticas las sillas y la mesa, los cuadros y el empapelado de las paredes. Fernando está acostado, ve a Jorge espiando por la ventana, que está desnudo, con la verga todavía un poco despierta y dilatada.

No era un venado, dice Fernando. Era otra cosa.

Fernando camina por el bosque, cada tanto gira a ver la piedra y avanza de espaldas. La luna está arriba e ilumina el monolito. La punta no llega a verse; se nota el trabajo de manos que la tallan, que le escriben afuera la razón de su construcción, su historia, la parte del universo de donde llega y las plantas que vienen de ahí, de haberlas. Si es mucho el tiempo que llevan viajando, entonces es probable que se hayan acostumbrado al silencio, peor todavía si están ahí después de haber estado en otros mundos, en otras estrellas tan tristes como esta, porque entonces bien podría ser su intención la del saqueo y la liquidación. Si es el primer viaje, por el contrario, ahí adentro podrían también estar igual de sorprendidos por los colores de la tierra y por la disposición

de las ciudades, por las manos que usan los hombres y las piernas con las que se mueven y giran y bailan. El aire en el bosque está pesado. Fernando avanza con el fusil encima, que además de pesado se vuelve ahora caliente como si supiese que acaba de lastimar o como si supiese que tiene que volver a hacerlo en poco tiempo si las puertas de la piedra se abren para darle lugar a ejércitos de hombres raros. Fernando no va a tardar en llegar a su casa. Ahí va a desarmar el arma; va a esconder sus partes en diferentes escondites y va a lavarse las manos con lavandina para sacarse los restos de pólvora.

Desde el descanso de la puerta de su casa, Fernando gira de vuelta para ver el monolito. Parece una montaña más, al centro de las otras y más altas que todas: las quintuplica en tamaño y diseño y color y fuerza. Fernando se sienta en uno de los escalones. Sus perros, los que le quedan de cuando mueren sus padres, no se le acercan: ya no van a venir cuando los llame ni le van a lamer la mano porque lo ven como un hombre roto o al medio, impostor, sal de la tierra, mentidor de arrebato, triste. Uno de los perros está sentando frente a él, lo mira dándole las espaldas a la piedra: no le tiene miedo, es su semejante en piedra o universo. Fernando lo mira.

Qué mierda te pasa, le dice.

La casa está en silencio y con las luces apagadas. Fernando entra y camina a oscuras hasta la cocina. Ahí empieza a des- armar el fusil: separa el mango del cañón, saca los cartuchos que quedan adentro. El monolito va a distraer a todos y en caso de que se abra una investigación policial nadie va a saber quién fue el que le disparó a Mario Segovia, porque la noche estaba cerrada y, a pesar de ser verano, con un poco de niebla.

Fernando prende la radio. Una voz grave dice que ya han empezado los operativos militares, que se supone que a pesar de las barreras lingüísticas es mejor proceder bajo la premisa de que las comunicaciones se encuentran comprometidas, entonces los comités de guerra de los países del mundo se juntan en búnkeres de debajo de la tierra donde no llegan las sondas ni los sonares. El hombre de la radio dice que es voluntad general hacer fuego sobre las piedras, que para él no es la manera ideal pero que ya está decidido, para lamento o suerte de todos.

No queremos la guerra, dice. Porque podría ser la última.

Fernando entra en el tinglado antes de que amanezca. Ya no siente el olor a la sangre seca porque está acostumbrado, tampoco al vómito o la mierda que largan los chanchos que llegan vivos al taller cuando entienden que se les va a matar; porque ahí es cuando vomitan del asco que les da, no antes, ver a tantos otros chanchos muertos y despellejados, con hombres duros al lado y con cuchillas tan grandes como sus propios cuerpos. Fernando camina hasta donde están los armarios y guarda el cartucho usado. Nadie va abrirlo porque entre los peones ya le tienen miedo, un poco por el poder, que ya es mucho, por lo flaco y pálido que se puso después de que sus padres murieran, y también por las ronchas que le empezaron a crecer y le llenan la cara, y los accesos de tos que tiene y en los que escupe gotas de sangre.

Nadie va a entrar al taller esa mañana: algunos de los que trabajan ahí ya se van a haber fugado al sur; otros van a haber trabado las puertas y ventanas y van a vivir así por semanas, a oscuras y comiendo poco; los últimos van a viajar a las montañas, no van a usar bicicletas ni caballos, van a ir a pie hasta abajo del monolito, van a abandonar a sus familias porque hay algo muy hondo que los empuja. Cuando lleguen ya van a ser otras personas, van a pedirle a las piedras que los

adopten o los disuelvan, que los vuelvan líquido y fundirse, que ya no quede más el maíz ni los álamos, ni las casas de chapa, la landa o el ripio; confundirse con la lluvia, que los devuelvan a una especie distinta de útero, pedir perdón, una flecha para cruzar el cielo, encontrarse con dios, luz cegadora.